

3a EDICIÓN
AMPLIADA

Editado por Jörn Schütrumpf

Rosa Luxemburg

o el precio de la libertad



rls | dietz berlin

Rosa Luxemburg
o el precio de la libertad

Fundación Rosa Luxemburg

Rosa Luxemburg
o el precio de la libertad

Editado por Jörn Schütrumpf

Editorial Karl Dietz Berlin

ISBN 978-3-320-02094-1

3ª edición revisada y completada 2011

© Editorial: Karl Dietz Verlag Berlin GmbH 2007
Edición: Jörn Schüttrumpf
Revisión: Sofía Jarrín
Portada: Simone Beier/MediaService, Berlín
Impresión: Hominem Editores, T. 2524 808, Quito-Ecuador

Jörn Schütrumpf

Entre el amor y la ira: Rosa Luxemburg

Memoria para el futuro	9
Judía, polaca, alemana. Revolucionaria	11
Del marxismo a Marx	16
Entre la socialdemocracia y los bolcheviques	35
En la revolución «equivocada»	47
Escupida y honrada... ¿pero también necesaria?	49

Rosa Luxemburg

Obras escogidas

En el albergue	57
Me puedo imaginar más que hagan pogromos contra los judíos en Alemania	65
La revolución rusa.	73

Rosa Luxemburg y las izquierdas latinoamericanas hoy

Isabel Loureiro, entrevista

Herederos latinoamericanos de Rosa Luxemburg	107
--	-----

Virginia Aillón

Bolivia: Rosa Luxemburg en el proceso de cambio	123
---	-----

Reinaldo Iturriza

Venezuela: Rosa Luxemburg, cuando la palabra alumbraba	136
--	-----

Anexo

Datos seleccionados	142
Datos biográficos	144

El comunismo... al diablo con su práctica real, pero que dios lo mantenga para nosotros, como amenaza permanente sobre las cabezas de aquellos en poder de los bienes... que lo mantenga dios para nosotros, para que estos canallas que ya no conocen límites en su arrogancia no se vuelvan aún más arrogantes, para que este círculo con derecho exclusivo al goce... ¡se vaya a la cama al menos con una visión de pesadilla! Para que al menos se les quiten las ganas de predicar moral a sus víctimas, y el humor para burlarse de ellas.

Karl Kraus, 1920

Yo participé, en aquel entonces (enero de 1919), en una reunión del KPD, durante la cual hablaron Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Me llevé la impresión de que los dos eran los líderes espirituales de la revolución, y me decidí a hacer que los mataran. Por órdenes mías fueron capturados. Alguien tenía que tomar la determinación de ir más allá de la perspectiva jurídica... No me fue fácil tomar la determinación para que los dos desaparecieran... Defiendo todavía la idea de que esta decisión también es totalmente justificable desde el punto de vista teológico-moral.

Capitán Waldemar Pabst, 1962

Entre el amor y la ira: Rosa Luxemburg

Memoria para el futuro

La libertad siempre es libertad para los que piensan de manera diferente.

La izquierda política solo en contadas ocasiones ha sabido presentar sus ideas abstractas sobre la libertad y la emancipación tanto del individuo como de la sociedad en una forma tal que resultaran comprensibles, y sobre todo atractivas para las personas menos politizadas. Frecuentemente, la izquierda política intentó compensar este defecto evocando los testimonios de los héroes de la libertad de un pasado remoto, para que eso le permitiera manifestar sus propias buenas intenciones. Se recordaba a Espartaco¹, los hermanos Graco, Tomás Muentzer o Tomaso Campanella, a Jacques Roux, Gracchus Babeuf, Charles Fourier o a Robert Owen, a Friedrich Engels, Mikhail Bakunin, Ferdinand Lassalle o Pjotr Kropotkin. Después también se eligieron otras personas contemporáneas: August Bebel y Clara Zetkin, Wladimir Iljitsch Lenin y Augusto Sandino, Karl Liebknecht, León Trotsky, Josef Stalin y Mao Tse Tung, Patrice Lumumba, Ho Chi Minh y Frantz Fanon. Sin embargo, si actualmente uno participa en una manifestación, no importa en qué lugar del mundo, queda poca presencia visible de todos ellos.

Salvo algunas excepciones. Uno de ellos que casi siempre forma parte de esto pero que en cierto modo flota por encima de todo y, por tanto, a quien frecuentemente se olvida mencionar, es un judío alemán de la ciudad de Tréveris: Karl Marx. Junto a él quedan solamente las imágenes de tres seres humanos, que son mostradas en casi todo lugar: la de una judía polaca, asesinada de forma bestial en Alemania; la de un argentino, que cayó en el año de 1967 en Bolivia en las garras de sus asesinos; y la de un italiano, al que los fascistas liberaron en 1937 después de varios años de reclusión solo para dejarlo morir: Rosa Luxemburg, Ernesto «Che» Guevara y Antonio Gramsci. Los tres no solamente materializan esa congruencia poco común entre la palabra y la acción. Los tres representan también un pensamiento propio, que no se sometió a doctrina o aparato

1 Los datos biográficos sobre la mayoría de las personas mencionadas están incluidos en el Anexo.

alguno. Y los tres pagaron sus convicciones con la vida, aunque no fueron los enemigos en su propio campo sino los del bando contrario quienes los mataron, lo cual de ninguna manera era algo que se pudiera dar por sentado en el siglo XX.

Junto a todo esto, Rosa Luxemburg y Antonio Gramsci tienen todavía otra cosa en común: nunca se encontraron en una situación en la que se prestaran al ejercicio del poder del Estado, o que sus manos quedaran manchadas por participar en un régimen dictatorial o hasta totalitario. La socialdemócrata y cofundadora del Partido Comunista de Alemania, Rosa Luxemburg, ya no vivió el ascenso de Stalin después de aquel enero de 1919, cuando fue derribada a culatazos, y finalmente la mataron de un tiro por la espalda. El socialdemócrata y cofundador del Partido Comunista de Italia, Antonio Gramsci, fue encarcelado en su patria a partir de 1926, hasta que enfermó de muerte. Solo Ernesto «Che» Guevara fue un político líder en el gobierno de Cuba revolucionaria, no obstante, pronto prefirió ir a la lucha abierta que lo llevaría a la muerte, que estar presente como parte de la nueva clase dominante.

Ernesto «Che» Guevara sigue hasta hoy en día avivando la imaginación de la juventud; Antonio Gramsci impresiona desde hace décadas sobre todo a intelectuales; sin embargo de Rosa Luxemburg, la más multifacética de los tres, la mayoría conoce únicamente el nombre y lo que le ocurrió, pero no su pensamiento ni su obra. Y si los conocen, es casi siempre solo en forma de caricatura.

La intención de estas líneas es contrarrestar un poco esta situación. Esta publicación pretende despertar el interés por Rosa Luxemburg y su obra, por una de las más extraordinarias personas que se haya involucrado en la izquierda europea: una mujer que odiaba el trato preferencial por el solo hecho de ser mujer; una pensadora que pretendía la igualdad en el marco de la libertad y solidaridad, sin subordinar la una a la otra.

El siglo XX, tan lastrado por el asesinato, la traición y la tortura, es como una pesadilla para la izquierda política, que solamente se liberará de él si logra encontrar la fuerza que la lleve a las antiguas virtudes, a las que tanto los cuartos de tortura en los sótanos como los congresos del «Partido» les arrancaron su sentido: la honestidad ante las propias acciones en el pasado y el presente; la no-simulación del propio pensamiento, y especialmente, en situaciones que puedan ser incómodas; mantener la integridad ante cualquier persona, y sobre todo ante sus adversarios. Aunque es posible instaurar dictaduras con perfidia, éstas no alientan a nadie a emanciparse de la ex-

plotación y la opresión. A todas estas virtudes olvidadas por décadas, las representa el nombre de esta mujer: Rosa Luxemburg.

Judía, polaca, europea – Revolucionaria

Su carácter humanitario estaba profundamente enraizado en el humanismo de pensadores que le precedieron, que influyeron la cultura europea en forma perdurable. De la preocupación por la historia, la literatura y el arte de los pueblos y naciones de otros continentes recibió... estímulos. Su tenacidad en la acción, y su capacidad para abordar nuevos fenómenos y tendencias sociales analíticamente, de responder a las nuevas interrogantes sin dogmatismo, se desarrollaron en la medida en que crecieron sus experiencias dentro del movimiento organizado socialdemócrata de los trabajadores.

Annelies Laschitzka

Durante la revolución rusa de los años 1905 a 1907, Rosa Luxemburg se apresuró a salir de Alemania y viajó hacia su patria, Polonia, donde cayó en 1906 en las garras de la policía de Varsovia. En aquel entonces, Polonia no era un Estado soberano, sino que estaba repartido entre los tres imperios: el de Rusia, el de la Alemania prusiana y el de Austria. Varsovia, la capital de Polonia, pertenecía al gigantesco imperio ruso, donde el régimen de los zares, con su policía secreta, su burocracia corrupta y su terror policiaco, se mantenía con grandes dificultades en el poder. Bajo las condiciones del zarismo, un arresto por motivos políticos significaba el mayor peligro para la integridad física y para la vida. Por esta razón, los amigos polacos más íntimos de Rosa Luxemburg no solamente recolectaron dinero para la fianza y el soborno de un alto oficial, también hicieron circular la amenaza de que la vida de altos funcionarios rusos correría peligro en caso de que tocaran siquiera un cabello de Rosa Luxemburg. Poco tiempo después fue liberada. Viajó a Finlandia, que en aquel tiempo formaba también parte del imperio ruso, y de allí escapó a Alemania, el centro de su vida. A Varsovia, la ciudad en la que pasó su infancia y juventud, no volvió nunca más.

Durante muchos años, Rosa Luxemburg llevó una doble existencia política: era miembro del «Partido Socialdemócrata de Alemania», el SPD², y fue cofundadora de la «Socialdemocracia del reino de Polonia y Lituania», el SDKPiL, hoy en día prácticamente en el olvido total y de cuya existencia casi nadie en la socialdemocracia alemana tenía una informa-

2 Se incluyen iniciales y siglas del alemán, junto con su significado en español.

ción precisa. Llegó a Alemania tras una estancia en Suiza, en aquel tiempo el país más libre del mundo, donde desde 1880 las mujeres tenían derecho a estudiar. Las autoridades en Alemania no la tenían registrada como Rosa Luxemburg, sino como Rosalia Lübeck. Mediante un matrimonio de apariencias con un hijo de migrantes alemanes, que duró de 1898 a 1903, la economista de 27 años, recién graduada del doctorado en Zúrich, había conseguido la nacionalidad prusiana.

Y es que, mientras que en la Polonia rusa a personas como ella les esperaba el destierro en Siberia, en Alemania desde 1890 actuaba en forma legal el más grande de todos los partidos socialdemócratas de los trabajadores, que ya contaba con una historia de doce años de lucha ilegal en contra de su proscripción, decretada por la desacreditada Ley sobre los socialistas³, y con muchos triunfos electorales. ¿Qué podría ser más lógico para una socialista polaca que mudarse a la Alemania imperial prusiana, que además, en sus regiones del este, disponía de territorio polaco anexo? Especialmente porque hablaba y escribía el idioma alemán mejor que la mayoría de los alemanes. Y eso sin mencionar los demás idiomas que dominaba: polaco, ruso, francés, inglés e italiano.

Dentro del SPD esta joven mujer rápidamente se hizo de renombre. Se posicionó en el ala izquierda del partido y pronto se convirtió en su portavoz. Dentro del movimiento obrero alemán se amaba o se odiaba a Rosa Luxemburg, y hay que mencionar que tampoco a sus admiradores les hizo siempre fácil la vida. No obstante, su cuna política quedó en el SDKPiL. Este pequeño partido se había separado en 1893 del «Partido Socialista Polaco», el PPS, por sus siglas en alemán, fundado un año antes. Al principio se llamaba «Socialdemocracia del Reino Polaco» (SDKP), más tarde, cuando se le había unido la izquierda lituana bajo la dirección del aristócrata polaco Feliks Dzierżyński, pasó a llamarse «Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania». El conflicto con la mayoría dentro del PPS se había iniciado por el debate sobre un Estado polaco autónomo. El cír-

3 Ley sobre los socialistas: «Ley contra las aspiraciones con carácter de peligro público de la socialdemocracia» (1878); por iniciativa de Bismarck, la prohibición de la socialdemocracia, de sus medios de prensa y de sus publicaciones; fueron respetadas solamente en los curules en el Reichstag. Bismarck complementaba el terrorismo jurídico (penas de prisión que acumulaban hasta cerca de mil años) con reformas sociales («el palo y la zanahoria»). Pero la socialdemocracia era la expresión política del movimiento de la clase trabajadora, y la Ley sobre los socialistas fortaleció la autoestima de la clase obrera, y por ende a la socialdemocracia, en vez de debilitarla, por lo que en 1890 esta ley ya no se prolongó por más tiempo. El SPD se convirtió en lo sucesivo en el partido socialista más fuerte y con más influencia a nivel internacional, un modelo para los partidos en otros países.

culo de amigos del que formaba parte Rosa Luxemburg sostenía que restablecer un Estado polaco independiente era ilusorio, sobre todo porque la integración económica en el mercado ruso estaba muy avanzada. Ni el moderno proletariado industrial ni la burguesía en la Polonia rusa podían sustentar tal idea. La independencia del poderosísimo Estado ruso no solo era algo poco realista, sino que les parecía que ésta representaría un peligro potencial para la industria polaca, anclada profundamente en el mercado ruso, su principal mercado de consumo. Rosa Luxemburg había expuesto con detalle en su tesis doctoral acerca del desarrollo industrial de Polonia «que los mercados de venta rusos constituyen los verdaderos motores para el gran desarrollo industrial actual en Polonia.»⁴

Además, Rosa Luxemburg y sus amigos temían que orientarse a la independencia polaca distraería las fuerzas anticapitalistas de la lucha contra la opresión y la explotación, fragmentándolas. Eso sin tomar en cuenta que a ellos, que eran hijos de la Ilustración europea y que pensaban en términos de humanidad y no de naciones, cualquier nacionalismo, de por sí, les parecía burdo y carente de cultura.

Por muy correctos que hayan sido estos análisis y apreciaciones, a pesar de la simpatía que pudiera despertar esta actitud y aunque el temor ante el nacionalismo polaco pareciera justificado, esta posición era poco realista: porque en la Europa de fines del siglo XIX y principios del XX se había acrecentado en casi todos los Estados un nacionalismo instigado intencionalmente, expresado como chauvinismo y odio contra otras naciones. El veneno del nacionalismo, que libera al individuo de toda responsabilidad frente a la sociedad y que como ningún otro hace desaparecer al dominio burgués tras la dulzona niebla de una agradable autoprivación del poder, era el enemigo más poderoso del grupo alrededor de Rosa Luxemburg, puesto que era internacional y conformaba la verdadera «Internacional», la Internacional del Nacionalismo. En última instancia la posición de Rosa Luxemburg y sus amigos en la cuestión polaca condujo a un aislamiento de la izquierda en Polonia, del que nunca pudo liberarse. Quizá por eso Rosa Luxemburg ha caído simplemente en el olvido entre grandes sectores de la opinión pública polaca.

Pero a pesar de que Rosa Luxemburg y sus amigos —como, dicho sea de paso, toda la gente de la izquierda sin importar en qué lugar del mundo—

4 Rosa Luxemburg, «Die industrielle Entwicklung Polens». Inaugural-Dissertation (1897) (El desarrollo industrial de Polonia. Tesis doctoral [1897]), en Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* (Obras completas), vol. 1.1, p. 147.

fracasaron ante la cuestión nacional, su aversión contra todo lo nacional despejaba el camino para «echar por tierra todas las circunstancias en las que el ser humano es un ser envilecido, esclavizado, abandonado, despreciable...»⁵ Antes de la Primera Guerra Mundial existía en la socialdemocracia europea un amplio consenso sobre la idea de que solo se podrían eliminar las injusticias sociales, pan de cada día en el capitalismo, mediante la superación del mismo. Sin embargo, en la praxis política, los dirigentes de la socialdemocracia europea se enfocaron más bien en su propio fortalecimiento, que pensaron lograr también a futuro, como habían hecho hasta entonces, mediante el aumento constante de sus militantes: más trabajadores sindicalizados, más miembros del partido, más diputaciones. Además de un número cada vez mayor de organizaciones proletarias «de este ambiente», que se suponía eran cada vez más fuertes: desde una cooperativa de consumo hasta una caja de ahorro para la construcción, pasando por las comunidades religiosas independientes que se encargaban tanto de la consagración juvenil⁶ como de los funerales y de la asociación de los abstemios. Todo aquello funcionaba especialmente en lugares donde los trabajadores vivían en el mismo medio social, con las mismas preocupaciones y problemas.

Solo dos pequeños partidos comprendían la praxis política como algo diferente, e incluso como un incesante trabajo a favor de la superación del capitalismo. Estamos hablando de los bolcheviques rusos⁷, en torno a Lenin, y del SPKPiL, agrupado en torno a Rosa Luxemburg y sus amigos. Sin embargo, la gente de Lenin apostaba por un partido de lucha con una

5 Karl Marx, *Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie* (Sobre la crítica de la filosofía del derecho de Hegel), en Karl Marx, Friedrich Engels, *Werke* (Obras), vol. 1, p. 385.

6 Sentido figurado: confirmación, pero profana.

7 Bolcheviques –bolchevismo; mencheviques– menchevismo; semi-menchevismo: en 1903, en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR) los partidarios de Lenin y de su revista *Iskra* (La Chispa), que abogaban por un «partido de nuevo tipo» rigurosamente organizado y centralizado, y con revolucionarios profesionales, lograron la mayoría (en ruso: *bolschinstwo*) en la elección para los órganos principales del partido; mientras las fuerzas que querían organizar al partido según el modelo tradicional socialdemócrata, quedaron como minoría (en ruso: *menschistwo*). Desde entonces los partidarios de Lenin se llamaban bolcheviques, a pesar de que en lo sucesivo, en la mayoría de los casos, eran minoría dentro del POS DR. En 1912, bolcheviques y mencheviques se dividieron, en forma definitiva, en dos partidos autónomos y en discordia. En 1914, los bolcheviques, así como Rosa Luxemburg y sus amigos, rechazaron la Primera Guerra Mundial; mientras que los mencheviques, así como la mayoría del SPD, la apoyaron. En la Revolución de Febrero de 1917, cuando un gobierno burgués relevó al zarismo, los mencheviques apoyaron la represión contra los bolcheviques; después de la Revolución de Octubre de 1917 los bolcheviques persiguieron a los mencheviques cada vez más radicalmente. Se denominaba bolchevismo a la política vigente de los bolcheviques; ser identificado como menchevique o partidarios del menchevismo significaba un estigma prácticamente infranquea-

organización rígida de estilo jerárquico-militar, mientras que las cabezas intelectuales del SPKPiL estaban por un partido que debía habilitar a los trabajadores para la acción autónoma anticapitalista. No obstante, ambos compartían la profunda convicción de que el capitalismo conduciría a la humanidad a la catástrofe y, por tanto, debía ser superado totalmente.

Por eso no fue ninguna casualidad que después de la Primera Guerra Mundial muchos dirigentes, no solo en el Partido Comunista de Polonia sino también entre los bolcheviques rusos y en el Partido Comunista de Alemania, fueran reclutados en el pequeño SDKPiL. Rosa Luxemburg y Leo Jogiches, éste último el cerebro organizador del Partido Comunista de Alemania (KPD) y durante década y media el compañero sentimental de Rosa Luxemburg, murieron en 1919 en manos de la contrarrevolución alemana. Otros, que antes fueran miembros del SDKPiL, murieron en manos de la contrarrevolución estalinista; y en el año de 1937, la dirigencia completa del Partido Comunista de Polonia. En total: más de dos mil personas.

En materia de organización, el SDKPiL era algo extraordinario. En este partido se unieron personas de la misma edad con antecedentes sociales y culturales parecidos. Muchos provenían del grupo de judíos asimilados a la burguesía culta de Polonia, que prefirieron irse al extranjero a estudiar. Una de ellos se llamaba Róza Luksenburg, una mujer joven baja de estatura, que nació en la pequeña ciudad de Zamosc en 1871 y creció en la metrópoli de Varsovia. El SDKPiL no funcionaba como un partido de trabajadores «común y corriente» con sus rivalidades personales, envidias e intrigas, sino como un *peer group*: como un *grupo de iguales* que no solo perseguía un proyecto político común, también se acostumbraban al interior estrechas relaciones personales. Cada uno fue aceptado con sus fortalezas y debilidades, y cada uno podía confiar a ciegas en los otros. Ahí Rosa Luxemburg estaba en casa. Éstas fueron las personas que protegieron la vida de Rosa Luxemburg durante su encarcelamiento en la prisión zarista en 1906 mediante la amenaza del terror, aunque la rechazaban y en realidad jamás la utilizaron.

ble, y que desencadenaba problemas y persecuciones, en el mejor de los casos. Pronto, esta calificación se aplicaría no solo a los mencheviques de verdad, sino a todos aquellos que entraran en conflicto con la «línea» vigente de los bolcheviques. La descripción del pensamiento de Rosa Luxemburg como «semi-menchevique» por Stalin (1931, véase p. 41) imposibilitaba a todos los partidarios de la Internacional Comunista (véase p. 41 y siguientes) referirse en forma positiva a Rosa Luxemburg. Solo quedaron, en calidad de «dioses», a su lado: Marx, Engels y Lenin –lo que señalaba el emblema correspondiente, que fuera usado en todo el mundo por los partidos fieles a Moscú durante el estalinismo–.

Del marxismo a Marx

*Nuestro «marxismo» dominante teme, desafortunadamente,
a cada vuelo de la inspiración como si fuera un tío viejo con gota.*
Rosa Luxemburg, 1913

Estos marxistas profundos se han olvidado del ABC del socialismo.
Rosa Luxemburg, 1918

Leo Jogiches –cuatro años mayor que Rosa– era el vástago de una familia judía adinerada de Vilna, y ya contaba entre sus experiencias el trabajo de conspirar en Lituania y unos meses en la cárcel; además, había desertado del ejército ruso. Jogiches conoció a Rosa Luxemburg cuando ella era estudiante de zoología pero en muy poco tiempo hizo que ella se interesara por la economía nacional y la política. No solo se convirtió en su mentor en cuestiones del socialismo, sino también en su primer compañero sentimental. Aunque su relación personal, que nunca fue fácil, se terminó definitivamente cerca del año de 1907, quedaron estrechamente unidos, y no solamente en lo político. Aun cuando Rosa una vez se hizo de un revólver para mantener a distancia al que había arrojado de su lado, quien por su parte amenazaba con matarla a ella y luego suicidarse él. Jogiches era muy culto, pero no era escritor, ni tampoco teórico. Era un revolucionario de acciones, no solo con autoridad sino también autoritario, algo que especialmente en su juventud le granjeó, junto con el respeto, también una que otra enemistad que perduraría durante toda su vida. Cuando contaba apenas diecinueve años Jogiches dominaba ya todo el repertorio del conspirador solitario: desde la agitación ilegal, pasando por la producción de documentos personales falsos y el contrabando de personas en riesgo hacia el extranjero, hasta las huelgas que él organizaba solo. En 1887, incluso los autores intelectuales del atentado contra el zar Alexander III, que se hallaban en apuros, contactaron a este solitario de veinte años para pedirle que trasladara a dos perseguidos al extranjero en forma segura: una tarea que Jogiches resolvió con actitud rutinaria. Treinta años después, durante la Primera Guerra Mundial, cargó con la responsabilidad de organizar la lucha clandestina del Grupo Espartaco⁸ contra la matanza entre pueblos.

8 El Grupo Espartaco: fundado como «Grupo Internacional» el primero de enero de 1915 por iniciativa de Rosa Luxemburg y del historiador del movimiento obrero, Franz Mehring, como protesta contra la aprobación de la guerra por el SPD, pronto tomó el nombre «Grupo Espartaco» – por las «Cartas Espartaco», que publicaba el «Grupo Internacional». Por su trabajo ilegal de propaganda en contra de la guerra, fueron perseguidos sistemáticamente los miembros del Grupo Espartaco y sus dirigentes, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, fueron encarcelados. Rebau-

También él fue víctima de manos asesinas dos meses después de Rosa Luxemburg, en marzo de 1919, en su celda de prisión preventiva en Berlín-Moabit.

La relación política entre Rosa Luxemburg y Leo Jogiches era simbiótica. Gracias a sus estudios en la Universidad de Zúrich, y de la misma forma, al interior de los diversos círculos de refugiados en Suiza, Rosa se convirtió en una marxista extraordinariamente culta en pocos años. Pronto no solo tendría fama como la teórica –para las concepciones de aquel tiempo, naturalmente, *el* teórico– del SDKPiL, de hecho disponía de las capacidades teóricas de una científica excepcional, lo que probó a más tardar con su propia teoría de la acumulación (1913). A pesar de ello, le interesaba poco la *teoría en sí*. Escribía y publicaba profusamente ya al finalizar sus años universitarios, pero se trataba en mayor parte de periodismo político, dirigido a la acción pero no a la teoría. Ella quería actuar, producir cambios, despertar los ánimos. No obstante, los enfoques políticos principales no los determinó ella durante muchos años, sino Leo Jogiches. No pocas veces era él quien hablaba por boca de Rosa Luxemburg; sin ella, se hubiera quedado frecuentemente sin palabras, porque como su lengua materna era el ruso, carecía de la paciencia y elocuencia para poderse expresarse en forma escrita, y más aún en polaco o alemán, aunque manejaba con suficiencia ambos idiomas para las cuestiones cotidianas.

En Zúrich Rosa Luxemburg se había convertido en una marxista y, aunque al principio no estaba libre de rasgos ortodoxos, nunca corrió el riesgo de terminar en una torre de marfil. La salvaron su mente inquieta y su temperamento, que se alimentaban con su avidez incontenible por vivir. Pronto encontró la forma de expresión adecuada para su obra escrita: la polémica. A la distancia de cien años es legítimo afirmar que Rosa Luxemburg entró en la literatura mundial como una de las polemistas más brillantes. No solo nadie en su tiempo se podía comparar con ella: sus trabajos, escritos la mayoría como temas de actualidad, han conservado una frescura extraordinaria por su carácter esencial polémico. Lo que Kurt Tucholsky lograría para la sátira política del siglo XX, Rosa Luxemburg lo consiguió con una mano aparentemente más ligera, pero al fin muy disciplinada, en el campo de la discusión política.

tizado el 9 de noviembre 1918 como «Liga Espartaco», autónoma en cuanto a cuestiones organizativas, el Grupo Espartaco se convirtió junto al partido «Comunistas Internacionales de Alemania» en la célula política y organizativa del Partido Comunista de Alemania, fundada en Año Nuevo de 1918 y que adoptó como propia la dirigencia de la «Liga Espartaco».

No es de sorprenderse que muchos de sus enemigos la consideraran insoportable, y en forma correspondiente la señalaron; sobre todo aquellos que no pudieron hacerlo ni con su pluma afilada ni con su lengua aguda, especialmente durante los congresos del SPD. La venganza de algunos, sin embargo, no se limitó a acusarla de ser una mujer pendenciera, ya que trataban de humillarla abiertamente. La naturaleza no había favorecido precisamente a Rosa Luxemburg: medía un metro con cincuenta centímetros, tenía una cabeza de tamaño desproporcionado, una larga nariz y un problema en la cadera, que por lo regular podía esconder. Características que ofrecían a las mentes más simples, que nunca faltaron tampoco en la socialdemocracia, la posibilidad de compensar su propia inferioridad con la burla barata. Rosa Luxemburg, que sin duda sufría con todo eso, se protegía en la medida en que le era posible con la autoironía. Ella justificaba su preferencia por mucamas altas y fuertes —el trabajo doméstico requería hace cien años todavía la fuerza de trabajo de un día completo—, aduciendo que temía que sus visitantes tuvieran la impresión de haber llegado a un hogar para enanos.

También en lo que se refiere a los hombres prefería no solamente a aquéllos que tuvieran estatura intelectual, sino también a los físicamente grandes. Aunque no era ella la pretendiente, sino la pretendida. Al margen de una reunión del Buró de la II Internacional⁹ (1907) surgió una foto en grupo: una Rosa Luxemburg radiante en el centro, flanqueada por varias decenas de hombres, en su mayoría de edad avanzada; una imagen con una irradiación singular. No menos fascinados por ella quedaban los hombres jóvenes. Con excepción de Leo Jogiches todos sus compañeros fueron menores que ella: Kostja Zetkin (1885-1980), el hijo de Clara Zetkin, 14 años, Paul Levi, 12 años, y el médico Hans Diefenbach (1884-1917), 13 años. (Diefenbach había intercedido a favor de Rosa Luxemburg, que se hallaba detenida en prisión preventiva, razón por la cual —como muchos insubordinados, entre ellos no pocos activistas del grupo Espartaco— había sido enviado a las primeras líneas del frente, donde una granada francesa

9 II Internacional: Organización internacional de partidos y sindicatos socialistas (1889-1914), que pretendía la coordinación de acciones económicas y políticas entre los diferentes miembros. Los acuerdos se tomaron en los congresos internacionales que se realizaron con regularidad; en los periodos entre congresos, fue dirigida por un Buró Internacional Socialista, en el que Rosa Luxemburg representaba a la Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania (SDKPiL). Con el comienzo de la Primera Guerra Mundial los dirigentes de todos los partidos traicionaron sus juramentos de paz hechos durante décadas, y se convirtieron en «defensores de la patria», que incitaron a los trabajadores de todos los países, unos contra los otros.

lo despedazó mientras realizaba una cirugía.) En público Rosa Luxemburg –que con excepción de su matrimonio por apariencia nunca se casó y no tenía hijos– era generalmente muy reservada sobre su vida personal. Porque en la Alemania moji-gata de la época guillermina, aún se consideraba indecente a una mujer que viajaba sola. Peor todavía si se presentaba en público como Rosa Luxemburg.

La doble moral dominante motivaba a Rosa Luxemburg a no expresar todas sus opiniones en público: «Dicho sea de paso acerca de la Señora von Stein, con todo respeto por sus hojas de hiedra: que dios me castigue, pero era una idiota. Porque, cuando Goethe la mandó a paseo, se portó como una comadre chillona; y sostengo mi opinión acerca de que el carácter de una mujer no se muestra donde empieza un amor, sino donde termina.»¹⁰

La forma en que Rosa Luxemburg fue forzada a la «discreción» lo demuestra el hecho de que su relación con Paul Levi no haya llegado a la luz pública sino apenas en 1983, varias décadas después de la muerte de ambos, cuando la familia de él autorizó abrir gran parte de su correspondencia con Rosa Luxemburg. Levi, quien había sido su abogado poco antes de la Guerra Mundial, en el llamado proceso de Frankfurt por incitación a la desobediencia, se vuelve su sucesor en la dirigencia del KPD en 1919. Les unió en 1914 una breve pero intensa relación; y su amistad y la confianza se mantuvieron hasta la muerte de Rosa Luxemburg. Paul Levi salvó sus obras póstumas y editó en 1922, bajo un intenso acoso, «La revolución rusa», el trabajo más citado y también el más malentendido de Rosa Luxemburg, con el famoso imperativo categórico formulado como si fuera un sobrentendido: *La libertad siempre es libertad para los que piensan de manera diferente.*

«Cultivada», según uno de sus biógrafos, sería la palabra que puede caracterizar en forma más precisa su posición ante la vida. «Sus relaciones personales estaban tan limpiamente ordenadas como sus propiedades: Cada cual tenía su lugar fijo y solamente se le permitía acercarse con invitación, y de cualquier manera, solo a un paso. Sin embargo, su relación con las personas no era rígida o formal. En su círculo más íntimo provocaba una lealtad y entrega que en forma automática, si ella lo hubiera permitido, se hubiera convertido en una especie de amor.»¹¹

10 Rosa Luxemburg, «Carta a Mathilde Jacob del 9 de abril de 1915» (desde la cárcel de mujeres Barnimstrasse en Berlín), en Rosa Luxemburg, *Gesammelte Briefe* (Cartas reunidas), vol. 5, p. 54.

11 Peter Nettl, *Rosa Luxemburg*, Colonia-Berlín, 1967, p. 42.

En la confrontación política Rosa Luxemburg era implacable; en su crítica al capitalismo, aún más. Al principio se limitaba a aplicar el conocimiento marxista que había adquirido a las cuestiones actuales. Obtuvo fama en 1899 con el folleto: «¿Reforma social o revolución?» en el que buscaba un ajuste de cuentas con uno de los pocos alumnos personales de Friedrich Engels (1820-1895), Eduard Bernstein. Durante la vigencia de la Ley contra los socialistas Bernstein había dirigido desde su emigración la prensa en el exilio, y fue considerado por la socialdemocracia europea como una eminencia en los problemas teóricos del socialismo. Sin embargo, pocos meses después de la muerte de Engels, había comenzado a abjurar de la interpretación *teórica* ampliamente diseminada entre los socialistas de que los problemas en la sociedad basada en la forma de producción capitalista se agudizarían cada vez más, y que se debía no solo combatir esta sociedad, sino superarla completamente. Bernstein entonces creía haber encontrado bases para rebatir esta interpretación: en vez de agudizarse más, los antagonismos se debilitarían, según él, y en consecuencia, la cooperación con la sociedad burguesa-capitalista representaría de todas formas la opción preferible, en lugar de la confrontación ejercida hasta entonces.

Bernstein a fin de cuentas solo decía algo que muchos diputados socialdemócratas, y más aún los dirigentes sindicales, ya estaban pensando de todas maneras aunque no lo admitieran en público. Los dirigentes sindicales nunca se dejaron seducir realmente por la idea de una oposición fundamental, porque ante sus ojos y como les mostraba también la Ley contra los socialistas, dicha oposición, sobre todo durante los momentos de crisis, ponía en peligro la conservación de las organizaciones arduamente conformadas, y con ello su propio poder.

Pero incluso en este contexto, pocos querían exponerse abiertamente a apoyar a Bernstein. Porque sin darse cuenta de lo que podía desencadenar, Bernstein había cometido un grave sacrilegio. La reacción de los «guardianes del templo», en primer lugar de la cabeza teórica del SPD, Karl Kautsky, como era de esperarse, fue muy fuerte. Antes del congreso del partido SPD, en el año 1903, tuvo lugar el llamado: «debate sobre el revisionismo»¹², en el cual Rosa Luxemburg recibió mucho más que sus primeros

12 Debate sobre el revisionismo, controversia sobre el revisionismo: 1896-1903, provocado por la serie de artículos de Eduard Bernstein en la revista *Neue Zeit* (Nuevos Tiempos) bajo el título «Problemas del Socialismo. Reflexiones propias y traducciones», en los que caracterizaba como una utopía las bases teóricas en las que la socialdemocracia fundamentaba su política y exigía su

reconocimientos en su nuevo entorno político, aun cuando, en lo que se refiere al contenido, solo resumía posiciones conocidas del marxismo. Las contradicciones del capitalismo se agudizarían de tal manera que impulsarían la humanidad a la barbarie. La misión del movimiento sería hacer todo lo posible con tal de evitarlo. El socialismo sería la salvación de la caída, y de ahí se desprende la fórmula: *socialismo o barbarie*.

Especialistas opinan que ningún otro libro entusiasmó en forma permanente a más personas y su propósito de acabar con la explotación, la opresión y la guerra de la comunidad humana que esta obra temprana de Rosa Luxemburg «¿Reforma social o revolución?». Esta obra sigue ofreciendo hoy en día una buena orientación acerca del marxismo originario, es decir, acerca de ese marxismo que todavía no había sido transformado en una caricatura de sí mismo por el viejo Kautsky, ni había sido ultrajado por Stalin y sus adeptos hasta volverlo irreconocible.

El mismo Marx rechazó que hubiera algo así como un «marxismo», y sarcástico comentaba, que, en caso de que sí existiera, él, Karl Marx, de todos modos no era marxista. Karl Kautsky junto con Eduard Bernstein, la otra eminencia en cuestiones teóricas del socialismo, se había esforzado a través de una serie de escritos desde los años ochenta del siglo XIX por popularizar y sistematizar el pensamiento de Karl Marx en los países de habla alemana. Y al resultado se le llamó «marxismo»: un edificio de dogmas, de esquemas de argumentación, de deducciones históricas y «explicaciones científicas». Por cada nueva pregunta que se presentaba, Karl Kautsky, el incansable empleado del partido para cuestiones teóricas, tenía una teoría propia a la mano. Todos aprendieron sus primeros pasos de Kautsky: Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburg, así como miles de marxistas hoy hace mucho olvidados.

Antes del debate sobre el revisionismo, Karl Kautsky había sido el amo indiscutible de cualquier forma de interpretación. La confrontación con

revisión. El socialismo no surgiría una vez que el capitalismo se derrumbara, crecería más bien por la presión del movimiento obrero en el seno de la sociedad capitalista-burguesa. Consideraba válido entonces separarse de todas las ilusiones revolucionarias, había que perseguir solamente una política en evolución. Por lo contrario, Rosa Luxemburg defendía enérgicamente la necesidad de una política revolucionaria; el congreso del SPD de 1903 en Dresde se puso de su lado, y dio por «terminada» la polémica. No obstante, las interpretaciones de Bernstein se impusieron en lo esencial después de 1907. Ni el camino de Bernstein, ni el enfoque revolucionario defendido por Rosa Luxemburg durante el debate sobre el revisionismo, han conducido al socialismo: la polémica se quedó sin vencedor. El punto de partida más viable, sin embargo, podría ser la interpretación desarrollada por Rosa Luxemburg posteriormente, de una *Realpolitik* revolucionaria.

Bernstein incluso consolidó su posición, porque el debate sobre el revisionismo terminó por la vía de una decisión del congreso del partido a su favor. El comité ejecutivo del SPD había abierto una caja de Pandora con esta «solución» ejecutada por su propia mano –aunque en contra de su propia intención–: por primera vez en una organización de masas –exceptuando a la iglesia católica– las cuestiones de la teoría y la visión del mundo del ámbito del debate intelectual fueron arrastradas a la política para que ahí fueran «decididas»; fue una violación en contra de las ideas, que poco después se convertiría en algo natural y no reflexionado dentro del movimiento comunista.

Pero por principio se seguía considerando válida la posición de que había que superar al capitalismo con todas las implicaciones que esto tuviera. Sin embargo, el comité ejecutivo del SPD, conformado por los viejos luchadores del periodo de la Ley contra los socialistas, ya no era tan revolucionario, actuaba más bien en forma pragmática. El SPD, más bien de paso, había logrado algo bastante curioso. En medio de la Alemania prusiana, a punto de convertirse en una potencia mundial, con su militarismo, su antisemitismo encubierto, su fiebre colonialista y su fetichismo del vestuario, había creado una sociedad proletaria propia, un mundo alternativo con instituciones propias y mecanismos de protección, ante las inclemencias no solamente de la vida proletaria.

El *cuarto Estado* como lo llamaba Theodor Fontane, el novelista de la era anterior a la Primera Guerra Mundial, o como lo denominaban Karl Marx y otros, el proletariado, los obreros, la clase obrera, fueron pasados por las armas por primera vez durante la rebelión de los tejedores silesianos en 1844. Cuando el joven Gerhard Hauptmann puso en escena este escándalo medio siglo después en el Deutsches Theater en Berlín, Su Majestad renunció a su palco. En esa Alemania prusiana y guillermista¹³ –producto de la revolución fracasada de 1848 y de la guerra victoriosa contra Austria en 1866, armada como un rompecabezas en 1871 en la Sala de los Espejos en Versalles, después del triunfo sobre una Francia que durante siglos fue imponente a pesar de sus convulsiones– al proletario se le consideraba basura.

13 Era guillermista: Periodo de gobierno del emperador alemán, Wilhem II. (Guillermo II, 1888-1918). Caracterizada por la modernidad en torno a economía, ciencias y tecnología, una política reaccionaria interna, militarismo, así como por un colonialismo e imperialismo agresivos hacia el exterior. Culminación de una cultura oficial de Talmi, consistente de una sobrecarga de historismo y una actitud teatral puesta en escena por el estado. Llevó a la barbarie de la Primera Guerra Mundial.

Es el movimiento obrero influido por el judío exiliado Karl Marx y dirigido por el grandilocuente judío Ferdinand Lassalle el que lo ayuda a ganar conciencia de sí mismo por primera vez. Personas de origen judío, en su mayoría ya no practicantes de su religión, desempeñaron un papel importante en el movimiento proletario de Alemania antes de la Primera Guerra Mundial; lo mismo ocurrió en los primeros años del KPD (partido que, sin embargo, en los últimos años antes de su destrucción, que se dio en parte por propia culpa, se convirtió por lo menos en lo que se refiere a su fracción parlamentaria, en forma voluntaria y sin que lo apuraran, en un partido «libre de judíos»). Los despreciados dentro de la sociedad capitalista-feudal de Alemania, por un lado los trabajadores, por otro lado los hijos de la burguesía culta judía asimilada, entre ellos Eduard Bernstein y Karl Kautsky, se habían encontrado y creado una nueva fuerza política.

También en la burguesía culta tradicional hubo muchos judíos asimilados exitosos, desde Albert Einstein hasta Stefan Zweig en el umbral del nuevo siglo, mientras que el apogeo de la influencia judía en las élites económicas ya había ocurrido mucho tiempo atrás, hacia finales del siglo XIX y principios del XX. A menos que logran huir de Alemania, ellos o sus descendientes murieron en Auschwitz o en lugares de exterminio similares. Entre ellos, Mathilde Jacob, la frecuentemente subestimada «mano derecha» de Rosa Luxemburg. El cheque para rescatarla de manos de los nazis no estuvo listo en los Estados Unidos sino cuando ya la habían transportado con el Reichsbahn¹⁴ al campo de concentración de Theresienstadt.

Con el debate sobre el revisionismo, los ocho miembros del comité ejecutivo del SPD se vieron confrontados con un problema serio, del cual ni Karl Kautsky ni la muy joven Rosa Luxemburg, recién estrenada como política, fueron conscientes. Pues desde la perspectiva del comité, Bernstein en realidad tenía razón; solo que les pareció peligroso deshacerse sin necesidad urgente de la teoría, con la cual creían poder darle cohesión a su sociedad alternativa. Por eso creían que su exitoso proyecto se veía amenazado por el revisionismo de Eduard Bernstein. Todo lo que parecía perturbar este ascenso incesante debía ser reprimido, aunque se tratara de un camarada con tantos méritos como Bernstein, con quien, naturalmente, se seguía cultivando la probada amistad por fuera del protocolo oficial. En esos tiempos la dirigencia del SPD siempre puso mucho empeño en que los guardianes de la organización, sobre todo los provenientes de los sindicatos, y los vigilantes de la ideología en torno a Karl Kautsky quedaran tablas.

14 Nombre del ferrocarril alemán de esos tiempos.

Rosa Luxemburg, aunque no pertenecía al círculo interno del SPD —un círculo de hombres mayores y de ancianos— y en el mejor de los casos podía intuir esas cosas pero no saberlas con certeza, se hallaba en ascenso en esos tiempos. El co-presidente del SPD, August Bebel (1840-1913), hombre honrado pero al mismo tiempo calculador, que quería salvar su obra del fracaso, privilegiaba a la joven mujer pero también la usaba para sus propios fines. Ella, por otro lado, estaba francamente cautivada por ese gran viejo. En uno de los congresos del partido en aquellos años se le escapó ante todo el público un «August, te amo».

Cuando Rosa Luxemburg, con una identidad falsa como la periodista alemana Anna Matschke, cayó en 1906 en Varsovia en la trampa de la policía zarista, también Bebel hizo todo lo posible por proteger su vida y rescatarla de la cárcel. Después de su liberación, ella rechazó, sin embargo, su oferta de apoyarla económicamente en su vida personal con recursos del comité ejecutivo, así como de igual manera durante su estancia en la cárcel no permitió la pretensión de pedir al Canciller del Reich su intervención diplomática ante los rusos por su liberación. En primer lugar se mantuvo como *citoyen*, es decir, una ciudadana en el sentido de la Revolución Francesa, con autoestima y deseosa de su libertad, en otras palabras, una rareza para Alemania. Si la gratitud le obligaba a alguna dependencia, la rechazaba, y en consecuencia estaba dispuesta a pagar un precio alto, muy alto; una de sus amigas incluso opinaba, a veces un precio demasiado alto. Rosa Luxemburg odiaba esconderse. Solo se sentía libre en la lucha abierta.

La tibieza le era odiosa; y eso era precisamente lo que se había extendido entre los que alguna vez fueron los héroes en el periodo de la Ley contra los socialistas. Un domingo a principios del año 1907 Rosa Luxemburg, junto con su amiga de Stuttgart de muchos años, Clara Zetkin, decidida precursora de la emancipación femenina, fue invitada a comer con la familia de Karl Kautsky. Las dos mujeres dieron un paseo antes y llegaron tarde. August Bebel, presidente del SPD, que también estuvo presente, comentó en broma que durante la espera ya habían temido lo peor. Rosa Luxemburg contestó de buen humor que, en caso de que les ocurriera algún día una desgracia, les hicieran el favor de poner la siguiente frase en su lápida: «Aquí descansan los dos últimos hombres de la socialdemocracia alemana.»

En 1907 el SPD experimentó su Waterloo en las elecciones para el Reichstag.¹⁵ No tuvo la capacidad de oponerle argumentos de peso a la

15 Parlamento alemán.

campana electoral ultranacionalista de los partidos burgueses y monárquicos, que se decían en contra de los «camaradas sin patria» del SPD. De esta forma, el gran partido alemán de los trabajadores que había sido consentido por el éxito, perdió masivamente distritos, es decir, diputaciones, a pesar de haber aumentado nuevamente su caudal en votos absolutos. Por primera vez la sociedad opositora proletaria llegó a sus límites, mismos que la sociedad mayoritaria guillermista mostró en forma cada vez más perceptible. Porque en esta sociedad mayoritaria, los políticos gobernantes, con una actitud cada vez más imperialista, habían logrado arraigar profundamente el sueño del «lugar privilegiado» en el mundo y, con ello, la fiebre nacionalista: algo que también causó efectos en el ambiente proletario.

La dirigencia del SPD tenía que entender que su modelo de sociedad alternativa proletaria se agotaba, aunque esto se diera en la misma medida en la que se desarrollaba exitosamente. Las dos sociedades solamente podían existir una con la otra y una contra la otra mientras que ambas se mantuvieran apartadas. Pero a partir de la década de 1880 la sociedad mayoritaria, aislada herméticamente de «los de abajo» durante mucho tiempo, tuvo una oferta de integración cada vez más efectiva ante el proletariado: el nacionalismo. Éste ya había demostrado claramente en las elecciones de 1907 ser un instrumento capaz de limitar y de hacer retroceder la influencia de la socialdemocracia.

Al mismo tiempo esto estaba significando un fracaso para la táctica socialdemócrata, desarrollada para eliminar al capitalismo. Teoría y práctica se encontraron en una curiosa relación tensa. *Teóricamente* se trataba, y lo había subrayado el resultado del debate sobre el revisionismo, de la consecuente superación del capitalismo, es decir, de una ideología socialista, que según las expectativas de la dirigencia del SPD, debía crear una alta fuerza de cohesión. No obstante, se *practicaba* el camino de los pactos, que se consideraba mucho menos peligroso para la propia organización, y el de un parlamentarismo cada vez más desdentado. Finalmente, los votos de una sociedad proletaria en permanente expansión debían superar a la sociedad mayoritaria tradicional, que en algún momento se convertiría en sociedad minoritaria. Así es como se iba a introducir el socialismo por la vía pacífica. A más tardar después de la elección de 1907, la dirigencia del SPD presintió lo erróneo de su concepción llevada a la *práctica* y que nunca iba a ganar la mayoría de votos de las dos sociedades.

Se trataba de elegir entre dos escenarios: o bien se emprendía una lucha ofensiva a favor del socialismo –lo cual, como es totalmente comprensible, exigían Rosa Luxemburg y la izquierda– con una clientela dispuesta al socialismo pero estancada y que, desde un punto de vista estratégico, incluso se estaba reduciendo lo que implicaba el peligro de perder no solamente la influencia sobre la propia clientela atraída por el nacionalismo, sino de arriesgar, a causa de una pérdida de influencia previsible, la destrucción del poder organizativo construido. O bien se derribaban en forma silenciosa los conceptos vigentes y se cambiaba la dirección sin hacer aspavientos. La dirigencia del SPD eligió la última opción. En vez de seguir construyendo su modelo propio de una sociedad alternativa, quiso intentar su integración en la sociedad burguesa para lograr por lo menos una participación en el poder, mientras que tuviera todavía suficiente fuerza. Eso implicaba, por supuesto, el abandono del objetivo de superar al capitalismo; en vez de eso, en el futuro solo habría que frenarlo. Hacia afuera al principio no se cambió casi nada; hacia adentro, en cambio, casi todo. Esta decisión a favor de la integración estratégica en la sociedad guillermina condujo finalmente al SPD, pasando por la *aprobación de los créditos de guerra* el 4 de agosto de 1914 y por la *participación en el gobierno* el 3 de octubre de 1918, a la que se aspiraba a más tardar desde 1907, *al desmantelamiento del movimiento obrero* el 2 de mayo de 1933.

La izquierda socialista-internacionalista había perdido ante los ojos de la dirigencia del SPD de 1907 su función como garante de una ideología que unía a todos. Muchos izquierdistas no se sintieron bien con el sigiloso aislamiento, abjuraban de sus convicciones revolucionarias y mutaron hasta convertirse en «soldados del partido», que pronto estuvieron dispuestos a hacer casi cualquier trabajo sucio. Por primera vez quedó evidenciado un fenómeno que hasta el presente se lamenta: la mayor parte de la izquierda no mantiene durante toda su vida una política revolucionaria-socialista, es decir, dirigida a superar al capitalismo, sino que a partir de cierto punto solo *afirma* hacerlo.

Después de 1907, la izquierda dentro del SPD se redujo a algunos pocos que no aceptaron rendirse. A partir de 1911 se formó alrededor de Franz Mehring y Rosa Luxemburg un «último reducto», al que se unió también Karl Liebknecht después del inicio de la guerra. Mientras tanto, personas importantes de la izquierda, como el organizador de la escuela del partido, Heinrich Schulz, se volvieron en forma definitiva hacia el nacionalismo.

El arraigo de Rosa Luxemburg en el SPD en el tiempo de las reorientaciones secretas ya no era tan fuerte como antes de su viaje a la Polonia rusa revolucionaria. Por causa de las luchas revolucionarias en Rusia, sobre todo por la huelga de masas, desistió de algunas posiciones marxistas ortodoxas. En lo fundamental cambió principalmente su relación hacia la organización proletaria. En el credo marxista una organización fuerte era considerada como la condición decisiva para la acción en general, y para la acción revolucionaria en particular. Rosa Luxemburg llegó en ese momento a la convicción de que el sistema organizativo del SPD se había transformado en una atadura para cualquier acción, sobre todo para la acción revolucionaria. La dirigencia del SPD veía en las acciones un peligro creciente para la existencia de las organizaciones cuya protección ante un desmantelamiento por parte del Estado policial militarista era para ésta más importante que las acciones contra la sociedad mayoritaria. Ya desde antes de, pero a partir de 1907, más que nunca.

En la revolución rusa de 1905 a 1907 Rosa Luxemburg había presenciado cómo la organización se conformaba a partir de la acción revolucionaria, y no en última instancia a partir de la huelga de masas política: cómo la acción antecedía a la organización. Con la idea de la huelga de masas política como bagaje, había asistido en el año de 1906 al congreso del SPD... en el que fracasó rotundamente. Su folleto «Huelga de masas, partido y sindicatos», que había redactado especialmente para este congreso, resultó ser el punto de partida teórico para una emancipación de la izquierda dentro del SPD. No cambió nada el hecho de que Rosa Luxemburg hubiera tenido la intención opuesta: no una división del SPD, sino que se ganara al SPD para una política revolucionaria; en último caso, ganarse aunque fuera a la base del partido contra una dirigencia cada vez más conservadora.

Según el razonamiento político socialdemócrata, con su defensa de la huelga política de masas, Rosa Luxemburg se había atrevido a caminar sobre terreno minado. Dentro de la socialdemocracia la pretensión de realizar huelgas de masas y huelgas generales políticas se consideró como una expresión aberrante, contra la cual era necesario luchar con todas las fuerzas: el anarquismo. Al principio de los años setenta del siglo XIX, Karl Marx se había enemistado fatalmente con un socialista ruso que había estado en las barricadas de Dresde durante la revolución de 1848, Mikhail Bakunin. Marx creía que la liberación de la clase obrera de la explotación y de la opresión se daría por *leyes* históricas, las cuales tendrían sus causas

últimas en la economía. La sola voluntad para el cambio no era suficiente. El quehacer de la política revolucionaria exigiría reconocer estas *leyes* y actuar en consecuencia, es decir, acelerar en forma sostenida el avance hacia una sociedad sin explotación ni opresión. Bakunin, por el contrario, era un socialista que argumentaba con categorías morales y éticas, ubicando al individuo y a su liberación en primer lugar. Bakunin vislumbró en la voluntad de acción, alimentada por la conciencia de las escandalosas injusticias provocadas por el capitalismo, y en la agitación, elementos esenciales de la política revolucionaria. Los anarquistas no querían emplear la huelga nada más como arma en los conflictos económicos entre el trabajo y el capital –como lo hicieron los sindicatos con inspiración socialdemócrata– más bien querían emplearla principalmente al interior de la lucha política. Algunos incluso apostaron a la huelga general como instrumento para la caída total del sistema.

Con Marx y Bakunin, y más intensamente todavía con sus discípulos, que muchas veces no pasaron de ser meros imitadores, se enfrentaron irreconciliablemente el llamado «socialismo científico» y el «socialismo libertario», también nombrado «anarquismo». A pesar de que una interpretación sobria revelaba una serie de importantes aspectos en común entre ambos, intencionalmente éstos se dejaron en un plano secundario. En su lugar los dos hombres, que ya estaban envejeciendo, cargaron sus diferencias sin duda existentes todavía con su enemistad personal, y así heredaron a la izquierda un cisma que perdura hasta el presente, a pesar de ser totalmente absurdo.

Por lo menos en lo fundamental, prácticamente no había diferencias en cuanto a los *objetivos* de las dos corrientes, las diferencias reales estaban en la cuestión del *camino a transitar*. Por primera vez se inició una confrontación, que iba a fragmentar a la izquierda durante el siglo XX en grupos y grupúsculos cada vez más pequeños y más sectarios: los leninistas con sus fragmentaciones, los trotskistas con todavía más fragmentaciones, los maoistas... se puede seguir la lista al gusto del lector.

Todos tienen tanta razón, se burlaba ya Kurt Tucholsky. Cada uno de estos grupos consideraba ser el único que sabía el camino correcto para salir del valle de lágrimas del capitalismo, y luchaba contra todos los otros «no creyentes» según el siguiente patrón: mientras más cercanas sean tus opiniones a las mías, más peligrosas son. Por eso, quienes las sostengan tienen que ser combatidos tanto más efectivamente. La izquierda europea pasó grandes partes del siglo XX sumido en ese infantilismo. Mientras, el

capitalismo se desarrolló espléndidamente en esos tiempos y generó las crisis y guerras más devastadoras. El capitalismo desatado de mercados financieros de los tiempos más recientes, con todo su carácter absurdo y su misantropía, no es sino una consecuencia lógica de ese proceso.

Solo los estalinistas, adornados como «marxistas-leninistas» tendrían éxito. Los estalinistas, como al principio se llamaron a sí mismos –no es sino hasta mucho después que el estalinismo se convierte en un estigma escrupulosamente esquivado–, surgieron de un grupo de revolucionarios más jóvenes. Éstos se diferenciaban especialmente en tres puntos de los «viejos» alrededor de Lenin y de su círculo, al cual, dicho sea de paso, no solo pertenecían «viejos», sino también muchos jóvenes cultos emigrantes: prácticamente no experimentaron la emigración, por lo que su horizonte estaba fuertemente caracterizado por circunstancias rusas semibárbaras. La lucha revolucionaria en Rusia casi no les dio tiempo para adquirir una cultura intelectual en forma sistemática, y menos para un trabajo teórico serio. Su teoría se movía en categorías de blanco-negro y amigo-enemigo. Especialmente ellos habían ejercido una brutalidad sin cuartel en los años de la guerra civil después de la Revolución de Octubre, pero muchos «viejos», entre ellos muchas personas de su edad, no los tomaban totalmente en serio.

Como no llegó la revolución mundial, cuyo inicio había sido según el entendimiento de los bolcheviques la Revolución de Octubre, habían adoptado una política de ir con la dirección del viento entre las fuerzas de clase, e hicieron cada vez más concesiones tanto con la burguesía rural, como con la urbana. La Rusia de los soviets se encontraba en camino a ser un «país emergente» capitalista: el fin del gobierno de los bolcheviques parecía ser nada más una cuestión de tiempo. Sin embargo, a partir de 1927, el secretario general del PCUS, Stalin, se convirtió en dictador absoluto y estableció un régimen totalitario de izquierda radical, que pretendía lograr mediante la aplicación sistemática de asesinatos una sociedad igualitaria e incapaz de oponer cualquier forma de resistencia –la cual se anunciaba como «socialismo»–. La furia no respetó a nadie: campesinos, obreros, intelectuales, funcionarios...

Para el dominio estalinista el pensamiento de Rosa Luxemburg significaba un peligro incalculable. Lo que ella odiaba: la dictadura de una camarilla, un «liderazgo» usurpado en lugar de una hegemonía basada en la aprobación, la sustitución del debate político por el terror policíaco, la burocracia como el elemento activo más importante en la sociedad,

kitsch en vez de cultura: todo ello conformaba la base del gobierno estalinista.

Todas las reflexiones y acciones de los estalinistas giraban alrededor del aseguramiento de su poder. Para ellos, la teoría consistía en «agitación y propaganda» —«Agitprop»— con la única función de justificar y maquillar la política en curso. Todo eso no tenía nada en común con el marxismo, menos aún con Marx, con excepción del nombre. Por el contrario, Marx — y con él Rosa Luxemburg— representaban un peligro para el poder estalinista. Especialmente a Rosa Luxemburg, a quien ya había criticado duramente el poder bolchevique en sus inicios, le tenían que tapar la boca incluso en forma póstuma. Pero con Marx no se podía, ya que era imprescindible para la propaganda, porque el estalinismo se presentaba como «marxismo-leninismo», cosa que ahuyentó a muchas personas del estudio de los textos de Marx. Además, la recepción del pensamiento tan disperso de Marx no era nada fácil; para que su estudio incitara dudas sobre el «socialismo real existente» se requería de un trabajo sistemático. No obstante, la obra de Marx mantuvo su carácter subversivo. Una y otra vez personas jóvenes, que al principio de su actuar político eran frecuentemente apasionados partidarios de Stalin, se convirtieron en críticos de las condiciones predominantes después de analizar seriamente las obras de Marx.

Sobre todo en el extranjero no pocas personas, entre ellas muchos intelectuales, veían en la Unión Soviética primordialmente al socialismo. El estalinismo fue interpretado como un fenómeno inevitable, que sin embargo no afectaba lo esencial del socialismo, como la única alternativa al capitalismo productor de guerra, explotación y represión. Rodeado por el aura de la Revolución de Octubre de 1917, y después de 1945, fortalecidos por el triunfo sobre el fascismo nazi, los estalinistas lograron impresionar tanto las masas de fuerzas anti-capitalistas que éstas se dejaron integrar por lo menos temporalmente, quitándoles así el fundamento a los esfuerzos emancipadores como los que había pretendido, por ejemplo, Rosa Luxemburg. No simpatizar con la Unión Soviética pero practicar al mismo tiempo una política socialista, era un reto más que ambicioso bajo esas condiciones.

Así como en la Alemania de los años veinte los nacionalsocialistas¹⁶ tomaron prestado el vestuario y el vocabulario del movimiento obrero socialista-comunista, los estalinistas se adornaron partiendo desde Rusia con un ideario emancipador y con demandas de libertad, que solían costarles

16 Nazis.

la libertad y a veces también la vida a quiénes quisieran verlos convertidos en realidad; por lo menos en aquellos lugares donde el estalinismo había llegado al poder.

A Rosa Luxemburg ya no le tocó vivir nada de eso. Ella experimentó, con total inocencia, solo los inicios de este proceso absurdo. Y tampoco ella intentó superar las posiciones endurecidas de los marxistas contra los anarquistas (véase p. 27 s.) —un frente, que adquiriría un carácter genocida durante la guerra civil española (1936-1939), cuando el marxismo soviético convergió totalmente en el estalinismo—. Por el contrario, durante toda su vida, Rosa Luxemburg se deslindó marcadamente del anarquismo, y precisamente en forma más enérgica cuanto más se acercó a éste en sus posiciones ideológicas. En realidad, su argumentación a favor de más acción y menos cultivo y protección para la organización, con su creciente burocracia y su vanidosa autosuficiencia y, directamente, su defensa de la huelga política de masas, le acarrearón la acusación masiva de querer meter de contrabando al anarquismo en la socialdemocracia y con ello, cuestionar todos los logros hasta entonces obtenidos.

Rosa Luxemburg desafió todos estos ataques, lo que le costó quedarse aislada políticamente durante años. Transcurrían los años anteriores a la Primera Guerra Mundial cuando su aliado más cercano en la socialdemocracia alemana, Karl Kautsky, inventaba continuamente nuevas teorías marxistas para justificar la política de adaptación del comité ejecutivo del SPD al régimen guillermino; como consecuencia los dos se distanciaron para siempre. Poco a poco, el marxismo empezó a convertirse para Rosa Luxemburg en una injuria.

A pesar de haberse integrado como marxista fiel en el movimiento socialdemócrata, casi nunca se calificó a sí misma como marxista; lo cual de todos modos no era una usanza tan común en los partidos de la II Internacional. Después, en la primera década del nuevo siglo habría dejado atrás muchos —no todos, como aquí se ha expuesto— dogmas del marxismo al estilo de Kautsky y habría encontrado su propio camino en los trabajos de Marx y la aplicación de su método. En este campo difícilmente alguien de sus contemporáneos se podía comparar con ella (y menos aún personas como Ruth Fischer, Ernst Thälmann y Walter Ulbricht, quienes se encargaron después de 1923 del Partido Comunista, que había sido cofundado por Rosa Luxemburg en el Año Nuevo de 1918). A partir de 1910, ella usaría la mayoría las palabras «marxistas» y «marxismo» entre comillas, y casi siempre en forma peyorativa.

Aun cuando hasta el último momento le pareció inconcebible que la fracción del SPD en el Reichstag aprobara los créditos de guerra el 4 de agosto de 1914, su mirada se había vuelto cada vez más pesimista. En 1913 hizo el balance de los éxitos parlamentarios de la socialdemocracia alemana: «En cincuenta años de trabajo ejemplar la socialdemocracia extrajo del ahora pedregoso suelo [del Parlamentarismo] todo lo que se pudo obtener, tanto de ganancia material tangible para la clase obrera como por lo que respecta a la toma de conciencia sobre su condición como clase. El más reciente y mayor triunfo electoral de nuestro partido puso ahora de manifiesto ante todos que una fracción socialdemócrata de 110 hombres en la era de los delirios imperialistas y de la impotencia parlamentaria ya no es capaz de extraer más, ni en cuanto a las reformas sociales ni a la agitación, sino menos que lo que hacía antes una fracción que solo contaba con una cuarta parte de esta fuerza. Y el tema nodal del desarrollo de la política interior en Alemania, el derecho electoral prusiano, ha aniquilado con su irremediable empantanamiento todas las esperanzas de llegar a una reforma parlamentaria gracias a la mera presión de las acciones electorales. Tanto en Prusia como en el Reich la socialdemocracia se estrella impotente, a pesar de todo su poder, con la barrera que ya en 1851 Lassalle había formulado con las palabras: «Nunca una asamblea (legislativa) ha revolucionado las circunstancias imperantes ni podrá hacerlo jamás. Todo lo que una asamblea de este tipo ha hecho y ha podido hacer es proclamar las circunstancias que imperan afuera, sancionar la revolución ya consumada de la sociedad y ampliarla en sus consecuencias y leyes individuales, etc. Pero una asamblea tal será eternamente impotente para revolucionar ella misma a la sociedad que representa.» Sin embargo, hemos llegado a una etapa de desarrollo en la que las más urgentes e irrecusables exigencias defensivas del proletariado –el derecho al sufragio universal en Prusia, la milicia general en el Reich– significan una verdadera revolución de las relaciones de clase prusiano-alemanas existentes. Si la clase obrera quiere imponer hoy sus intereses vitales en el Parlamento, entonces debe primero llevar a cabo afuera una revolución efectiva. Si la clase obrera quiere volver a conferirle al parlamentarismo fertilidad política, entonces debe conducir a la propia masa al escenario político mediante acciones extraparlamentarias».¹⁷ Rosa Luxemburg se quedó bastante aislada defendiendo esta posición.

¹⁷ Rosa Luxemburg, «Lassalles Erbschaft» (El legado de Lassalle), en Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke* (Obras completas), vol. 3, p. 222 s.

Cuando al inicio de la guerra mundial Karl Kautsky se aventuró a explicar la adhesión del SPD a la tregua política con el imperio en guerra a partir del marxismo, lo único que le quedó a Rosa Luxemburg fue mofarse amargamente de este «ismo»: «Cuando estalló la guerra, la socialdemocracia alemana se apresuró a justificar la expedición depredadora del imperialismo alemán con un argumento ideológico extraído de los devaneos del marxismo: declararon que se trataba de una expedición liberadora contra el zarismo ruso, tal como lo habían soñado nuestros viejos maestros».¹⁸

Estas circunstancias del partido socialdemócrata la hicieron reaccionar con cinismo al final –aunque, en verdad, eso no era lo suyo–: «Asociaciones, instancias, conferencias, asambleas generales, libros de caja, registros de afiliados: eso es el partido, tanto en opinión de los camaradas en torno a Scheidemann como de los que rodean a Haase. Ni unos ni otros se dan cuenta que asociaciones, instancias, conferencias, asambleas generales, libros de caja, registros de afiliados se convierten en trastos inútiles en el momento en el que el partido deja de hacer la política que le es inherente. Ni unos ni otros se dan cuenta que su altercado en cuanto a la división o la unidad de la socialdemocracia no es más que una discusión sin sentido, puesto que la socialdemocracia alemana ya no existe hoy como una totalidad.

Imaginémonos por un momento que en la Basílica de San Pedro en Roma, el templo más venerado en la fe cristiana, ese exquisito monumento de la cultura religiosa, una mañana cualquiera –la pluma casi se niega a escribirlo– en lugar de la misa católica se realizara ante los ojos de todo el mundo una... bueno, una impúdica orgía como si de una casa pública se tratara. Imaginémonos algo todavía peor, pensemos que en esa orgía los sacerdotes se hubieran dejado puestas sus sotanas, sus ornatos, utilizaran los incensarios con los que antes habían oficiado la misa. ¿Después de eso la Basílica de San Pedro seguiría siendo una iglesia o sería otra cosa muy distinta? Los delgados muros seguirían siendo los mismos, los altares y las casullas serían los de siempre, pero todos se estremecerían con horror al mirar hacia dentro y preguntarse, consternados: ¿pero qué es lo que ha pasado con esta iglesia?»¹⁹

El único «ismo» aceptado siempre por Rosa Luxemburg fue sin duda el socialismo, que le bastaba totalmente para su objetivo. En una ponencia

18 Rosa Luxemburg, «Zur russischen Revolution» (La revolución rusa), en Rosa Luxemburg, op. cit., vol. 4; en el presente libro, p. 90 s.

19 Rosa Luxemburg, «Offene Briefe an Gesinnungsfreunde. Von Spaltung, Einheit und Austritt» (1917) (Cartas abiertas a los compañeros de credo político. De división, unidad y renuncia), en op. cit., p. 233.

durante el congreso de fundación del Partido Comunista de Alemania, el 31 de diciembre de 1918, donde participaron izquierdistas de diferentes tendencias, entre ellos muchos partidarios confesos del pensamiento de Marx, retomó otra vez la cuestión del marxismo. Para no asustar a nadie, y a diferencia de otras ocasiones, no polemizó en forma general contra el marxismo, sino que optó por hacer una distinción entre el «marxismo oficial» y el «marxismo verdadero, el no falsificado»; sin embargo, prefería otro punto de referencia para el partido. No declaraba: «Regresamos otra vez al marxismo», sino: «Regresamos a Marx, a su bandera. Si hoy en día declaramos en nuestro programa: la tarea inmediata del proletariado no es otra cosa que –resumido en pocas palabras– convertir al socialismo en verdad y acción y exterminar al capitalismo de raíz, entonces nos situamos en los fundamentos, en los cuales estaban parados *Marx* y *Engels* en 1848, y de los cuales, por principio, nunca se alejaron.»²⁰

En el siglo XX innumerables personas en todo el mundo se sacrificaron y dieron su vida por los ideales del marxismo, es decir, por la eliminación de cualquier forma de opresión y explotación. Fueron sin embargo traicionados y abusaron de ellos políticos imperialistas sin escrúpulos, entre ellos incluso asesinos múltiples, que fundamentaron y justificaron prácticamente todo con el marxismo: desde la afirmación hecha en los años treinta de que los socialdemócratas eran al fin socialfascistas, hasta el pacto entre las dos dictaduras totalitarias en Europa, la conspiración de Hitler y Stalin contra el pueblo polaco en 1939 y la represión de la Primavera de Praga en 1968. No solamente Stalin, Berija y Molotov, también Mao Tsetung y Pol Pot se consideraban buenos «marxistas» y llevaron a cabo sus políticas de exterminio bajo la bandera del marxismo.

20 Rosa Luxemburg, «Gründungsparteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands vom 30. Dezember 1918 bis 1. Januar 1919 in Berlin» (Congreso fundacional del Partido Comunista de Alemania, del 30 de diciembre de 1918 al 1º de enero de 1919 en Berlín), en op. cit., p. 233.

Entre la socialdemocracia y los bolcheviques

*Rosa Luxemburg se equivocó...; se equivocó...; se equivocó...;
se equivocó...; se equivocó...
Pero a pesar de todos estos errores suyos fue y continúa siendo un águila.
Lenin, 1922*

*... no por medio de la mayoría hacia la táctica revolucionaria,
sino por medio de la táctica revolucionaria hacia la mayoría, ese es el camino.
Rosa Luxemburg, 1918*

Rosa Luxemburg no defendía en la huelga política de masas esta forma de lucha «en sí». Más bien consideraba a la huelga política de masas como sinónimo de toda una gama de acciones, con las cuales las masas proletarias adquirirían las competencias para la lucha contra el régimen económico y político dominante, y consecuentemente debían poder emanciparse de la tutela de sus dirigentes en este proceso. En este sentido es que Rosa Luxemburg se hacía algunas ilusiones acerca de las «masas proletarias».

Por un lado los cartistas²¹ en Inglaterra y, por otro, Karl Marx en Alemania creyeron, durante la primera mitad del siglo XIX, por fin haber encontrado en el proletariado el «sujeto social» que la izquierda había buscado durante siglos, y que permitiría convertir en realidad sus ideas para mejorar el mundo. Trátese del reformador, del revolucionario, en la socialdemocracia finisecular esta interpretación seguía siendo incuestionable. Más tarde, en el estalinismo, sería llevada al absurdo. Por un lado, los trabajadores que habían quedado en la producción, y más todavía la población rural convertida con medidas coercitivas en clase obrera, fueron despojados de sus derechos políticos como en los tiempos del capitalismo temprano, y en algunos países fueron incluso sometidos a una sobreexplotación. Por el otro lado, se celebraba oficialmente el endiosamiento de la «clase trabajadora», acompañado en la fase temprana de una práctica especial cuando se reclutó a los «cuadros» dispuestos a todo: eran aptos para ser personas de primera categoría, y por ende, para ser ascendidos a la nueva clase dominante, aquéllos que pudieran demostrar tener antecedentes puramente proletarios. De todos los demás había que desconfiar en mayor o menor medida, aun cuando mucho «personal no-proletario» era sencillamente imprescindible.

21 Cartistas: movimiento obrero británico inicial; su programa era la People's Charter (Carta del Pueblo, 1837/38), una propuesta constitucional que previa el sufragio universal y secreto, elecciones anuales y el pago de dietas para los diputados.

Una concepción socialracista del proletariado de esta naturaleza no tenía lugar en el pensamiento de Rosa Luxemburg. Según Rosa Luxemburg, formaba parte de la clase trabajadora aquella persona que se comprometiera al interior de la clase trabajadora y con ésta en contra de las condiciones imperantes, sin importar su origen o su estado social actual. La praxis, y no el estatus era su criterio. Entendía a la clase como movimiento, sino, ésta no existía. Los asalariados que no participaban en el movimiento los consideraba «masas» que había que ganar para el movimiento.

No obstante, tampoco ella estaba totalmente libre de la creencia de que el trabajador fuera el elegido. En contraste con la –secretamente desilusionada– dirigencia del SPD, ella esperaba de «los trabajadores» una afinidad prácticamente sociogenética con una actitud anticapitalista y hasta revolucionaria. Según la concepción de Rosa Luxemburg era tarea de la política despertar y liberar esa afinidad a través de la praxis del movimiento; en otras palabras, darle el beso de amor a la «clase» durmiente para que despertara. Perseveró en esta convicción hasta su muerte, a pesar de que más de una vez corriera el riesgo de desesperarse y aun de enloquecer por culpa de las «masas proletarias». Cuando la fracción del SPD en el Reichstag aprobó, el 4 de agosto de 1914, los créditos para la guerra y grandes sectores de las «masas proletarias» irrumpieron en los campos de batalla ávidos del botín y el honor y coronados de flores, Rosa Luxemburg consideró con toda seriedad suicidarse para marcar una señal y sacudir a las masas. Su alter ego francés, –por lo menos en las cuestiones de la guerra y la paz–, el socialista y pacifista Jean Jaurès, fue asesinado en aquellos días por fanáticos de guerra franceses. Tampoco en Francia pasó nada, también allá las «masas proletarias» marcharon alegremente al matadero.

A fin de cuentas la izquierda no pudo ser feliz con su «sujeto revolucionario»: la clase trabajadora. Sin embargo desde una perspectiva sociológica, los trabajadores aportaron el contingente más grande de la sociedad entre aquellos que, por lo menos temporalmente, se entusiasmaron por ideas revolucionarias, o incluso por acciones revolucionarias. Visto a nivel internacional, a principios del siglo XX dos tendencias fueron relevantes dentro de la izquierda según la forma en que actuaban respecto a la clase obrera, y vale la pena examinarlas más de cerca todavía ahora: la de la izquierda alemana, en tanto que perteneciera al círculo alrededor de Rosa Luxemburg, y la de la izquierda rusa, en tanto que perteneciera a los bolcheviques que rodeaban a Lenin.

Las dos tendencias interpretaron los esfuerzos de adaptación de la socialdemocracia alemana –entonces considerada como modelo por muchos partidos y movimientos proletarios de otros países, sobre todo por aquellos unidos en la II Internacional– como una «aberración» y «traición» de los dirigentes políticos. La idea de que la clase trabajadora no aspiraba como «clase» al socialismo, sino que solamente producía la mayor cantidad de personas en condiciones de responder a los ideales socialistas, a fin de cuentas no fue aceptada ni por el círculo que rodeaba a Rosa Luxemburg ni por el que rodeaba a Lenin. Las dos tendencias se quedaron con una concepción de la política donde la izquierda socialista-internacionalista representaba la parte políticamente más consciente del proletariado, y por este motivo conformaba su brazo político. Y ambas tendencias veían en la conquista de una influencia decisiva sobre la clase trabajadora una condición necesaria para llegar a un mundo mejor. Para ambas tendencias el socialismo seguía siendo una tarea de la clase trabajadora. La ganancia para la posteridad de ambas tendencias es el haber mantenido al pensamiento socialista en el espacio político, y no como hizo el SPD, que a lo sumo le permitiría seguir siendo un valor.

Sin embargo, las dos tendencias divergían fundamentalmente en una cuestión: mientras Lenin opinaba, de acuerdo con Karl Kautsky, que el proletariado no podía adquirir conciencia propia del hecho de ser portador de socialismo, y por ende, esta conciencia tendría que ser introducida «desde afuera»; para Rosa Luxemburg el socialismo no consistía en una teoría que uno debiera apropiarse y actuar cumpliéndola como los diez mandamientos. No solo rechazaba profundamente el llegar a la conciencia por medio de la tutela, para ella eso finalmente contradecía el ideal liberador del socialismo. Según su concepción, el proletariado debía tomar conciencia de su misión por la práctica vivida, por la experiencia de los propios éxitos, y más aún, a partir de las propias derrotas, y así convencerse de la alternativa entre *socialismo o barbarie*.

Rosa Luxemburg sabía cómo la Ilustración en el siglo XVIII había verdaderamente arrancado de las cabezas, sobre todo de quienes pertenecían a la pujante burguesía francesa, toda idea de un dominio feudal de origen divino, liberando así una voluntad inquebrantable por hacerse del poder político. Sin Ilustración no hubiera existido la Revolución Francesa, que abrió el camino para que Europa ingresara a la era de la burguesía. El dominio moderno, basado en las formas de producción capitalistas, era para Rosa Luxemburg también un dominio sobre las cabezas de la gente: una

interacción entre la Iglesia, el Estado, la escuela, el ejército y la opinión pública. La emancipación de cualquier forma de opresión y explotación comenzaba para ella con la emancipación de este dominio. En eso consistía el primer e insustituible paso para revolucionar las circunstancias sin sufrir la falta de libertad o la opresión.

No era el aumento permanente en el número de miembros de las organizaciones proletarias y de los votantes lo que guiaba su política, sino una creciente autoestima y una mayor capacidad para la acción política.

Sin embargo, conforme pasaban los años se hizo más consciente de que la lucha a partir de la Ilustración siempre estaría acompañada por retrocesos, provocados por un lado por el rampante nacionalismo y, por otro, irónicamente, precisamente por las concesiones arrancadas a las fuerzas dominantes. Por eso, el centro de su acción política consistía en poner de manifiesto las contradicciones que existían realmente en la sociedad, que cada vez se agudizaban más. Constantemente buscaba llevar a la luz pública a «quienes piensan diferente» y a sus verdaderas intenciones y acciones, para así obligarlos a defenderse públicamente, es decir, exhibir a quienes ostentan el dominio, cosa que éstos siguen odiando hasta hoy en día como al mismísimo diablo.

Rosa Luxemburg se regía por la máxima que rezaba: quien no ataca, es atacado. En su opinión, reinaba una guerra permanente, por supuesto siempre desmentida y velada por la opinión pública: las fuerzas dominantes contra el «resto de la sociedad». Por un lado, esta guerra se libraba con medios pacíficos y, cuando se le permitía, con el terror. Lo que a ella le importaba era que las personas aprendieran a superar su impotencia a través de la acción articulada, que alcanzaran su propia conciencia a partir de su participación en el movimiento y que así, en los combates cotidianos se hicieran conscientes de sus propios intereses no alienados.

Para ella el movimiento obrero socialista no era, en primera instancia, el que, dirigido sobre todo por los sindicatos, quería luchar por mejores condiciones de vida –aun cuando sabía de la importancia de ese combate y lo último que haría sería menospreciarlo–, sino el que luchaba por ampliar las garantías políticas, que quería complementarlas con las garantías sociales. En 1918 argumentó contra la práctica ejercida por los bolcheviques, que proclamaban las garantías sociales –que, sin embargo, solo llegaban al desmantelamiento de la propiedad privada sobre los medios de producción, no pocas veces asesinando a los propietarios: «Nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal». Lo que realmente quiere

decir es: siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la democracia burguesa, siempre hemos denunciado el duro contenido de desigualdad social y la falta de libertad que se esconde bajo la dulce cobertura de la igualdad y la libertad formales. Y no lo hicimos para repudiar a éstas, sino para impulsar a la clase obrera a no contentarse con la cobertura y a conquistar el poder político, para crear una democracia socialista en reemplazo de la democracia burguesa, no para eliminar la democracia. Pero la democracia socialista no es algo que recién comienza en la tierra prometida después de creados los fundamentos de la economía socialista, no llega como una suerte de regalo de Navidad para los ricos, quienes, mientras tanto, apoyaron lealmente a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza simultáneamente con la destrucción del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza en el momento mismo de la toma del poder por el partido socialista. Es lo mismo que la dictadura del proletariado.

¡Sí, dictadura! Pero esta dictadura consiste en la manera en cómo aplicar la democracia, no en su eliminación, en el ataque enérgico y resuelto a los derechos bien atrincherados y las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin lo cual no puede llevarse a cabo una transformación socialista. Pero esta dictadura debe ser el trabajo de la clase y no de una pequeña minoría dirigente que actúa en nombre de la clase. Es decir, debe avanzar paso a paso partiendo de la participación activa de las masas, debe estar bajo su influencia directa, sujeta al control de la actividad pública, debe surgir de la educación política creciente de la masa popular.»²²

Para ella el camino hacia esta revolución pasaba por una ampliación de las garantías políticas que había que arrebatar a las fuerzas dominantes, es decir, por un autoempoderamiento, con el objetivo de desplazar la proporción de fuerzas de tal manera que la parte dominante ya no pudiera salir bien librada con mentiras. De esta manera, se le debía privar del poder para que el uso de la fuerza le resultara cada vez más difícil. Rosa Luxemburg sabía: la violencia únicamente funciona cuando la mayoría está paralizada o es indiferente, sea por miedo o porque se le da pan y circo. Un inteligente ataque público con una constante reagrupación de ambas fuerzas era para ella la única forma duradera de la Ilustración y la concientización propia. Algo totalmente diferente a lo que hoy sigue siendo la costumbre de la izquierda de hacer política a través de representantes.

22 Rosa Luxemburg, «Zur russischen Revolution» (La revolución rusa) pp. 363 s.; en el presente volumen, p. 102 s.

Al final de su vida verdaderamente odiaba a esos políticos de izquierda que tan solo sabían aprovechar las circunstancias medianamente liberales que se habían ganado luchando, para hacer lo mismo que todos los demás políticos: una política burguesa en lo oscurito. Para Rosa Luxemburg lo que importaba era salirse del circo político burgués y poner de manifiesto y cada vez más efectivamente en la conciencia pública de manera totalmente transparente, constantemente comprobable y, naturalmente, también impugnabile, la misantropía y la hostilidad hacia la sociedad dominada por las formas de producción capitalistas.

Para ella, su exigencia –denunciada regularmente por las fuerzas dominantes y por sus ideólogos como un fraude– por la «libertad de quienes piensan diferente» tenía absoluta seriedad. Y no debido a una moral trivial o a un «juego limpio» tonto y suicida, sino porque a ella realmente le importaba la libertad para todos y no solo la libertad «para la clase revolucionaria», para los obreros... como se ha mantenido hasta hoy, y casi siempre sin que se le contradiga, entre una rama particular de izquierdistas, sobre todo los postestalinistas.

Como la científica que también era, Rosa Luxemburg concebía a la sociedad como algo orgánico, como un organismo vivo. La sociedad solo podría modificarse de manera duradera si todos los combates se dirimieran de forma pública; para ello era necesario que todos los jugadores contaran con libertad. Cualquier otra cosa le parecía absurda.

Aventajaba a la mayoría de políticos de izquierda en cuanto a la comprensión de que solo la libertad de quienes piensan diferente es la que hace posible una política emancipadora, para la cual no veía mayor peligro que en las restricciones de cualquier tipo. Una emancipación lograda con métodos y medios antiemancipadores, es decir, el concepto de política leninista –que los futuros comunistas gustaban de justificar con las «condiciones desfavorables» o, mejor aún, con la «inmadurez de las masas»– hubiera significado para Rosa Luxemburg renunciar a su planteamiento político. Le quedaba claro que solamente resolviendo las contradicciones podía el «resto de la sociedad» percatarse de la propia opresión y explotación y así liberarse del dominio sobre sus propias cabezas.

Estaba profundamente convencida de que todo lo artificial, todas las condiciones creadas «desde arriba» o bien desembocarían en el imperio del terror –puesto que las condiciones creadas de esta manera solo pueden ser mantenidas mediante la opresión y, en última instancia, el terror– o no serían capaces de sobrevivir. Ella no se prestaría a ninguna de las dos op-

ciones. La historia del socialismo en el siglo XX mostró que no hay un camino intermedio entre estos dos polos. Los años pasados desde su desaparición han mostrado el arraigo «duradero» que este socialismo tendría en la sociedad, incluso aún después de décadas.

Rosa Luxemburg estaba a favor de cambios duraderos: «El sistema social socialista solo deberá ser, y solo puede ser, un producto histórico, surgido de sus propias experiencias, en el curso de su concreción, como resultado del desarrollo de la historia viva, la que (al igual que la naturaleza orgánica, de la que, en última instancia, forma parte) tiene el saludable hábito de producir siempre junto con la necesidad social real los medios de satisfacerla: junto con el objetivo, simultáneamente, la solución. Sin embargo, si tal es el caso, es evidente que no se puede decretar el socialismo, por su misma naturaleza, ni introducirlo por un ucuse [edito secreto del zar]. Exige como requisito una cantidad de medidas de fuerza (contra la propiedad, etcétera). Lo negativo, la destrucción, puede decretarse; lo constructivo, lo positivo no. Territorio nuevo. Miles de problemas. Solo la experiencia puede corregir y abrir nuevos caminos. Solo la vida sin obstáculos, efervescente, lleva a miles de formas nuevas e improvisaciones, saca a la luz la fuerza creadora, corrige por su cuenta todos los intentos equivocados. La vida pública de los países con libertad limitada está tan golpeada por la pobreza, es tan miserable, tan rígida, tan estéril, precisamente porque al excluirse la democracia, se cierran las fuentes vivas de toda riqueza y progreso espirituales.»²³

La libertad es la libertad de quienes piensan diferente: y esto significa realmente de todos. Así reza la última ratio de su concepto político que con tanta frecuencia, y no pocas veces intencionadamente, ha sido y sigue siendo malinterpretado.

Paul Levi resumió así en 1922 la idea que Rosa Luxemburg tenía de la Revolución —y contra la práctica revolucionaria del terror de Lenin y Trotsky—: «Ella sabía llevar el combate como combate, la guerra como guerra, la guerra civil como guerra civil. Pero solo podía concebir la guerra civil como un juego libre de fuerzas, en el que ni siquiera la burguesía es refundida en las mazmorras con medidas policíacas, porque solo en el combate libre de las masas éstas pueden crecer, solo en él pueden reconocer la grandeza y la gravedad de su lucha. No quería lograr la aniquilación de la burguesía por medio de un funesto terrorismo, por medio de la monótona labor del verdu-

23 Rosa Luxemburg, *Zur russischen Revolution* (La revolución rusa), p. 360; en el presente volumen, p. 99.

go, como tampoco el cazador desea eliminar a los depredadores en su bosque. Pues es en la lucha contra ellos que sus presas se tornan más fuertes y grandes. Para ella el aniquilamiento de la burguesía, que también deseaba, era el resultado del cambio social que significa la revolución.»²⁴

Su concepto de política era lograr el autoempoderamiento a través de la acción, el ataque, la defensa exitosa y el aprendizaje completamente públicos, aunque era de la opinión que de lo que más se aprende es de los golpes y retrocesos. Naturalmente, únicamente si no se les oculta, puesto que la disimulación de las propias debilidades y errores solo lleva a la autoprivación del poder. No obstante, éste se cuenta hasta hoy entre los deportes favoritos de los políticos de izquierda; tampoco en eso se distinguen de la corriente dominante.

La formación, que también para Rosa Luxemburg tenía un papel clave –no en vano inició junto con Franz Mehring la escuela del partido para el SPD, en la que daba clases– fue entendida por ella no como un instrumento para «introducir conciencia» ausente, es decir, para imponerla. Sus ofrecimientos de formación los entendía como ayuda para la autoayuda. Para ella, la emancipación no empezaba después de la conquista del poder (ya fuera por la vía parlamentaria o por la revolución), sino en el movimiento, y este último era impensable para ella, si no se daba apropiándose de una amplia formación.

Por lo mismo, ella le adjudicaba al partido otra función que la que le concedieron por un lado la vieja socialdemocracia alemana y, por otro, los bolcheviques rusos. Mientras que para los primeros el partido mutaba cada vez más hacia una asociación electoral que debía ganar la mayor cantidad de lugares posibles en el parlamento, y que después de la derrota electoral de 1907 estaba dispuesto a hacer más y más concesiones al chauvinismo y militarismo en Alemania: para los segundos el partido era una maquinaria, con cuya ayuda se debía conquistar el poder a través de una revolución para eliminar todo el mal de la historia anterior. Finalmente, entre más éxito tenían, mostraban una relación más utilitarista y tutelar con la clase para la cual actuaban. Para Rosa Luxemburg ambas variantes eran un horror. El partido debía hacerles propuestas a los obreros y dejar que ellos tomaran la decisión. Incluso corriendo el riesgo de un rechazo, mismo que habría que aceptar, también y precisamente después de una

24 Paul Levi, introducción a «Die russische Revolution. Eine kritische Würdigung. Aus dem Nachlass von Rosa Luxemburg», en Annelies Laschitz (comp.), *Rosa Luxemburg und die Freiheit der Andersdenkenden*, Berlín, 1990, p. 224.

revolución exitosa: «El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias no sale del círculo cerrado de los burócratas del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable. La vida socialista exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio por la clase burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etcétera. Nadie lo sabe mejor, lo describe de manera más penetrante, lo repite más firmemente que Lenin. Pero está completamente equivocado en los medios que utiliza: los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio a través del terror. Todas estas cosas son solo paliativos. El único camino al renacimiento pasa por la escuela de la misma vida pública, por la democracia y la opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que desmoraliza.

Cuando se elimina todo esto, ¿qué queda realmente? En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky implantaron los soviets como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en el conjunto del país, la vida de los soviets también se deterioraría cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y reunión, sin una libre lucha de opiniones, la vida muere en toda institución pública, se torna en una mera apariencia de vida, en la que solo queda la burocracia como elemento activo. Gradualmente se adormece la vida pública, dirigen y gobiernan unas pocas docenas de dirigentes partidarios de energía inagotable y experiencia ilimitada. Entre ellos, en realidad dirigen solo una docena de cabezas pensantes y, de vez en cuando, se invita a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes y aprobar por unanimidad las mociones propuestas. En el fondo son entonces, una camarilla, una dictadura por cierto, no la dictadura del proletariado sino la de un grupo de políticos, es decir, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del gobierno de los jacobinos (¡la postergación del Congreso de los Soviets de períodos de tres meses a períodos de seis meses!). Sí, podemos ir aún más lejos, esas condiciones deben causar inevitablemente una brutalización de la vida pública: intentos de asesinato, caza de rehenes, etcétera. Este es una ley determinante, objetiva, de la que ningún partido puede sustraerse.»²⁵

25 Rosa Luxemburg, *Zur russischen Revolution*, en *Rosa Luxemburg*, vol. 4, pp. 360 ss., en el presente volumen, pp. 99 s.

Lenin no podría perdonarle esta «disidencia». Años después de su muerte proclamó, al más puro estilo jesuita, un quintuple «*se equivocó...*» antes de dignarse a concederle un «*pero...*»

Un problema que naturalmente la preocupó como partidaria de un cambio revolucionario fue la cuestión de la revolución. Precisamente en ese punto las calumnias siguen estando a la orden del día. Una especialmente páfida sostiene que le había apostado al terror. Pero la verdad fue todo lo contrario: «En las revoluciones burguesas el derramamiento de sangre, el terror y el asesinato político eran el arma indispensable en manos de las clases ascendentes.

La revolución proletaria no requiere del terror para lograr sus objetivos, odia y execra el asesinato. No necesita de esos medios de combate porque no entra a la arena con ilusiones ingenuas cuya desilusión tuviera que vengar sangrientamente. No es el intento desesperado de una minoría de modelar el mundo violentamente según su ideal, sino la acción de la gran masa de millones del pueblo...»²⁶

Y también en cuanto a un segundo punto sabía exactamente lo que no quería: cualquier manifestación del blanquismo. Louis Auguste Blanqui (1805-1881), quién pasó el mayor tiempo de su vida en la cárcel, había desarrollado la idea de una asociación secreta y rigurosamente organizada, que debía asumir el poder por un golpe de estado para después introducir el socialismo. En 1904 Rosa Luxemburg le reprochó por primera vez a Lenin y a los bolcheviques que persiguieran tal plan: para ella el «partido de nuevo tipo» de Lenin, el partido bolchevique de revolucionarios profesionales, se parecía más a un partido blanquista que a un partido de los trabajadores, y llegado el momento político oportuno no les importaría más los intereses de la clase trabajadora. Rosa Luxemburg tendría la razón en una medida tal, que ni siquiera pudo haberla imaginado. Porque después de asumir el poder y en contradicción con lo postulado en la teoría, los bolcheviques, débiles numéricamente, no se apoyaron tanto en los trabajadores y en su movimiento, sino en un movimiento soldadesco de tipo revolucionario-campesino. Por iniciativa de Trotsky crearon un nuevo poder militar leal a ellos —el Ejército Rojo— y con ello, tanto una base social como de poder político para sí mismos. Incluso después del exterminio de todo su cuerpo directivo en 1938²⁷, este ejército se mantuvo, junto al apa-

26 Rosa Luxemburg, «Was will der Spartakusbund?» (1918), en op. cit., p. 443.

27 Después de que Stalin y su grupo habían ordenado exterminar la dirigencia política del bolchevismo revolucionario desde 1934, en 1938 fue asesinado casi todo el cuerpo de la dirigencia y

rato estalinista del partido, del Estado y del servicio secreto, como fundamento decisivo del poder político en la Unión Soviética hasta 1991. Incluso hoy las condiciones políticas en Rusia no se pueden entender por completo sin tomar en cuenta estos tres elementos.

La concepción revolucionaria de Lenin no solo estaba orientada hacia el poder, sino que también era mecánica. Con un partido para la lucha debía ocurrir la ruptura en una situación revolucionaria, en el punto al interior de la sociedad desde el cual fuera más fácil la transformación. Este punto consistía en el poder de Estado; objeto que habría de conquistar para no regresarlo nunca más. En conjunción y con la ayuda del poder del Estado efectuaría la reconstrucción de la sociedad desde arriba, empezando con las condiciones de las relaciones de propiedad. Lo que en la teoría tuvo una suave aura divina, dio lugar en los hechos a algo de poca divinidad: el socialismo real existente. Éste atravesó por tres etapas: la revolucionaria hasta 1927-1928, la totalitaria hasta 1953 y la de una dictadura burocrática en un lento proceso de descomposición hasta 1989-1991. Al final cayó como un árbol hueco: las ruinas sociales que dejó se encuentran sobre todo en su país de origen, Rusia, en un estado deplorable hasta la actualidad. Y eso, por no mencionar aquí a las millones de personas asesinadas alevosamente durante su fase totalitaria.

A Rosa Luxemburg, en contraste, le animaba un respeto profundo y sagrado ante cada forma de vida. La botánica y amiga de los animales era ajena a todo lo mecánico; su pensamiento era orgánico. Mientras Lenin planeaba y organizaba el gran triunfo, ella más bien investigaba las transformaciones sostenibles, las cuales no eran tan fácilmente reversibles como la toma del poder político. No pretendía la toma del poder por un pequeño grupo, ni un dominio de una minoría sobre la mayoría; quería ver cómo la clase trabajadora maduraba y se emancipaba, hasta que empujara por ella misma para acceder al poder.

Precisamente en el punto llamado revolución es donde menos se emancipó Rosa Luxemburg del marxismo tradicional. Ella pensaba en las categorías de la Revolución Francesa de 1789 y, en el mejor de los casos, de la Comuna de París de 1871. Pero Rosa Luxemburg –y eso subraya su grandeza– tenía muy claro que hasta ese momento no tenía una respuesta

oficiales del Ejército Rojo: alrededor de 20.000 personas. En suma cayeron víctimas del terror estalinista varias decenas de millones de personas; desde campesinos hasta estudiosos universales, desde revolucionarios profesionales hasta hijos de agentes, que trabajaban en el extranjero para el gobierno soviético.

concluyente para muchas preguntas: en las últimas horas de su vida y mientras esperaba una nueva estancia en prisión, planeaba realizar en la cárcel un gran análisis de la revolución que recién había vivido.

No hubiera empezado desde cero, porque disponía sobradamente de un marco general para una concepción revolucionaria a desarrollar. En su teoría de la acumulación trató de analizar las causas del imperialismo. Partió de la idea de que la economía capitalista requería de un crecimiento permanente y que por este motivo siempre tendría que estar sometiendo a cada vez más amplias partes del mundo, en las colonias –hasta que no quedara economía no capitalista alguna y el capitalismo deviniera en una catástrofe, que ella denominaría la «barbarie». Era la misión de las «masas proletarias» y del partido adelantarse a este hecho con la transición al socialismo. Basándose en Marx, formuló en consecuencia su –muchas veces malentendida– alternativa: socialismo o barbarie.

Dio por hecho que esta transición se realizaría mediante una «*Realpolitik* revolucionaria» que usaría todos los medios, incluyendo las reformas. En este contexto aunque no consideraba del todo deseable la revolución, la consideraba muy probable. Pero a fin de cuentas no tenía claridad sobre cómo se comportaría ella misma en una revolución. Ahí radicaba la gran diferencia en comparación con Lenin, quien sabía exactamente lo que quería: tomar el poder en la primera ocasión favorable, y eso significaba todo el poder... y después ver qué seguía.

Y hubo una segunda diferencia, la cuestión de la separación orgánica de la socialdemocracia. Mientras que los bolcheviques consideraron la cuestión organizativa como punto de partida de cualquier práctica revolucionaria y actuaron conforme a ello, Rosa Luxemburg había extraído la conclusión contraria de la Revolución Rusa de 1905 a 1907. Ella opinaba que la izquierda debería permanecer el mayor tiempo posible dentro de los grandes partidos socialdemócratas y, así, muy cerca de la clase trabajadora. Por tal motivo, después del comienzo de la guerra rechazó con vehemencia retirarse del SPD, a pesar de la traición del 4 de agosto de 1914. Aunque formó con Franz Mehring el «Grupo Internacional», que pronto se iba a llamar «Grupo Espartaco», lo hizo dentro de la socialdemocracia. Cuando en 1917 el SPD se dividió ante la cuestión de la guerra o la paz, Rosa Luxemburg y sus amigos se adhirieron, conservando su autonomía política, al «Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania» (USPD). Un partido propio lo consideraba como dañino. Opinaba que en caso de una revolución, la acción de las masas iba a producir las formas

organizativas correspondientes; como había pasado en 1905 en Rusia con los soviets. Por lo tanto solo aprobó la emancipación del «Grupo Espartaco» a través de la «Liga Espartaquista» tras el inicio de la revolución. El Partido Comunista de Alemania –ella nunca estuvo satisfecha con ese nombre– que surgió de la Liga fue producto de esa revolución.

En la revolución «equivocada»

En artículos y manifiestos, Rosa Luxemburg intentaba explicar al proletariado el sentido de la revolución... ¿Pero cuántos trabajadores y cuántos soldados entendían a Liebknecht y a Luxemburg? Había confusión en los sesos de los soldados. Liebknecht era aquel que quería la paz y que había gritado: «Abajo la guerra». Eso le pareció bien al soldado... Ahora este hombre gritaba... «Arriba la nueva guerra», la guerra de los oprimidos contra los opresores... Esto no podía comprenderlo el soldado. ¿Y después de todo que sabían de Luxemburg?... Las masas no entendían a ninguno de los dos...

Fritz Heckert, 1921

En 1913, en Bockenheim, cerca de Frankfurt del Meno, Rosa Luxemburg había hecho un llamado a los soldados para que se insubordinaran en caso de una guerra, lo que le valió la condena a un año de prisión que tuvo que cumplir a partir de principios de 1915, en la cárcel de mujeres de la Calle Barnim en Berlín. Después quedó libre solo por un corto tiempo, pues antes de la Revolución de Noviembre fue detenida bajo «arresto preventivo» en la fortaleza de Wronke cerca de Poznań y en Breslau; mientras que el «Grupo Espartaco» realizaba un trabajo difícil y peligroso de propaganda contra la guerra. Visiblemente envejecida, con el cabello casi blanco, la mujer de 47 años se lanzó a la revolución del 8 de noviembre de 1918.

Y una vez más contaba con las «masas proletarias». La dirigencia del SPD, que durante cuatro años había apoyado la matanza de millones de trabajadores en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial, había recibido el 3 de octubre de 1918 el premio por su lealtad al Kaiser: su ingreso al gobierno. En aquel entonces creyó haber logrado finalmente su objetivo, la repartición del poder entre la sociedad vieja y la sociedad alternativa proletaria; pero después no supo qué hacer con ese triunfo. Por tal motivo, cuando en noviembre de 1918 un movimiento revolucionario de soldados barrió con esa repartición del poder, formó una alianza con la dirigencia destituida del Reichswehr, salvando de esta forma al militarismo de las élites alemanas.

A pesar de su trabajo abnegado contra la guerra, el «Grupo Espartaco», que durante años se había comprometido con la revolución, influía si aca-

so marginalmente en ella. Apenas había podido empezar a actuar, cuando ya todo había acabado: el emperador había huido, la guerra había terminado, la república había sido proclamada, la jornada de ocho horas de trabajo se había introducido, el sistema electoral de tres clases había desaparecido en Prusia. El movimiento de los soldados se desintegró tan rápido como surgió; se convirtieron en esposos e hijos que solo querían una cosa: irse a casa.

La izquierda alrededor de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, con la mira fija en un proletariado cansado, en cuya conciencia revolucionaria había creído durante un corto tiempo, entendió demasiado tarde que la clase trabajadora en su mayoría no solo no quería una revolución, sino que tampoco sabía realmente qué hacer con la república que dejó el movimiento de los soldados como herencia. Esta república no era la hija del movimiento obrero. La dirigencia del SPD, a la que le bastaba la repartición del poder, no la había anhelado. Tampoco la quería el USPD, con la mirada fija en el fin de la guerra. Y el «Grupo Espartaco», pensando en la revolución anticapitalista, de igual forma no la quería.

En la situación política, las masas proletarias, si acaso, habían considerado el sistema electoral de tres clases como un problema cuya solución hubiera sido también posible en una monarquía constitucional. Los alemanes perdieron a la monarquía prusiana y a los otros gobernantes dinásticos más bien por un descuido. Paz y pan, así como condiciones políticas un poco más modernas, con un poco más de apertura ante el mundo: en el fondo eso era todo lo que deseaban. En su lugar obtuvieron una república, condiciones similares a una guerra civil durante varios años y una inflación galopante, que le expropió hasta la camisa a la clase media y que llevó en las ciudades a que la gente descuartizara vivos a los caballos por el hambre.

Eso ocurrió en el año 1923, cuando Rosa Luxemburg hace mucho que se estaba convirtiendo en un ícono con el que se adornaba un movimiento que se alejaba cada día más de las convicciones de su fundadora. La primera ola de la guerra civil en enero de 1919, le costaría la vida a Rosa Luxemburg: cuando en el centro de Berlín algunos obreros a quienes el recién fundado «Partido Comunista de Alemania (Liga Espartaquista)» no les resultaba lo suficientemente radical se enredaron en luchas callejeras, ella —ante la alternativa de posicionarse en favor o en contra de esta acción sin esperanza— decidió apoyarlos. Su influencia fue marginal; a pesar de ello, se conserva hasta hoy el discurso de la «Rebelión Espartaquista».

Rosa Luxemburg actuó igual que Karl Marx en 1871 durante la Comuna de París. Con una diferencia: Karl Marx lo hizo desde un refugio seguro, él vivía en Londres, mientras que Rosa Luxemburg cayó en manos de sus asesinos en el barrio de Wilmersdorf. El recién nombrado comandante en jefe del Reichswehr, Gustav Noske (SPD), había dado, como apenas se pudo comprobar hace algunos años, su visto bueno para este asesinato.

Escupida y honrada – ¿pero también necesaria?

Ellos (Parvus y Rosa Luxemburg) se inventaron un modelo utópico y menchevique a medias, el de la revolución permanente (una distorsión del modelo de revolución de Marx), atravesado por una completa negación menchevique de la política para la alianza entre proletariado y campesinado; y lo opusieron al modelo bolchevique de la dictadura revolucionaria-democrática del proletariado y campesinado...

Jossif Stalin, 1931

El miedo a la pequeña judía polaca entre sus adversarios no se perdió ni siquiera después de su muerte, ni entre los de su propio terreno, ni entre los del campo enemigo. Los nazis ordenaron en 1933 el retiro de la estrella roja del monumento de la Revolución, diseñado por Mies van der Rohe y que estaba a un lado de las tumbas de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht en el cementerio en Berlín-Friedrichsfelde; en 1935 demolieron todo el monumento y aplanaron las tumbas. Las lápidas se encuentran hoy en un museo.

Los enemigos de su propio campo tuvieron que emplear más energías. Cuando Stalin empezó a «depurar» el movimiento obrero y la idea del socialismo de cualquier elemento de democracia, substituyéndolas por el «centralismo democrático», un eufemismo para el sistema estalinista de obediencia ciega, Rosa Luxemburg experimentó un honor especialmente curioso. Stalin recordó un constructo que había creado uno de sus anteriores rivales, el presidente de la Internacional Comunista²⁸, Grigori Sinovjev: el luxemburguismo.

Más curioso todavía, ya que Rosa Luxemburg, como vimos –exceptuando su teoría de la acumulación que hoy se vuelve a discutir– práctica-

28 La (III) Internacional Comunista: 1919-1943; fundada para coordinar la revolución mundial, se convirtió en un instrumento de la política exterior soviética después del aplacamiento de la ola revolucionaria en Europa. Poco antes de su muerte, Rosa Luxemburg se había expresado duramente en contra la formación de un nueva Internacional, después del colapso de la II Internacional a comienzos de la Guerra Mundial (véase p. 18).

mente nunca presentó sus convicciones teóricas en forma cerrada, o siquiera en forma sistemática; más bien desarrollaba siempre sus conceptos teóricos en confrontación con otras interpretaciones. No existe un sistema teórico de Rosa Luxemburg con una economía política propia, una filosofía, una teoría política o una psicología social.

El legado de Rosa Luxemburg, lo que la hacía tan peligrosa para el estalinismo en ciernes, sin embargo, no fue sistema teórico alguno, sino sus posiciones políticas: su categórica exigencia de democracia y transparencia en la izquierda, y su incorruptible insistencia en la libertad como condición fundamental para cualquier movimiento emancipador. Y como éstas difícilmente podían ser impugnadas, se necesitaba fabricar un sistema teórico: los ideólogos de Stalin realmente actuaron con mucho conocimiento y con precisión extrema.

Buscaron en las obras de Lenin y de Rosa Luxemburg interpretaciones acerca de los temas más variados, después pescaron las diferencias, canonizaron las interpretaciones de Lenin y declararon como «errores» todas las opiniones disidentes de Rosa Luxemburg. En un último procedimiento de trabajo sistematizaron esos «errores». Y ya estaba listo el «luxemburguismo». Este ataque contra un «modelo utópico y semimenchevique» de Rosa Luxemburg se dio cuando la Internacional Comunista ya estaba casi completamente unificada y nadie se aventuraba ya a protestar.

Solo Trotsky les había dado tanto trabajo a los estalinistas, el opositor de Stalin, a quien también se le adjudicaba un «ismo» propio: el trotskismo, que sin embargo, sería transformado más tarde en algo positivo por los adeptos de Trotsky que proclamaron al trotskismo como su bandera. El trotskismo fue considerado como un engendro del infierno y el estigma de ser considerado «trotskista» en la Unión Soviética a partir de mediados de los años treinta significaba casi en forma automática el asesinato, mientras que el luxemburgismo fue caracterizado como «semimenchevique», un atributo que solo los especialistas pueden descifrar sin problemas. La traducción más cercana tal vez sería un «trotskismo suave». Se trataba de destruir la autoridad de Rosa Luxemburg y se trataba de evitar que en la esfera de influencia estalinista alguien en algún momento pudiese invocar sin correr peligro sus exigencias de democracia y libertad.

No obstante, los estalinistas sí sabían qué hacer con el cadáver de Rosa Luxemburg, porque en contraste con el todavía no asesinado Trotsky, la revolucionaria Rosa Luxemburg, «liberada» de su obra, les fue útil como un ícono mudo. El bloque oriental, aunque con tendencia a la baja, conser-

vó esta esquizofrenia hasta 1989. En la RDA, los manipuladores de la causa de Rosa Luxemburg se presentaban año por año, el segundo domingo de enero, para ser festejados en una tribuna con calefacción. Decenas de miles de personas debían desfilar ante un bastidor, que ordenaron construir en 1951 especialmente para este evento, lejos de las tumbas originales de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.

Desde 1990, todos los segundos domingos de enero la silenciosa conmemoración por Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht expresa de nuevo el luto por las dos víctimas del terror blanco, y en muchas personas, que vienen de cerca y de lejos, el luto se mezcla con la tristeza por el fracaso de la izquierda en el siglo XX, pero –y no en pocos casos– también por la pérdida del poder que alguna vez tuvieron.

En la ciudad dividida entre 1948 y 1989, y en donde en 1919 ocurrió el asesinato, hay más monumentos para Rosa Luxemburg que para cualquier otra personalidad; sin embargo durante mucho tiempo ausente en la plaza que lleva su nombre: la Plaza Rosa Luxemburg (Rosa-Luxemburg-Platz), donde se encuentra desde 1914 el teatro Volksbühne.

El primer intento por construir un monumento ahí fue impedido en 1951 por la dirigencia del SED. Apenas en 2006 se instaló un «símbolo conmemorativo» en memoria de Rosa Luxemburg. Los iniciadores y creadores, sin duda tomando en cuenta la concepción que ella tenía de sí misma, no la quisieron colocar sobre un pedestal, a sabiendas de que ahí es donde menos molestias hubiera causado. En lugar de eso se insertaron en la tierra cien frases hechas con letras de metal. Nunca sabremos si ella no hubiera soltado tremendas carcajadas ante la idea de ver sus afirmaciones fundidas en bronce para la eternidad. Pero no es la intención aquí denunciar este gesto como tal.

¿Aparte, que quedará de esta Rosa Luxemburg, nacida en Zamosc, Polonia, y enterrada en el barrio Tiergarten de Berlín? Si bien tanta gente conoce su nombre y la historia de su muerte, casi todo lo demás que se conoce son solo leyendas. Algunas palabras clave deberán bastar aquí para hacer un esbozo de ella: si por lo menos de manera temporal y somera funcionó algo así como una «clase» en el entorno proletario, las situaciones comunitarias de vida y de cultura hoy se han convertido en la excepción. La comunidad y, con ella, la resistencia efectiva, solo pueden si acaso ser producidas por la acción, el hecho, el movimiento. Rosa Luxemburg, a quien hay que descubrir completamente, resulta un gran estímulo para ello.

La idea que hoy cobra más y más importancia, aunque su banalidad aparente casi asusta, es la noción que Rosa Luxemburg tenía del *movimiento*. Con su concepto de entender a la clase como movimiento, y no como condición social, nos «dejó en prenda» una clave para la resistencia futura. Actualmente, en vista de que las relaciones tradicionales de clase se desintegran en forma creciente y son sustituidas por nuevos frentes, la reflexión de la *acción común* como *premisa de la emancipación* aparece bajo una luz diferente. Lo mismo es considerado válido también para la idea de la emancipación, entendida como la liberación de la minoría de edad por responsabilidad propia, concepto del filósofo de la Ilustración, Immanuel Kant.

Transparencia fue la primera condición de cualquier democracia para Rosa Luxemburg. Aquello que ella creía que pertenecía a lo público, porque le afectaba a la gente, lo llevó de la oscuridad a la luz con una ira casi sagrada. La polémica fue el instrumento de Rosa Luxemburg. Por este motivo unos la amaban y otros la odiaban. En la actualidad, cuando es común inundar a la sociedad hasta el cansancio con información simulada y desaparecer el estado real de las cosas tras cortinas de humo, hay que reapropiarse de la polémica para desaprender la bien cultivada tibieza.

Rosa Luxemburg encontró su credo en Ferdinand Lassalle, el precursor de la socialdemocracia. Para desgracia de sus adversarios, de los «*Realpolitiker*» e intrigantes, éstos que opinan en última instancia que la plebe lo único que hace es echar a perder también a la política de izquierda, y que por ende la *parte seria* de la política debe ser practicada a puerta cerrada, ella siempre lo enunció con gusto: *El acto más revolucionario siempre consiste en decir la verdad en voz alta*. De esta forma uno por supuesto puede ganarse muchos enemigos poderosos, raramente amigos valientes.

En tiempos como los nuestros, donde bajo la bandera de la «individualización» se fragmenta a la sociedad en personas solas, indefensas, sin singularidad y personalidad, sin capacidad de cooperación y, por ende, sin capacidad de resistencia, se puede aprender sobre el *individualismo* con Rosa Luxemburg. Ya que ella fue una gran individualista, a veces hasta la exaltación, y que sin embargo, sabía exactamente que el individualismo sin cooperación lleva a la esterilidad y a la falta de efectividad. A ambas la temió más que a la muerte.

No menos actual es la crítica de Rosa Luxemburg contra *las burocracias* y *las organizaciones*. En la actualidad, en la época de las grandes burocracias autosuficientes, la convicción de Rosa Luxemburg de que las



Rosa Luxemburg, 1895

organizaciones se convierten en cascarones obsoletos cuando actúan *en primer lugar* como un fin en sí, adquiere una actualidad que espanta. Sofocan cada movimiento, cada vivacidad, y los sustituyen por vida simulada. Eso significa la muerte de cada intento de emancipación, porque entonces solo sirven a quienes que se aprovechan de ello. Y eso no se dio solo en el estalinismo.

Finalmente, queda de Rosa Luxemburg literatura universal, un espíritu brillante que en sus escritos y cartas siempre buscó la contradicción y del que se conserva muy poco en la izquierda actual.

En lo político y en lo privado, en la teoría y en la práctica, Rosa Luxemburg mostró una altura que, desde entonces, se ha alcanzado pocas veces, si acaso. Denunciada y difamada, hasta ahora para mucha gente solo es soportable como un ícono mudo que puede ser utilizado. Por eso esta pequeña gran mujer continúa siendo un reto y, más aún, una motivación.

Jörn Schüttrumpf

Traducción de la primera edición: *Gerold Schmidt* y *Martha Villavicencio*.

Traducción y revisión de la edición ampliada: *Claudia Cabrera*.

Revisión de la 3era edición: *Sofía Jarrín*.

Pero procribir a los partidos con medidas policiacas como partidos, como corrientes, prohibir su presencia abierta, quitarles la luz del día: imaginárselo resultó para Rosa Luxemburg inadmisibile; no por amor a los reformistas, sino por amor a la revolución y a los revolucionarios mismos, los cuales solo cuando enfrentan los errores libremente, pueden también superarlos en su interior. Ya que las experiencias que los revolucionarios crean en la lucha contra el reformismo, tampoco pueden ser sustituidas por ningún dirigente, por ninguna institución policiaca, por ninguna Tscheka.* Deben adquirir las experiencias en su propia lucha.

Paul Levi, 1922

* Policía secreta bolchevique.

La maestra

Junto... con su actividad como escritora y conferencista, Rosa Luxemburg era además una verdadera maestra... Y lo era, en la vieja escuela del partido...

Rosa Luxemburg enseñaba aquí Economía Nacional. (Se siente la tentación, al decir enseñaba, de ponerlo entre comillas; ya que lo que enseñaba Rosa Luxemburg era algo tan opuesto al concepto tradicional de maestra.)...

¿Cómo nos obligaba a que cada persona analizara y aprendiera por sí misma en temas de la economía nacional? ¡Por medio de preguntas! Mediante preguntas y nuevamente, siempre preguntar e investigar obtenía de la clase todo el conocimiento posible, que debía ser comprobado y que ella depositaba ahí. A través de sus preguntas hacía resonar la respuesta, y nos permitía escuchar dónde y cómo sonaba vacío; a través de sus preguntas tanteaba los razonamientos y nos permitía ver si estaban chuecos o derechos, por medio de preguntas obligaba a ir del reconocimiento del error personal, a la búsqueda propia de un resultado irrefutable...

En algunas ocasiones hubo en la escuela horas especialmente sagradas. Éstas ocurrían cuando los contenidos de las clases tocaban los umbrales de otras ciencias, o bien se internaban en ellas. Si los estudiantes carecían de todas las condiciones para dar solución a las preguntas por sí mismos, Rosa Luxemburg proporcionaba exposiciones contextualizando, a veces desde la Sociología, en ocasiones desde la Historia, también desde la Física. La forma en que destacaba con cristalina claridad lo esencial, como en una exposición breve, sin artificios retóricos, ofreció precisamente maravillas en lo retórico; éstas eran las horas sagradas, durante las cuales, uno podía sentir lo universal del espíritu de esta mujer con un respetuoso estremecimiento.

Rosi Wolfstein, en 1920,
durante el Congreso Fundacional del KPD
—opponente de Rosa Luxemburg—
realizó con Paul Frölich,
quien después se convertiría en su esposo,
una edición de las *Obras de Rosa Luxemburg*.
Fue expulsada en 1929 del KPD.

Rosa Luxemburg

En el albergue

Nuestra capital del Reich ha sido cruelmente afectada en su espíritu festivo. Ya que, en los momentos en que era entonada por las almas piadosas la linda vieja canción: «Oh navidad plena de alegría, bienaventurada navidad llena de gracia...» (*O du fröhliche, o du selige, gnadenbringende Weihnachtszeit!*) se ha extendido la noticia de que en el albergue para personas sin hogar ocurrió una intoxicación masiva. Hubo víctimas viejas y jóvenes: el empleado de un comercio Joseph Geihe de 21 años, el trabajador Karl Melchior de 47 años, Lucian Szczyptierowski de 65 años –cada día llegaron nuevas listas de personas sin hogar envenenadas. La muerte los alcanzó por todos lados: en el albergue, en prisión, en los refugios contra el frío, o simplemente en la calle, o en el granero donde se habían metido a escondidas.

Antes de que el año nuevo cambiara con el tañer de campanas, ciento-cincuenta desamparados se encontraban agonizando, mientras que setenta de ellos ya habían entregado su alma. El sencillo edificio de la calle Fröbel, que normalmente todos quieren evitar, fue durante varios días el centro del interés público. ¿De dónde vendrían las enfermedades masivas? ¿Era una epidemia, o una intoxicación provocada por haber disfrutado de alimentos en estado de descomposición? Las jefaturas policíacas se dieron prisa en tranquilizar a los buenos ciudadanos: no era una enfermedad contagiosa, y esto significaba que no había peligro para la población decente, para la gente de bien de la ciudad. La muerte masiva se limitó a los «ámbitos de los albergues», a la gente que se había permitido disfrutar en la navidad de arenques malolientes «muy baratos» o aguardiente de mala calidad y venenoso. ¿Pero de dónde habría tomado la gente aquellos arenques apestosos? Los compraron de un «vendedor ambulante de pescado», o los recogieron en el depósito de basura del mercado. Esta última presunción fue rechazada por una razón de peso: la basura en los mercados no es como la que pueden imaginarse personas superficiales y no instruidas en la economía nacional, un bien sin amo, del que pueda apropiarse el primer y mejor desamparado. Esta basura se junta y se vende a los grandes engordadores de cerdos, donde es cuidadosamente desinfectada y molida, sirve

como alimento para los cerdos. Los celosos organismos del mercado garantizan que esta humanidad de baja ralea no les quite su comida a los cerdos sin autorización, para tragársela sin haber sido desinfectada y convertida en harina. Las personas sin hogar no podrían de manera alguna, como podría pensar alguien con facilidad, haber recogido su cena de Nochebuena del basurero del mercado. La policía siguió sus pesquisas en dirección a los «vendedores ambulantes de pescado», o tras el tabernero que habría vendido a los sin hogar el aguardiente barato y venenoso.

Nunca en toda su vida despertaron tanto interés Joseph Geihe, Karl Melchior, Lucian Szczyptierowski con su humilde existencia. Ahora ¡qué honor! Renombrados médicos revolvían con sus propias manos en sus tripas. El contenido de su estómago, que antes no tenía para el mundo absolutamente ninguna importancia, ahora es investigado vergonzosamente, y discutido en toda la prensa. Diez señores –así lo ponían los periódicos– se ocupan del caldo de cultivo de los bacilos que provocaron la muerte a los del albergue. El mundo también quiere saber dónde exactamente fue que se enfermó cada uno de los desamparados: si en el granero donde fue hallado por la policía, o si ya en el albergue, donde antes había pernoctado. Lucian Szczyptierowski se ha convertido de repente en una personalidad relevante, y seguramente se hubiera esponjado de vanidad, si no fuera porque yace como cadáver maloliente en la mesa de las autopsias.

Sí, hasta el emperador –quien mediante el aumento más reciente de tres millones de marcos a su anualidad como rey de Prusia, por la carestía, gracias a dios está, por lo menos, protegido contra lo peor¹– quiso enterarse con diligencia de la salud de los envenenados en el albergue urbano. Y su alteza y señora esposa en un despliegue de naturaleza femenina expresó su pésame a través del chambelán de Winterfeldt al alcalde mayor Kirschner. El alcalde mayor Kirschner, sin embargo, no disfrutó, aunque eran baratos, ni uno de los arenques podridos, y se encuentra junto con su familia en un estado de salud excelente. Según sabemos, además, no tiene lazos consanguíneos ni emparentó por matrimonio con Joseph Geihe ni con Lucian Szczyptierowski. Entonces, finalmente: ¿a quién le iba a expresar el pésame de la emperatriz, el chambelán de Winterfeldt? A las partes del ca-

1 El 9 de junio de 1910, en la Cámara de diputados prusiana se aprobó, con los votos en contra de los socialdemócratas, la iniciativa de ley sobre el aumento de la anualidad para el monarca y su corte. El proyecto otorgó a la corte prusiana un financiamiento adicional de 3.5 millones de marcos, de tal manera que tenían que ponerse a su disposición anualmente un total 19.2 millones de marcos provenientes de los recursos públicos.

dáver en la mesa de una sala de autopsias, no podía él dirigirles en la mejor manera los saludos de su majestad. ¿Y los «deudos que dejó»? ¿Quién los conoce, quién los puede encontrar en los bodegones de mala muerte, en las casas cuna, en los barrios de las prostitutas, o en las fábricas y minas? De esta manera fue que el alcalde mayor Kirschner recibió en su nombre las condolencias de la emperatriz, y eso le dio la fortaleza para soportar con resignación la muerte de Szczyptierowski. También en la alcaldía podía uno comprobar la valiente serenidad ante la catástrofe en el albergue. Se hicieron identificaciones, investigaron, hicieron protocolos, llenaron largos pliegos de papel, pero siempre con la cabeza en alto, y permanecieron ante la tortuosa muerte de otros, tan valientes e imperturbables como los caballeros antiguos al enfrentar su propia muerte.

Y sin embargo, todo este suceso ha llevado a la vida pública una disonancia muy penetrante. Nuestra sociedad parece ser normalmente muy decorosa, mantiene en alto su honor, el orden y las buenas costumbres. Ciertamente hay carencias e imperfecciones en la estructura, y en la vida del Estado. Pero...¿no tiene el sol también sus manchas? ¿y existe realmente algo que sea perfecto en este mundo? Los mismos trabajadores, en particular los que mejor ganan, los organizados, son asiduos creyentes de que a fin de cuentas, la existencia y la lucha del proletariado transitan dentro de los límites de la honradez y la decencia. ¿No fue refutado hace mucho, que exista la «depauperización» porque pertenece solamente a la teoría? Cualquiera persona sabe que hay albergues, prostitutas, policía secreta, criminales y «elementos que huyen de la luz». Pero todo ello se percibe, comúnmente, como algo alejado y ajeno, que se ubica en algún lugar fuera de la sociedad que conocemos. Entre la clase trabajadora honrada y estos excluidos se levanta un muro y raramente se acuerda uno de la miseria que se arrastra por el otro lado. De repente ocurre algo, que causa una impresión como si en medio de un círculo de personas educadas, finas y amigables, alguien casualmente destapara de abajo de los muebles caros las huellas de feos crímenes, desvergonzados vicios. De repente, a nuestra sociedad le es arrancada la máscara de la decencia por el fantasma atroz de la miseria, y su honradez se revela como el maquillaje de una prostituta. De repente se muestra, que bajo el delirio exterior y la futilidad de la civilización se abre el despeñadero de la barbarie, del embrutecimiento; se revelan las imágenes del infierno, donde las terrenas criaturas revuelven la basura en busca de restos de alimentos, se retuercen en convulsiones de muerte, y al estirar la pata envían hacia arriba sus emanaciones de la peste.

Y el muro que nos separa de este reino lóbrego de las sombras, de repente se revela como un solo bastidor de papel adornado con pinturas.

¿Quiénes son los habitantes del albergue que cayeron víctimas del arenque podrido, o del aguardiente venenoso? Un empleado de un comercio, un trabajador de la construcción, un tornero, un cerrajero: trabajadores, trabajadores, todos trabajadores. ¿Y quiénes son los sin nombre, que no pudieron ser identificados por la policía? Trabajadores, puros trabajadores, o quienes apenas ayer, aún lo eran.

Y ningún trabajador está asegurado contra el albergue, contra los arenques envenenados, o el aguardiente. Hoy todavía es vigoroso, honrado, trabajador... ¿qué pasará con él cuando mañana sea despedido, porque ya alcanzó la barrera fatal de los cuarenta años, a partir de la cual el empresario lo va a declarar «inservible»? ¿Qué pasará si mañana sufre un accidente que lo convierta en inválido, que lo convierta en limosnero de una pensión?

Se dice que la mayor parte de quienes caen en los albergues para pobres, o en prisión, son solamente los débiles y los malos elementos: dementes seniles, criminales juveniles, personas que tienen capacidades subnormales, con el uso de sus facultades mentales disminuidas. Puede ser cierto. Pero las personalidades débiles y malas de las clases acomodadas, no llegan al albergue, sino a los sanatorios o al servicio exterior de las colonias, donde pueden dar rienda suelta a sus instintos con los negros y con las mujeres negras. Ex reinas y duquesas que han caído en la idiotez, se pasan el resto de sus días en palacios cerrados, rodeadas de lujo y servidumbre obsequiosa.

Para el viejo monstruo enloquecido, que tiene miles de vidas en su conciencia y cuyos sentidos se fueron perdiendo mediante asesinatos y locuras sexuales, para el Sultán Abdul Hamid, aportó a la sociedad como último rincón para tener su tranquilidad, una suntuosa villa con jardines de recreo, cocineros estrella, con un harem de muchachitas en flor, de doce años en adelante; mientras que para el criminal juvenil Prosper Arenberg—cárcel con champaña, ostras, y divertida compañía masculina; para los príncipes con disposición natural anormal— la indulgencia en los tribunales, el cuidado de heroicas compañeras y el consuelo tranquilizante de una vieja cava y sus vinos. Para la mujer de un oficial proveniente de Allenstein desorientada, mentalmente enajenada, causante de un asesinato y un suicidio: una existencia burguesa placentera, vestimenta de seda y discreta simpatía de la sociedad.

Pero los viejos, débiles, proletarios no responsables de sus actos, se quedan tiesos como los perros en Constantinopla en las calles, junto a las vallas, en los albergues, en las acequias, y junto a ellos puede encontrarse solamente como todo lo que dejaron: la cola de un arenque podrido. La división de clases se prolonga áspera y cruelmente hasta la locura, hasta el crimen, hasta llegar a la muerte. Para los canallas que lo tienen todo: indulgencia y vida placentera hasta el último suspiro; para el Lázaro proletario: los escorpiones del hambre y el bacilo venenoso de la muerte en los montones de basura.

Aquí se cierra el círculo de la existencia proletaria en la sociedad capitalista. El proletario es, para comenzar, el diligente y honrado trabajador, desde que se para en sus piernas de niño atado a la noria de la explotación, y paciente para el capital. La cosecha dorada aumenta en millones y millones en las trojes del capitalista, un río cada vez más caudaloso de riqueza corre por los bancos, por las bolsas de valores, mientras que los trabajadores en una deslucida masa, gris y silenciosa, salen por las puertas de las fábricas y talleres cada día, en la misma forma como entraron en la mañana —como los que nada tienen, como eternos vendedores que llevan a vender al mercado lo único que poseen, su propia piel.

De vez en vez los barre por docenas y cientos bajo la tierra un accidente, un gas grisú; un pequeño artículo en el periódico, una cifra redondeada da cuenta de la tragedia, tras unos días son olvidados, su último suspiro será apagado por la respiración jadeante y el machacar del trabajo presuroso para el lucro. Después de unos días, los sustituyen docenas y cientos ocupando sus puestos bajo el yugo del capital.

De vez en vez viene una crisis, vienen semanas y meses de desempleo, de lucha desesperada contra el hambre. Una y otra vez el trabajador logra brincar un escalón hacia arriba en el molino, feliz de poder otra vez esforzar sus músculos y sus nervios para el capital.

Pero la fuerza se agota poco a poco. Un desempleo más prolongado, un accidente, la edad que sigue avanzando —y éste y aquel tienen que aceptar cualquier trabajo que le ofrezcan, cada vez encuentra menos trabajo en su campo, y se hunde sin poderse detener. El desempleo se vuelve cada vez más largo, el trabajo cada vez menos regular. La casualidad domina rápidamente la existencia del proletario, la desgracia le persigue, la carestía le afecta en la forma más dura. La siempre tensa energía en la lucha por un pedazo de pan por fin se afloja, disminuye también la autoimagen. De repente se encuentra ante las puertas del albergue para desamparados o,

según sea el caso, de la prisión. Cada año se hunden así miles de existencias proletarias que estaban en las condiciones normales de la clase trabajadora, en la oscuridad de la depauperización. Se hunden inaudibles como el sedimento, hasta llegar al fondo de la sociedad como elementos gastados, inútiles, de los cuales el capital ya no puede exprimir más jugo, como basura humana que es barrida con escoba de acero; el brazo de la ley, el hambre y el frío, son aquí la apuesta. Y al final la sociedad burguesa proporciona a sus parias la copa del veneno.

Las instituciones públicas de caridad, dice Karl Marx en *El Capital* conforman la casa de los inválidos de los trabajadores ocupados, y el peso muerto de los desempleados. El surgimiento de la pobreza común está indisolublemente unido con el surgimiento de la reserva de la capa de trabajadores desocupados, ambas son en la misma medida necesarias, ambas son condición de existencia de la producción capitalista y del desarrollo de la riqueza. Mientras mayor sea la riqueza social, el capital explotador, la amplitud y la energía de su crecimiento, mayor será también el tamaño absoluto del proletariado y el rendimiento de su trabajo, y de la misma forma mayor será la capa de los desocupados. Sin embargo, mientras mayor sea esta capa en relación con la masa trabajadora ocupada, entonces habrá en masa los excedentes de depauperizados. Esta es la ley general absoluta de la producción capitalista.²

Lucian Szczyptierowski, quien muere en la calle envenenado con arenques, pertenece de igual forma al proletariado como cualquier trabajador calificado, bien pagado, que puede comprarse tarjetas de año nuevo impresas, y reloj con cadena cubierta de oro. El albergue para los desamparados y el detenido por la policía son pilares de la sociedad actual, de la misma forma en que lo es el palacio del Reichkanzler y el Deutsche Bank [Banco Alemán]. Y el festín de cortesía con arenques envenenados y aguardiente barato en el albergue urbano, es la base no visible para el caviar y la champaña en la mesa de los millonarios. Y los renombrados señores médicos pueden seguir buscando mucho tiempo el bacilo mortal en las entrañas de los envenenados y hacer sus «caldos de cultivo»: el verdadero bacilo mortal, del que murieron los sin techo berlineses, se llama orden social capitalista, en su caldo de cultivo.

Cada día mueren desamparados individualmente, se quebrantan de hambre y frío, ninguna persona se da por enterada, solo el reporte poli-

2 Ver en Karl Marx. *El Capital*. Primer tomo. En: Karl Marx y Friedrich Engels. Obras Completas [Werke]. Tomo 23. Berlín, 1970. p. 673 y la siguiente de esta edición en alemán.

cial. Únicamente el carácter masivo del hecho por esta vez despertó en Berlín el gran escándalo. Solo como masa, mostrando la miseria de manera acumulada, logra el proletario atraer la opinión de la sociedad. ¡Aun el último, el desamparado, como masa, obtiene una dimensión pública, aunque sea solamente como montaña de cadáveres!

Normalmente es un cadáver una cosa muda, de mal aspecto. Pero hay cadáveres que hablan más fuerte que trompetas y que alumbran con más claridad que las antorchas. Tras la lucha de las barricadas el 18 de marzo de 1848 los trabajadores berlineses alzaron los cadáveres de los caídos, los cargaron hasta el palacio del rey, y obligaron al despotismo a referirse a ellos descubriéndose la cabeza. Lo que toca hacer ahora con los desamparados envenenados en Berlín, quienes son carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, es alzarlos con millones de manos proletarias y llevarlos al nuevo año de la lucha con el grito de: ¡abajo el infame orden social que da lugar a tales atrocidades!

Publicado en: Die Gleichheit [La igualdad]. Stuttgart, 22. Año 1912, Num. 8, p. 113-115.

Creo que hay pocos escritores en la historia de la literatura mundial, como es el caso de Rosa Luxemburg, que en sus cartas hayan llevado al máximo el análisis del Yo empatándolo con una máxima exploración confiable del mundo exterior... cuya miseria social ella toca en el punto medular, al describir el sufrimiento de un búfalo rumano... El grado de humanidad en nuestra sociedad podrá medirse también, por el grado en el que honremos la herencia de Rosa Luxemburg.

Walter Jens, 1988.

Rosa Luxemburg

Me puedo imaginar más que hagan pogromos contra los judíos en Alemania...

Una carta dirigida a Sophie Liebknecht desde prisión

Breslau, a la víspera del 24 de diciembre de 1917

Sonitska, mi avecita, me alegré de tal forma haber recibido su carta, que quería responder en seguida, pero tenía tanto que hacer en ese momento, y precisamente tenía que concentrarme mucho en hacerlo, que por eso no pude darme ese lujo. Pero entonces quería yo esperar de preferencia una oportunidad porque es mucho más lindo, poder platicar así, sin impedimentos, entre nosotras, en privado.

Pensé en Usted cada día cuando leía las noticias acerca de Rusia y me planteé con preocupación, cómo Usted con cada uno de estos telegramas tontos podría ponerse nerviosa sin motivo. De lo que ahora se escucha de allá, son en su mayoría cuentos de tártaros, y esto se multiplica por dos, cuando hablamos sobre el Sur.¹ Las agencias telegráficas (aquí y allá), tienen interés en exagerar el caos en la forma que pueden, y tendenciosamente inflan cualquier rumor sin confirmar. Hasta que las cosas se aclaren, no tiene sentido ni razón alguna inquietarse por anticipado, azarosamente. Por lo general parece que las cosas pasan sin derramamiento de sangre, y de cualquier forma, todos los rumores acerca de «batallas» no fueron confirmados. Es sencillamente una lucha enconada entre partidos, que por supuesto, con la visión de los corresponsales de los periódicos burgueses invariablemente se hace ver como la locura desatada y como un infierno. En lo que se refiere a los pogromos contra los judíos, todos los rumores acerca de este tema son totalmente *inventados*. En Rusia el tiempo de los pogromos terminó de una vez para siempre. El poder de los trabajadores y del socialismo es demasiado fuerte allá.² La revolución limpió

- 1 Sophie Liebknecht (1884-1964), esposa de Karl Liebknecht, era originaria de Rostow a la ribera del Don.
- 2 El 24 de octubre de 1917 (en Alemania: el 6 de noviembre. Hasta 1918 Rusia se regía por el calendario juliano) comenzaron los bolcheviques en la capital rusa Petrogrado (hoy San Petersburgo) el levantamiento armado, el 25 de octubre derrocaron al gobierno provisional de Kerenski y con esto introdujeron la Revolución de Octubre. El 26 de octubre fue decidido por el Segundo

allá la atmósfera de tal manera de contaminaciones y aire sofocante de la reacción, que Kischinow³ está superado para siempre. Me puedo imaginar más que hagan pogromos contra los judíos en Alemania... de cualquier manera lo que domina es la atmósfera correspondiente, es decir, la infamia, la cobardía, la reacción y la estupidez. Bajo esta perspectiva puede usted estar totalmente tranquila entonces en lo que se refiere al Sur de Rusia. Ya que las cosas ahí se agravaron hasta llegar a un muy agudo conflicto entre el gobierno de Petersburgo y la Rada;⁴ de la misma forma la solución y esclarecimiento tendrá que llegar más temprano que tarde, y con ella podremos tener un panorama más claro sobre la situación. Desde cualquier perspectiva, no tiene absolutamente ningún sentido, motivo alguno, que usted se desgaste con el miedo y la intranquilidad. Aguante y sea valiente, mi muchachita, la cabeza en alto, manténgase firme y quédese tranquila. Todo cambiará y va a mejorar, ¡no hay que esperar siempre lo peor!...

Espero con muchos deseos, verla ya pronto aquí, en enero. Se dice que Mat(hilde) W(urm) quiere venir en enero. Me sería difícil renunciar a su visita, pero es claro que tampoco puedo decidir. Si usted me avisa que no puede en otro momento, más que en enero, entonces tal vez lo dejamos así; ¿tal vez pueda Mat(hilde) W(urm) en febrero? Me gustaría saberlo pronto de todas formas, cuándo la veré a Usted.

Ahora hace ya un año que Karl (Liebknecht) está preso en Luckau⁵. Frecuentemente lo he recordado este mes, y fue exactamente hace un año que estaba Usted conmigo en Wronke, y me regaló ese lindo árbol de navidad... Este año hice que me consiguieran uno, pero me trajeron uno muy feo, al que le faltaban las astas —no tiene comparación con el del año pasado. Yo no sé cómo podré colocarle las ocho lucecitas que he adquiri-

Congreso General Soviético Ruso la toma del poder por los Soviets de los Diputados de los Trabajadores, Soldados y Campesinos. Se constituyó así el primer gobierno de los soviets, el «Consejo de los Comisarios del Pueblo», cuyo presidente era Lenin.

- 3 En Kischinow, en abril de 1903, una organización armada creada por el régimen zarista terrorizaba a judíos, estudiantes, izquierdistas y revolucionarios. Los pogromos fueron una reacción del régimen zarista ante las huelgas y las protestas. Véase en: Edgar H. Judge. *Ostern in Kischinow. Anatomie eines Pogroms*. [Pascua en Kischinow. Anatomía de un pogromo]. Maguncia, Alemania, 1995.
- 4 En Kiev, se constituyó a partir del bloque de los partidos y grupos ucranianos, en abril de 1917, la Rada Central ucraniana, que tras la Revolución de Octubre, se proclamó el órgano superior de la «República Popular Ucraniana» y se opuso al «Consejo de los Comisarios del Pueblo» en Petrogrado. Durante el 1er Congreso de los Soviets para toda Ucrania, en diciembre de 1917, en Charkov, fue conformado como contragobierno el Gobierno Soviético Ucraniano. El 26 de enero (8 de febrero) de 1918, tropas leales a los soviets ocuparon Kiev.
- 5 Karl Liebknecht fue trasladado el 8 de diciembre de 1916 a la prisión de Luckau.

do. Es mi tercera navidad tras las rejas, pero no lo tome como tragedia. Yo estoy tan tranquila y serena como siempre.

Ayer me quedé mucho tiempo despierta en cama –en estos tiempos no puedo dormirme nunca antes de la una, aunque ya a las diez debo irme a la cama–, entonces sueño diferentes cosas en la oscuridad. Y entonces estaba pensando ayer: qué curioso es que continuamente vivo en una embriaguez de alegría –sin motivo alguno–. Así, estoy acostada por ejemplo aquí, en mi celda oscura, en un colchón duro como una roca, a mi alrededor domina el silencio habitual de un cementerio, una se siente como en el sepulcro; desde la ventana se dibuja en el techo el reflejo de la linterna que arde en la prisión toda la noche. De vez en cuando se escucha solamente el sordo rechinar lejano de un tren que va pasando; o muy cerca, bajo las ventanas, el carraspeo de la guardia, que en sus pesadas botas hace un par de pasos lentamente para mover las piernas entumecidas. La arena cruje vacía de esperanza bajo esos pasos, y todo el abandono y la imposibilidad de encontrarle solución a la existencia resuena así en la oscura noche húmeda. Ahí estoy yo acostada, quieta y sola, envuelta en estos múltiples paños negros de las tinieblas, del aburrimiento, del cautiverio en invierno –y en ese momento late mi corazón con una felicidad interna indefinible y desconocida, como si estuviera caminando bajo los rayos de un sol brillante por una pradera en flor. Y le sonrío en la oscuridad a la vida, como si supiera algún secreto mágico que pudiera desmentir todo lo malo y lo triste, y lo convirtiera en mucha luz y felicidad. Y ahí busco yo misma, cuál es mi razón para tener una alegría tal, no encuentro nada y tengo que reírme otra vez de mí misma. Yo creo que el secreto no es otra cosa más que la vida misma; la profunda penumbra de la noche es tan bella y suave como el terciopelo, si una sabe mirarla. Y en este crujir de la arena húmeda, bajo los pasos lentos y pesados de la guardia, canta también una pequeña linda canción sobre la vida –si una sabe escuchar bien–. En estos momentos pienso en Usted y tengo tantas ganas de compartirle esta llave mágica, para que siempre Usted, y bajo cualquier circunstancia perciba lo bello y la felicidad de la vida, para que Usted también viva en la embriaguez de la vida, y principalmente vaya como caminando sobre una colorida pradera. No tengo intención alguna de llenarla de ascetismo con alegrías imaginarias. Le concedo todas las alegrías sensoriales reales. Solo quisiera darle además mi inagotable serenidad interna, para poder quedarme tranquila sobre Usted, que vaya por la vida en un abrigo bordado de estrellas que la cuide de todo lo pequeño, lo trivial, de lo que le atemorice.

Usted ha recolectado en el parque de Steglitz un lindo ramo de bayas negras y rosavioláceas. Para las bayas negras hay que considerar saúco – cuyos frutos cuelgan en pesados y llenos racimos, entre grandes abanicos de hojas dentadas, seguramente Usted ya los conoce– o con más seguridad, aligustre; delicados ramilletes delgados verticales de bayas y hojas verdes, estrechas y larguitas. Las bayas rosavioláceas escondidas debajo de las hojitas podrían ser de níspero enano; normalmente deberían ser rojas pero en esta época tardía del año cuando ya están algo pasadas de madurez y echadas a perder, se ven con frecuencia de un violeta rojizo; las hojitas se ven como las del arrayán, pequeñas, puntiagudas al final, verde oscuro, parecidas a la piel en la parte de arriba, ásperas por abajo.

Soniusha, ¿conoce Usted la obra «Verhängnisvolle Gabel» [«El tenedor fatal»⁶] de Platen? ¿Podría enviármela o traerla? Karl mencionó una vez que él la leyó en casa. Los poemas de George son bellos, ahora por fin sé de donde salió el verso: «Unterm Rauschen rötlichen Getreides...»⁷ [... en el susurro de las espigas rojizas] que usted acostumbraba decir cuando íbamos a pasear en el campo. Podría usted, si tiene la oportunidad, transcribir el nuevo «Amadís»⁸, amo tanto este poema –por supuesto gracias a la canción de Hugo Wolff–, que no tengo aquí, desafortunadamente. ¿Sigue usted leyendo la «Leyenda de Lessing»?⁹ Yo he regresado a la «Historia del materialismo» de Lange, que siempre me estimula y refresca. Me gustaría mucho que en alguna ocasión la lea.

Ah, Sonichka, he experimentado un agudo dolor, en el patio, donde hago mis paseos, llegan con frecuencia carros del ejército cargados con sacos, o con viejas camisas y uniformes de soldados, en muchas ocasiones con manchas de sangre... aquí los descargan y los reparten en las celdas, aquí son reparados, y otra vez empacados y enviados al ejército. Recientemente vino uno de estos carros, tirado en lugar de caballos, por búfalos. Vi a los animales por primera vez de cerca. Son más fuertes y de complejión más robusta que nuestro ganado, con cabezas planas y cuernos también planos y curvados, tienen más parecido con los cráneos de nuestros borregos totalmente negros, con grandes ojos apacibles. Proviene de Rumania, son trofeos de guerra... los soldados que conducen estos carros cuentan que fue muy trabajoso atrapar estos animales indómitos y que fue

6 August von Platen. Escritor bávaro 1796-1835.

7 «Der siebente Ring» [El séptimo anillo]. «Nun laß mich rufen» [«Ahora déjame exclamar...»] de Stefan George.

8 Poesía épica cómica de Christoph Martin Wieland.

9 La «Leyenda de Lessing» de Franz Mehring.

aún más difícil usarlos para el tiro, porque estaban acostumbrados a la libertad. Los golpearon horriblemente, hasta hacer valer el dicho: *vae victis*¹⁰... Se supone que hay unos cien de estos animales solamente en Breslau; además reciben, después de estar acostumbrados a las extensas praderas rumanas, poco y miserable alimento.

Son utilizados sin consideración alguna, para tirar de cualquier tipo de carro de carga, por eso mueren pronto. Hace pocos días, entonces, entró un carro lleno de bultos, pero con una carga tan alta que los búfalos no podían atravesar la elevación del portón de la entrada. El soldado acompañante, un bruto, comenzó a apalear a los animales a golpes del lado más ancho del fuste de su látigo de tal manera que la centinela molesta le llamó la atención ¡si no tenía lástima de los animales! –Nadie tiene piedad de nosotros, las personas, tampoco– respondió con risa malvada y los apaleó todavía con más fuerza...

Los animales jalaron pasando al fin sobre la montaña, pero uno sangraba... Sonishka, la piel del búfalo es literalmente solo grosor y dureza... y estaba rota. Los animales se quedaron muy quietos y agotados.

Cuando estaban siendo descargados, y uno, el que estaba sangrando, miraba alrededor con una expresión con su cara negra y sus grandes ojos tiernos, como un niño con los ojos hinchados de llorar. Era claramente la expresión de un niño que ha sido duramente castigado y no sabe para qué, por qué motivo, que no sabe cómo escapar de la tortura y la violencia brutal... Yo estaba parada frente a él, el animal me miró, se me salieron las lágrimas –eran sus lágrimas, no es posible estremecerse con más dolor ante el sufrimiento del hermano más querido, que yo en mi impotencia ante ese sufrimiento silencioso. ¡Qué lejos, qué inalcanzables, perdidas, libres, sencillas, verdes praderas! Qué diferente brillaba ahí el sol, soplaba el viento, qué distintos eran los hermosos sonidos de los pájaros o el melódico grito de los pastores. Y aquí, en esta ciudad extraña y lúgubre, el establo asfixiante, el heno enmohecido que provoca asco, mezclado con la paja en descomposición, las personas extrañas y horribles, y los golpes, la sangre que corre por la herida fresca... Mi pobre búfalo, mi pobre amado hermano, estamos aquí los dos, tan impotentes y embrutecidos y somos uno solo en el dolor, en la impotencia, en la nostalgia. Entretanto, las presas afanosas habían rodeado el carro, descargaron los pesados bultos, y los llevaron hasta el edificio; pero el soldado solo metió ambas manos en las

10 Los dolores del vencido.

bolsas del pantalón, se paseó a horcajadas en el patio, rió, y silbó quedamente una canción muy popular. Y toda la suntuosa guerra pasó ante mis ojos.

Escríbame pronto.

La abraza, Sonichka:

Su R

P.d.: Soniushka, queridísima, quédese a pesar de todo tranquila y alegre. Así es la vida, y así hay que tomarla, valientemente, la frente en alto y sonriendo, a pesar de los pesares. ¡Feliz navidad!...

Paul Levi pretende ahora quedar especialmente bien con la burguesía –y consecuentemente con la Segunda, y la Segunda y media Internacional, quienes son sus agentes, mediante la reedición precisamente de aquellos trabajos de Rosa Luxemburg, en los que se equivocó...

Pero también en el traspatio del movimiento de los trabajadores, y entre los montones de estiércol, pollos de la clase de Paul Levi, Scheidemann, Kautsky y toda esa ralea, van a extasiarse especialmente, por supuesto, con las fallas de esta gran comunista.

Lenin, 1922

...Siempre la misma persona

Porque, querida Clara, lo digo abiertamente: el bagaje que los rusos en estos momentos le están cargando al comunismo, difícilmente podríamos arrastrarlo nosotros los comunistas de Alemania –dios me perdone porque me cuento también entre ellos– si aún tuviéramos un partido comunista –dios me perdone si no tomo en cuenta el que hay actualmente...

Aunque los rusos poseen un cómodo método. Si alguien se expresa contra ellos es un menchevique. Considero éste como un deber actual, el de analizar los *más profundos* orígenes de los errores de los rusos precisamente en lo ideológico, y a mi juicio, mostrar ahí cómo estas fallas provienen de una interpretación leninista, contra la cual luchó Rosa Luxemburg hace unos 20 años y quiero en esta tarea, por la causa, y en búsqueda de un método comprensible para todos, marcar la distancia con el menchevismo. La necesidad de hacerlo me la demostró claramente asimismo el hecho de que también un tal Lenin sea capaz de presentar por ejemplo los artículos escritos por mí como mencheviques. Un tal Lenin debería saber finalmente que el menchevismo es algo totalmente diferente, y voy a intentar demostrarlo. Y creo al fin existe una diferencia sustancial para Rosa, con respecto a los mencheviques, así como a los bolcheviques. Yo pienso, querida camarada Clara, que comete Usted con Rosa una injusticia igual o hasta mayor, cuando remite todo solamente a malentendidos, a mala información –Rosa estaba muy bien informada–, o a su mala disposición personal.

Una persona con una concepción del mundo tan acabada como Rosa de hecho es siempre la misma en todos lados: si escribe el programa Espartaco, o si critica a los bolcheviques; si escribe artículos o libros, si da una conferencia, o toma decisiones tácticas: es *siempre la misma persona* y esto es precisamente lo reconfortante, que exista algo así, o que haya existido.

Paul Levi el 23 de septiembre de 1921,
a Clara Zetkin, quien intentó por encargo de Lenin
convencer a Levi de que no publicara el manuscrito
de Rosa Luxemburg sobre la Revolución Rusa.

Rosa Luxemburg

La revolución rusa

I

La Revolución Rusa constituye el acontecimiento más poderoso de la Primera Guerra Mundial. Su estallido, su radicalismo sin precedentes, sus consecuencias perdurables, constituyen la refutación y condena más evidentes de las mentiras que con tanto celo propagó la socialdemocracia oficialista a comienzos de la guerra sirviendo de cobertura ideológica de la campaña de conquista y expansionismo del imperialismo alemán. Me refiero a lo que se dijo respecto de la misión de las bayonetas alemanas: que iban a derrocar al zarismo ruso y liberar a sus pueblos oprimidos. El poderoso impacto de la Revolución Rusa y sus profundas consecuencias que transformaron todas las relaciones de clase, elevaron a un nuevo nivel todos los problemas económicos y sociales que se desarrollaron consecuentemente –según su propia lógica interna, desde la primera fase de la república burguesa hasta etapas más avanzadas, reduciendo finalmente la caída del zarismo a un simple episodio menor.

Todo esto deja en claro que la liberación de Rusia no fue una consecuencia de la guerra y de la derrota militar del zarismo, ni un servicio prestado por «las bayonetas alemanas en los puños de alemanes», como lo prometió una vez, en uno de sus editoriales, el «Neue Zeit» dirigido por Kautsky. Demuestra, por el contrario, que la liberación de Rusia tenía sus raíces profundamente hundidas en la tierra de su país y que su maduración completa fue un asunto interno. La aventura militar del imperialismo alemán, emprendida con la bendición ideológica de la socialdemocracia alemana, no produjo la revolución en Rusia. Solo sirvió para interrumpirla al principio, para postergarla por un tiempo luego de su primera alza tempestuosa de los años 1911-1913 y luego, después de su estallido, para crearle condiciones más difíciles y anormales. Más aún, para cualquier observador reflexivo estos hechos refutan de manera decisiva la teoría que Kautsky compartía con los socialdemócratas del gobierno, que suponía que Rusia, por ser un país económicamente atrasado y predominantemente agrario, no estaba maduro para la revolución social y la dictadura del proletariado. Esta teoría, que considera que la única revolución posible en Rusia es la burguesa, es también la del ala oportunista del movimiento obrero ruso, los llamados mencheviques, que están bajo la experta dirección de Axel-

rod y Dan. En esta concepción basan los socialistas rusos su táctica de alianza con el liberalismo burgués.

En esta concepción de la Revolución Rusa, de la que se deriva automáticamente su posición sobre las más mínimas cuestiones tácticas, los oportunistas rusos y alemanes están en un todo de acuerdo con los socialistas gubernamentales de Alemania. Según estos tres grupos, la Revolución Rusa tendría que haberse detenido en la etapa que, según la mitología de la socialdemocracia alemana, constituía el noble objetivo por el que bregaba el imperialismo alemán al entrar en la guerra, es decir, tendría que haberse detenido luego del derrocamiento del zarismo. Según ellos, el que la revolución haya ido más allá, planteándose como tarea la dictadura del proletariado, se debe a un error del ala extrema del movimiento obrero ruso: los bolcheviques. Y presentan entonces todas las dificultades con las que tropezó la revolución en su desarrollo ulterior, todos los desórdenes que sufrió, simplemente como un resultado de este error fatídico. Teóricamente, esta doctrina (recomendada como fruto del «pensamiento marxista» por el Vorwaerts, de Stampfer¹ y también por Kautsky) deriva del original descubrimiento «marxista» de que la revolución socialista es nacional, un asunto por así decirlo doméstico, que cada país moderno encara por su cuenta.

Por supuesto, en medio de la confusa neblina de la teoría, un Kautsky sabe muy bien cómo delinear las relaciones económicas mundiales del capital que hacen de todos los países modernos un organismo único e integrado. Además, los problemas de la Revolución Rusa, por ser ésta un producto de los acontecimientos internacionales con el agregado de la cuestión agraria, no pueden resolverse dentro de los límites de la sociedad burguesa.

Prácticamente esa teoría refleja el intento de sacarse de encima toda responsabilidad por el proceso de la Revolución Rusa en la medida en que esa responsabilidad afecta al proletariado internacional y especialmente al alemán; y también de negar las conexiones internacionales de esta revolución. Los acontecimientos de la guerra y de la Revolución Rusa no probaron la inmadurez de Rusia sino la inmadurez del proletariado alemán para la realización de sus tareas históricas. Un examen crítico de la Revolución Rusa debe tener como primer objetivo dejar esto perfectamente aclarado. El destino de la revolución en Rusia dependía totalmente de los acontecimientos internacionales. Lo que demuestra la visión política de los bol-

1 Friedrich Stampfer (1874-1917): uno de los principales dirigentes del PSD alemán y director de su diario, Vorwaerts.

cheviques, su firmeza de principios y su amplia perspectiva de que hayan basado toda su política en la revolución proletaria mundial. Esto revela el poderoso avance del desarrollo capitalista durante la última década.

La revolución de 1905-1907 despertó apenas un débil eco en Europa. Por lo tanto, tenía que quedar como un mero capítulo inicial. La continuación y la conclusión estaban estrechamente ligadas al desarrollo ulterior de Europa.

Concretamente, lo que podrán sacar a la luz los tesoros de las experiencias y las enseñanzas no será la apología acrítica sino la crítica penetrante y reflexiva.

Nos vemos enfrentados al primer experimento de dictadura proletaria de la historia mundial (que además tiene lugar bajo las condiciones más difíciles que se puedan concebir, en medio de la conflagración mundial y la masacre imperialista, atrapado en las redes del poder militar más reaccionario de Europa, acompañado por la más completa desertión de la clase obrera internacional). Sería una loca idea pensar que todo lo que se hizo o se dejó de hacer en un experimento de dictadura del proletariado llevado a cabo en condiciones tan anormales representa el pináculo mismo de la perfección. Por el contrario, los conceptos más elementales de la política socialista y la comprensión de los requisitos históricos necesarios nos obligan a entender que, bajo estas condiciones fatales, ni el idealismo más gigantesco ni el partido revolucionario más probado pueden realizar la democracia y el socialismo, sino solamente distorsionados intentos de una y otro.

Hacer entender esto claramente, en todos sus aspectos y con todas las consecuencias que implica, constituye el deber elemental de los socialistas de todos los países. Pues solo sobre la base de la comprensión de esta amarga situación podemos medir la enorme magnitud de la responsabilidad del proletariado internacional por el destino de la Revolución Rusa. Más aún, solo sobre esta base puede ser efectiva y de decisiva importancia la resuelta acción internacional de la revolución proletaria, acción sin la cual hasta los mayores esfuerzos y sacrificios del proletariado de un solo país inevitablemente se confunden en un fárrago de contradicciones y errores garrafales.

No caben dudas de que los dirigentes de la Revolución Rusa, Lenin y Trotsky, han dado más de un paso decisivo en su espinoso camino sembrado de toda clase de trampas, con grandes vacilaciones interiores y haciéndose una gran violencia. Están actuando en condiciones de amarga compulsión y necesidad, en un torbellino rugiente de acontecimientos. Por

lo tanto, nada debe estar más lejos de su pensamiento que la idea de que todo lo que hicieron y dejaron de hacer debe ser considerado por la Internacional como un ejemplo brillante de política socialista que solo puede despertar admiración acrítica y un fervoroso afán de imitación. No menos erróneo sería suponer que un examen crítico del camino seguido hasta ahora por la Revolución Rusa debilitaría el respeto hacia ella o la fuerza de atracción que ejerce su ejemplo, que es lo único que puede despertar a las masas alemanas de su inercia fatal. Nada más lejos de la verdad.

El despertar de la energía revolucionaria de la clase obrera alemana ya nunca más podrá ser canalizado por los métodos carceleros de la socialdemocracia de este país, de tan triste memoria. Nunca más podrá conjurarla alguna autoridad immaculada, ya sea la de nuestros «comités superiores» o la del «ejemplo ruso». La genuina capacidad para la acción histórica no renacerá en el proletariado alemán en un clima de aplaudir indiscriminadamente todo. Solo puede resultar de la comprensión de la tremenda seriedad y complejidad de las tareas a encarar, de la madurez política y la independencia de espíritu, de la capacidad coartada con distintos pretextos por la socialdemocracia en el transcurso de las últimas décadas. El análisis crítico de la Revolución Rusa con todas sus consecuencias históricas constituye el mejor entrenamiento para la clase obrera alemana e internacional, teniendo en cuenta las tareas que le aguardan como resultado de la situación actual.

II

El primer período de la Revolución Rusa, desde su comienzo en marzo hasta la Revolución de Octubre, corresponde exactamente, en líneas generales, al proceso seguido tanto por la gran Revolución Inglesa como por la gran Revolución Francesa. Es el proceso típico de todo primer ensayo general que realizan las fuerzas revolucionarias que alberga la sociedad burguesa en sus entrañas. Su desarrollo avanza siempre en línea ascendente: desde un comienzo moderado a una creciente radicalización de los objetivos y, paralelamente, desde la coalición de clases y partidos hasta el partido radical como único protagonista.

En el estallido de marzo de 1917, los «cadetes»², es decir, la burguesía liberal, estaban a la cabeza de la revolución. La primera oleada ascendente de la marea revolucionaria arrasó con todos y con todo. La Cuarta Duma,

2 Cadetes (Partido Constitucional Demócrata): partido liberal burgués que postulaba en Rusia una monarquía constitucional.

producto ultrareaccionario del ultrareaccionario derecho al sufragio de las cuatro clases, que fue una consecuencia del golpe de Estado, se convirtió súbitamente en un organismo revolucionario. Todos los partidos burgueses, incluyendo los de la derecha nacionalista, formaron de pronto un frente contra el absolutismo. Este cayó al primer golpe, casi sin lucha, como un organismo muerto que solo necesita que se lo toque para caerse. También se liquidó en pocas horas el breve intento de la burguesía liberal de salvar al menos el trono y la dinastía. La arrolladora marcha de los acontecimientos saltó en días y horas, distancias que anteriormente, en Francia, llevó décadas atravesar. En este aspecto, resulta claro que Rusia aprovechó los resultados de un siglo de desarrollo europeo, y sobre todo que la revolución de 1917 fue la continuación directa de la de 1905-1907, no un regalo del «liberador» alemán. El movimiento de marzo de 1917 comenzó exactamente en el punto en que fue interrumpido diez años antes. La república democrática fue el producto completo, internamente maduro, del primer asalto revolucionario.

Pero luego comenzó la segunda tarea, la más difícil. Desde el primer momento la fuerza motriz de la revolución fue la masa del proletariado urbano. Sin embargo, sus reivindicaciones no se limitaban a la democracia política, atacaban esa cuestión tan candente que era la política internacional al exigir la paz inmediata. Al mismo tiempo, la revolución abarcó a la masa del ejército, que elevó la misma exigencia de paz inmediata, y a la gran masa campesina, que puso sobre el tapete la cuestión agraria, que desde 1905 constituía el eje de la revolución. Paz inmediata y tierra: estos dos objetivos provocarían inevitablemente la ruptura del frente revolucionario. La reivindicación de paz inmediata se oponía irreconciliablemente a las tendencias imperialistas de la burguesía liberal, cuyo vocero era Miliukov.³ Y el problema de la tierra se erguía como un espectro terrorífico ante la otra ala de la burguesía: los propietarios rurales. Además, significaba un ataque al «sagrado principio» general de la propiedad privada, punto sensible de toda clase propietaria. En consecuencia, al día siguiente de los primeros triunfos revolucionarios comenzó una lucha interna sobre las dos cuestiones candentes: paz y tierra.

La burguesía liberal adoptó la táctica de remolcar los problemas y evadirlos. Las masas trabajadoras, el ejército y el campesinado, presiona-

3 Pavel Nikolaievich Miliukov (1859-1943): dirigente del partido Cadete. Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno provisional, marzo-mayo de 1917. Enemigo de la Revolución de Octubre, inició muchos intentos contrarrevolucionarios.

ban cada vez con más fuerza. No cabe duda que la cuestión de la paz y la de la tierra signaron el destino de la democracia política en la república.

Las clases burguesas, arrastradas por la primera oleada de la tormenta revolucionaria, se dejaron llevar hasta el gobierno republicano. Luego comenzaron a buscarse una base de apoyo en la retaguardia y a organizar silenciosamente la contrarrevolución. La campaña del cosaco Kaledin⁴ contra San Petersburgo expresó claramente esta tendencia. De haber tenido éxito el ataque, no solo hubiera quedado sellado el destino de la cuestión de la paz y de la tierra, sino también el de la república. El resultado inevitable hubiera sido la dictadura militar, el reinado del terror contra el proletariado y luego el retorno a la monarquía.

De todo esto deducimos el carácter utópico y esencialmente reaccionario de las tácticas por las que se guiaron los «kautskianos» rusos o mencheviques.

Resulta especialmente asombroso observar cómo este industrioso trabajador (Kautsky), con su incansable labor de escritor metódico y pacífico, durante los cuatro años de la guerra mundial perforó una brecha tras otra en las estructuras del socialismo. De su obra el socialismo emerge agujereado como un colador, sin un punto sano. La indiferencia acrítica con la que sus seguidores consideran la ardua tarea de su «teórico oficial» y se tragan cada uno de sus nuevos descubrimientos sin mover una pestaña, solamente encuentra parangón en la indiferencia con que los secuaces de Scheidemann⁵ y compañía contemplan como este último llena de agujeros al socialismo en la práctica. Ambos trabajos se complementan totalmente. Desde el estallido de la guerra, Kautsky, el «guardián oficial» del «templo» del marxismo, en realidad ha estado haciendo en la teoría las mismas cosas que los Scheidemann hacían en la práctica, es decir: 1) la Internacional como instrumento de la paz; 2) el desarme, la liga de naciones y el nacionalismo; 3) democracia, no socialismo.

Petrificados por el mito del carácter burgués de la Revolución Rusa – ¡todavía hoy sostienen que Rusia no está madura para la revolución social! –, se aferraron desesperadamente a la coalición con los liberales burgueses. Pero esto implicó la unión de elementos a los que el desarrollo interno na-

4 Alexei Maximovich Kaledin (1861-1918): general zarista, comandante de los Cosacos del Don en 1917. Después de octubre inició la guerra civil contra los soviets. Derrotado por el Ejército Rojo y por las desertiones de su propio campo se suicidó.

5 Philip Scheideman (1865-1937): dirigente socialdemócrata alemán del ala derecha. Apoyó la guerra. El kaiser lo nombró secretario de estado en 1918, pero no logró salvar a la monarquía. Ministro del gabinete de Ebert, aplastó la insurrección espartaquista.

tural de la revolución ha separado y ha introducido el más agudo de los conflictos. Los Axelrod⁶ y los Dan querían, a toda costa, colaborar con las clases y los partidos que significaban el mayor peligro y la mayor amenaza para la revolución y la primera de sus conquistas: la democracia.

En esta situación, la tendencia bolchevique cumplió la misión histórica de proclamar desde el comienzo y seguir con férrea consecuencia las únicas tácticas que podían salvar la democracia e impulsar la revolución: todo el poder a las masas obreras y campesinas, a los soviets. Éste era, por cierto, el único camino que tenía la revolución para superar las dificultades; ésta fue la espada con la que se cortó el nudo gordiano, se sacó a la revolución de su estrecho callejón sin salida y se le abrió un ancho cauce hacia los campos libres y abiertos.

El partido de Lenin, en consecuencia, fue el único, en esta primera etapa, que comprendió cuál era el objetivo real de la revolución. Fue el elemento que impulsó la revolución, y por lo tanto el único partido que aplicó una verdadera política socialista.

Esto explica también cómo los bolcheviques que al comienzo de la revolución eran una minoría perseguida, calumniada y atacada por todos lados, llegaron en un breve lapso a estar a la cabeza de la revolución y a nuclear bajo su estandarte a las genuinas masas populares: el proletariado urbano, el ejército, los campesinos, e incluso a los elementos revolucionarios de la democracia: el ala izquierda de los social revolucionarios.

La realidad en que se encontró la Revolución Rusa se redujo, en pocos meses, a la alternativa: victoria de la contrarrevolución o dictadura del proletariado, Kaledin o Lenin. Esa era la situación objetiva, tal como se presenta en toda revolución después que pasa el primer momento de embriaguez, y tal como se presentó en Rusia a consecuencia de las cuestiones concretas y candentes de la paz y la tierra, para las que no había solución dentro de los marcos de la revolución burguesa.

La Revolución Rusa no hizo más que confirmar lo que constituye la lección básica de toda gran revolución, la ley de su existencia: o la revolución avanza a un ritmo rápido, tempestuoso y decidido derribando todos los obstáculos con mano de hierro y dándose objetivos cada vez más audaces, o retrocede pronto de su débil punto de partida y resulta liquidada por la contrarrevolución. Es imposible que la revolución se quede estancada, que

6 Pavel Axelrod (1850-1928): uno de los primeros dirigentes del Partido Socialdemócrata Ruso. Apoyó a los mencheviques. Feodor Dan (1871-1947): dirigente menchevique, pacifista durante la guerra. Miembro del Soviet de Petrogrado en 1917. Adversario de la Revolución de Octubre.

se contente con la conquista del primer objetivo. Y aquel que trate de aplicar a la táctica revolucionaria la sabiduría doméstica extraída de las disputas parlamentarias entre sapos y ratones, lo único que demuestra es que le son ajenas la psicología y las leyes de existencia de la revolución, y que toda la experiencia histórica es para él un libro cerrado con siete sellos.

Veamos el proceso de la Revolución Inglesa desde su comienzo en 1642. Allí la lógica de los acontecimientos determinó que los presbiterianos, al vacilar porque sus dirigentes eludían deliberadamente la batalla decisiva con Carlos I evitando el triunfo sobre éste, fueron reemplazados por los independientes, quienes los echaron del Parlamento y se adueñaron del poder. Del mismo modo, dentro del ejército de los independientes; la masa de soldados pequeño-burguesa más plebeya, los «niveladores» de Lilburn, constituían la fuerza motriz de todo el movimiento independiente; así como, por último, los elementos proletarios dentro de la masa de soldados, los que más lejos iban en sus aspiraciones de revolución social y que estaban expresados por el movimiento de los *Diggers*, constituían a su vez la levadura del partido democrático de los *Levelers*.⁷

Sin la influencia moral de los elementos proletarios revolucionarios sobre la masa de soldados, sin la presión de la masa democrática de soldados sobre las capas superiores burguesas del Partido de los Independientes, no se habría «purgado» el Parlamento de presbiterianos, no habría terminado en un triunfo la guerra con el ejército de los *cavaliers*⁸ y los escoceses, no se habría juzgado y ejecutado a Carlos I, no se habría abolido la Cámara de los Lores ni proclamado la República.

¿Y qué sucedió en la gran Revolución Francesa? Después de cuatro años de lucha, la toma del poder por los jacobinos demostró ser el único medio de salvar las conquistas de la revolución, de alcanzar la República, de liquidar el feudalismo, de organizar la defensa revolucionaria contra los enemigos internos y externos, de terminar con las conspiraciones de la contrarrevolución y de expandir la ola revolucionaria de Francia a toda Europa.

Kautsky y sus correligionarios rusos, que querían que la Revolución Rusa conservara su carácter burgués de la primera fase, son la contrapartida exacta de esos liberales alemanes e ingleses del siglo pasado que distinguían entre los dos consabidos periodos de la gran Revolución Francesa: la revolución «buena» de la primera etapa girondina y la «mala» de la etapa posterior al levantamiento jacobino. La superficialidad liberal de

7 *Diggers* y *Levelers* (respectivamente «cavadores» y «niveladores»): los grupos más extremos en la guerra civil inglesa (1641-1649).

8 *Cavaliers* (caballeros): los partidarios del rey Carlos.

esta concepción de la historia seguramente no se toma el trabajo de comprender que sin el levantamiento de los jacobinos «inmoderados», hasta las primeras conquistas de la etapa girondina tímidas y débiles como fueron, pronto hubieran sido enterradas bajo las ruinas de la revolución, y que la alternativa verdadera a la dictadura jacobina tal como el curso de hierro del desarrollo histórico planteó la cuestión en 1793, no era la democracia «moderada», ¡sino la restauración borbónica! No se puede mantener el «justo medio» en ninguna revolución. La ley de su naturaleza exige una decisión rápida: o la locomotora avanza a todo vapor hasta la cima de la montaña de la historia, o cae arrastrada por su propio peso nuevamente al punto de partida. Y arrollará en su caída a aquellos que quieran con sus débiles fuerzas, mantenerla a mitad de camino, arrojándolos al abismo.

Queda claro entonces que en toda revolución solo podrá tomar la dirección y el poder el partido que tenga el coraje de plantear las consignas adecuadas para impulsar el proceso hacia adelante y la capacidad de extraer de la situación todas las conclusiones necesarias para lograrlo. Esto hace evidente, también, el rol miserable que jugaron los Dan, los Tseretelli⁹, etc., que al comienzo ejercían una enorme influencia sobre las masas pero, después de sus prolongadas oscilaciones y de que se opusieron con todas sus fuerzas a asumir el poder y la responsabilidad, fueron despiadadamente arrojados de la escena.

El partido de Lenin fue el único que asumió el mandato y el deber de un verdadero partido revolucionario, garantizando el desarrollo continuo de la revolución con la consigna: «Todo el poder al proletariado y al campesinado».

De esta manera resolvieron los bolcheviques el famoso problema de «ganar a la mayoría del pueblo», problema que siempre atormentó como una pesadilla a la socialdemocracia alemana. Como discípulos de carne y hueso del cretinismo parlamentario, estos socialdemócratas alemanes han tratado de aplicar a las revoluciones la sabiduría doméstica de la *nursery* parlamentaria: para emprender algo, primero hay que contar con la mayoría. Lo mismo, dicen, se aplica a la revolución: primero seamos «mayoría». La verdadera dialéctica de las revoluciones, sin embargo, da la espalda a esta sabiduría de topos parlamentarios. El camino no va de la mayoría a la táctica revolucionaria, sino de la táctica revolucionaria a la mayoría. Solo un partido que sabe dirigir, es decir, que sabe adelantarse a los acontecimientos

9 Iraklii Tseretelli (1882-1959): menchevique ruso. Apoyó la guerra. Fue ministro en marzo-agosto de 1917. Adversario de los bolcheviques, emigró en 1919.

tos, consigue apoyo en tiempos tempestuosos. La resolución con la que, en el momento decisivo, Lenin y sus camaradas ofrecieron la única solución que podía hacer avanzar los acontecimientos («todo el poder al proletariado y al campesinado»), los transformó de la noche a la mañana en los dueños absolutos de la situación, luego de haber sido una minoría perseguida, calumniada y puesta fuera de la ley, cuyo dirigente tenía que vivir, como un segundo Marat¹⁰, escondido en los sótanos.

Más aún, los bolcheviques inmediatamente plantearon como objetivo de la toma del poder un programa revolucionario completo, de largo alcance, no la salvaguarda de la democracia burguesa, sino la dictadura del proletariado para realizar el socialismo. De esta manera, se ganaron el imperecedero galardón histórico de haber proclamado por primera vez el objetivo final del socialismo como programa directo para la práctica política. Todo lo que podía ofrecer un partido, en un momento histórico dado, en coraje, visión y coherencia revolucionarios, Lenin, Trotsky y los demás camaradas lo proporcionaron en gran medida. Los bolcheviques representaron todo el honor y la capacidad revolucionaria de que carecía la socialdemocracia occidental. Su insurrección de octubre no solo salvó realmente la Revolución Rusa, también salvó el honor del socialismo internacional.

III

Los bolcheviques son los herederos históricos de los niveladores ingleses y los jacobinos franceses. Pero la tarea concreta con la que se vieron enfrentados después de la toma del poder era incomparablemente más difícil que la de sus predecesores históricos. (La cuestión campesina y la defensa, el ejército). Con toda seguridad la solución del problema a través de la expropiación y distribución directas e inmediatas de la tierra a los campesinos era la manera más breve y simple de lograr dos cosas distintas: romper con la gran propiedad terrateniente y ligar inmediatamente a los campesinos al gobierno revolucionario. Como medida política para fortalecer el gobierno proletario socialista, esto constituía un excelente movimiento táctico. Desgraciadamente, sin embargo, la cuestión tiene dos caras, y el reverso consiste en que la apropiación directa de la tierra por los campesinos no tiene nada en común con la economía socialista.

En lo que se refiere a las relaciones dentro del agro, la transformación socialista de las relaciones económicas presupone dos cosas: en primer lugar, solo la nacionalización de las grandes propiedades rurales, que

10 Jean Paul Marat (1743-1793): revolucionario francés del ala extrema. Murió asesinado.

constituyen las formas y medios de producción agraria más avanzados técnicamente y más concentrados, puede servir de punto de partida al modo socialista de producción de la tierra. Por supuesto, no es necesario sacarle su parcela al pequeño campesino. Podemos esperar con confianza a que sea ganado voluntariamente por las ventajas de la producción social y que sea persuadido, primero, de la conveniencia de unirse a una cooperativa, para que luego entre a formar parte del conjunto de la economía socializada. Sin embargo, toda reforma económica socialista de la tierra debe empezar obviamente por la gran propiedad y la mediana. El derecho de propiedad debe, antes que nada, ser patrimonio de la nación, o de lo que tratándose de un gobierno socialista significa lo mismo, del Estado. Esta es la única manera de posibilitar la organización de la producción agrícola de acuerdo con las necesidades de la producción socialista a gran escala. Además, en segundo lugar, un requisito para alcanzar esta transformación es terminar con la separación entre economía rural e industria, tan característica de la sociedad burguesa. Así se logrará la interpenetración y fusión de ambas, preparando el camino para la planificación de la producción agrícola e industrial con un criterio unificado. Cualquiera que sea la forma práctica particular en que se organice la economía (a través de comunas urbanas, como proponen algunos, o dirigida desde un centro gubernamental) debe estar precedida por una reforma introducida desde el centro, y ésta a su vez precedida por la nacionalización de la tierra. Nacionalización de las grandes y medianas propiedades y unión de industria y agricultura: estos son los dos requisitos fundamentales de cualquier reforma económica socialista; sin ellos no hay socialismo.

¡Quién puede reprochar al gobierno soviético no haber llevado a cabo estas poderosas reformas! Lenin y sus camaradas, en su breve periodo de gobierno, se han visto metidos en el centro de un rugiente remolino de luchas internas y externas, atacados por incontables enemigos y adversarios. Sería muy triste criticarlos porque, en tales circunstancias, no resolvieron, ni siquiera atacaron, una de las tareas más difíciles, con toda seguridad la más difícil de todas las que plantea la transformación socialista de la sociedad. ¡Incluso en Occidente, en condiciones mucho más favorables, nos romperemos muchas veces los dientes cuando estemos en el poder con esta dura nuez antes de poder resolver las más complicadas de las miles de dificultades que presenta esta tarea gigantesca!

Un gobierno socialista que tomó el poder debe, en todo caso, hacer una sola cosa: tomar medidas que apunten en la dirección de ese requisito

fundamental de una reforma socialista posterior de la agricultura, o por lo menos debe evitar todo lo que pueda trabar el camino a esas medidas.

Pero la consigna levantada por los bolcheviques: toma y distribución inmediata de la tierra por los campesinos, necesariamente apunta en la dirección opuesta. No solo no es una medida socialista, sino que no permite encarar esas medidas; acumula obstáculos insuperables para la transformación socialista de las relaciones agrarias.

La toma de las grandes propiedades agrarias por los campesinos, siguiendo la consigna breve y precisa de Lenin y sus amigos: «vayan y aprópiense de la tierra», llevó simplemente a la transformación súbita y caótica de la gran propiedad agraria en propiedad campesina. No se creó la propiedad social sino una nueva forma de propiedad privada, es decir, la división de grandes propiedades en propiedades medianas y pequeñas, o de unidades de producción grandes relativamente avanzadas en primitivas unidades pequeñas que utilizan técnicas del tiempo de los faraones. ¡Y eso no es todo! Con estas medidas, y por la manera caótica y puramente arbitraria en que fueron ejecutadas, la diferenciación creada por la propiedad de la tierra, lejos de eliminarse, se profundizó. Aunque los bolcheviques llaman a los campesinos a formar comités para intentar, de alguna manera, que la apropiación de la tierra de los nobles constituyera un acto colectivo, resulta claro que este consejo general no podía cambiar la práctica y la relación de fuerzas reales en lo que se refiere a la tierra. Con o sin comités, los principales beneficiarios de la revolución agraria fueron los campesinos ricos y los usureros, la burguesía de las aldeas, quienes tienen en sus manos el poder real en cada aldea rusa. No hace falta estar presente allí para imaginarse que con la distribución de la tierra no se eliminó, sino que aumentó la desigualdad económica y social entre los campesinos, y que los antagonismos de clase se agudizaron. Esta apropiación del poder va en contra de los intereses del proletariado y el socialismo.

Hubo discursos de Lenin sobre la necesidad de la centralización en la industria, la nacionalización de los bancos, el comercio y la industria. ¿Por qué no de la tierra? Aquí, por el contrario, descentralización y propiedad privada. El propio programa agrario de Lenin era diferente antes de la revolución. La consigna fue tomada, o casi, de los tan vituperados socialrevolucionarios sobre el movimiento campesino espontáneo.

Con el fin de introducir los principios socialistas en las relaciones agrarias, el gobierno soviético intenta ahora crear comunas agrarias con proletarios que en su mayoría son desempleados de la ciudad. Pero es fácil

prever que los resultados de esos esfuerzos serán tan insignificantes que desaparecerán comparados con el amplio espectro de las relaciones agrarias. (Buscando los puntos de partida más apropiados para la economía socialista, dividieron las grandes propiedades en unidades pequeñas. Ahora tratan de construir unidades productivas modelo, comunistas, a partir de comienzos insignificantes.) En estas circunstancias, estas comunas podrán considerarse solamente experimentos, no una reforma social general. Monopolio del grano con subvenciones.

Antes se oponían a la reforma socialista en el campo solamente una reducida casta de propietarios rurales nobles y capitalistas y una pequeña minoría de burgueses ricos de las aldeas. Y su expropiación por un movimiento popular revolucionario de masas era un juego de niños. Pero ahora, luego de la «apropiación», hay una enorme masa, recién desarrollada y poderosa, de campesinos propietarios opuestos a todo intento de socialización de la producción agraria que defenderán con unas y dientes su propiedad recientemente adquirida, frente a cualquier ataque socialista. La cuestión de la futura socialización de la economía agraria (es decir, cualquier socialización de la producción en general, en Rusia) se ha transformado ahora en una cuestión de oposición y lucha entre el proletariado urbano y la masa campesina. Hasta qué punto se ha vuelto agudo este antagonismo lo demuestra el boicot campesino a las ciudades que les proporcionan el medio en el cual ejercer la especulación, de la misma modo en que lo hace el *junker* prusiano.¹¹ El pequeño campesino francés se transformó en el más firme defensor de la gran Revolución Francesa que le dio la tierra confiscada a los *émigrés*.¹² Como soldado de Napoleón, condujo a la victoria el estandarte francés, cruzó toda Europa e hizo pedazos el feudalismo en un país tras otro. Lenin y sus amigos pueden haber esperado un resultado similar de su consigna agraria. Sin embargo, ahora que el campesino ruso se apropió de la tierra con su propio puño ni sueña con defender a Rusia y la revolución a la cual le debe esa tierra. Se aferra obstinadamente a sus nuevas posesiones y abandona la revolución a sus enemigos, el Estado a la decadencia y la población urbana al hambre.

La reforma agraria leninista creó una nueva y poderosa capa de enemigos populares del socialismo en el campo, enemigos cuya resistencia será mucho más peligrosa y firme que la de los grandes terratenientes nobles.

11 Miembro de la nobleza terrateniente.

12 En francés en el original.

Los bolcheviques son en parte responsables de que la derrota militar se haya transformado en el colapso y la caída de Rusia. Más aun, ellos mismos, en cierta medida, profundizaron las dificultades objetivas de esta situación con una consigna que adquirió importancia primordial en su política: el supuesto derecho de autodeterminación de los pueblos, o –lo que realmente estaba implícito en esta consigna– la desintegración de Rusia. Nuevamente proclamaron con obstinación doctrinaria, como grito de batalla especial de Lenin y sus camaradas, la fórmula del derecho de las distintas nacionalidades del Imperio Ruso a determinar independientemente sus destinos, «incluso hasta el punto del derecho a tener gobiernos separados del de Rusia», durante su oposición al imperialismo miliukovista y luego al kerenskista. También fue el eje de su política interna después de la Revolución de Octubre. Y constituyó el programa de los bolcheviques en Brest-Litovsk¹³, todo lo que tenían para oponer al despliegue de fuerzas del imperialismo alemán.

Lo que inmediatamente llama la atención es la obstinación y la rígida consecuencia con que Lenin y sus camaradas adhieren a esta consigna que se contradice totalmente tanto con el centralismo que otrora predicaban en política, como con su actitud hacia otros principios democráticos. Demostraron un frío desprecio por la Asamblea Constituyente, el sufragio universal, las libertades de reunión y prensa, en síntesis, un desprecio por todo el aparato de las libertades democráticas básicas del pueblo que tomadas en su conjunto constituyen el «derecho de autodeterminación» dentro de Rusia. A la vez tratan al derecho de autodeterminación de los pueblos como «la joya» de la política democrática, en función de la cual deben dejarse de lado todas las consideraciones prácticas de la política realista. No permitieron la más mínima concesión en lo referente al plebiscito para la Asamblea Constituyente en Rusia, plebiscito realizado sobre la base del sufragio más democrático del mundo, con toda la libertad de una república popular. Simplemente lo declararon nulo y vacío, en función de una evaluación muy sobria de sus resultados. Pero son los campeones del voto popular de las nacionalidades extranjeras de Rusia para decidir a qué país quieren pertenecer, como si esto fuera la panacea de la libertad y la democracia, la quintaesencia pura de la voluntad de los pueblos y la forma de hacer la más profunda justicia en lo que se refiere al destino político de las naciones.

13 Brest-Litovsk: aldea cercana a la frontera ruso-polaca donde se firmó el tratado de paz ruso-germano el 3 de marzo de 1918.

La contradicción que parece tan obvia resulta difícil de entender puesto que las formas democráticas de la vida política de cada país, como veremos, realmente involucran a los fundamentos más valiosos e incluso a los más indispensables de la política socialista, mientras que el famoso derecho «a la autodeterminación» de las naciones es solamente fraseología hueca y pequeño-burguesa. ¿Qué se supone que significa este derecho? Que el socialismo se opone a toda forma de opresión, incluso la de una nación por otra, constituye el ABC de la política socialista.

A pesar de esto, políticos tan serios y críticos como Lenin, Trotsky y sus amigos, que responden solo con un irónico encogerse de hombros a cualquier tipo de fraseología utópica como: desarme, Liga de las Naciones, etcétera, en este caso hicieron de una frase hueca exactamente del mismo tipo su hobby preferido. Ello se debe, me parece, a una política fabricada para la ocasión. Lenin y sus camaradas calcularon que no había método más seguro para ganar a los pueblos extranjeros del Imperio Ruso para la causa de la revolución, para la causa del proletariado socialista, que el de ofrecerles en nombre de la revolución y el socialismo, la libertad más extrema e ilimitada para determinar sus propios destinos. Es una política análoga a la que se dieron los bolcheviques con el campesinado ruso, satisfaciendo su hambre de tierra con la consigna de apropiación directa de las propiedades nobles, en el supuesto de que así se los ganaría para la revolución y el gobierno proletario. En ambos casos, desafortunadamente, el cálculo resultó completamente erróneo. Está claro que Lenin y sus amigos esperaban que, al transformarse en campeones de la libertad nacional hasta el punto de abogar por la «separación», harían de Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, los países bálticos, el Cáucaso, etcétera, fieles aliados de la Revolución Rusa. Pero sucedió exactamente lo contrario. Una tras otra, estas «naciones» utilizaron la libertad recientemente adquirida para aliarse con el imperialismo alemán y se constituyeron en enemigos mortales de la Revolución Rusa, para llevar bajo la protección de Alemania y dentro de la misma Rusia, el estandarte de la contrarrevolución. Un ejemplo perfecto lo constituye el jueguito que se hizo en Brest con Ucrania, que provocó un giro decisivo en las negociaciones y sacó a la luz la situación política, tanto interna como externa, a la que se ven enfrentados en la actualidad los bolcheviques. La actitud de Finlandia, Polonia, Lituania, los países del Báltico, los pueblos del Cáucaso, nos demuestra de manera convincente que aquel no es un caso excepcional sino un fenómeno típico.

Seguramente, en todos estos casos no fue realmente el «pueblo» el que impulsó esta política reaccionaria sino las clases burguesas y pequeño-burguesas. Éstas, en total oposición a sus propias masas proletarias, pervertieron el «derecho nacional a la autodeterminación», transformándolo en un instrumento de su política contrarrevolucionaria. Pero (y llegamos al nudo de la cuestión), aquí reside el carácter utópico, pequeño-burgués de esta consigna nacionalista: que en medio de las crudas realidades de la sociedad de clases, cuando los antagonismos se agudizan al máximo, se convierte simplemente en un instrumento de dominación de la burguesía. Los bolcheviques aprendieron, con gran perjuicio para ellos mismos y para la revolución, que bajo la dominación capitalista no existe la autodeterminación de los pueblos, que en una sociedad de clases cada clase de la nación lucha por «determinarse» de una manera distinta, y que para las clases burguesas la concepción de la liberación nacional está totalmente subordinada a la del dominio de su clase. La burguesía finlandesa, al igual que la de Ucrania, prefirió el gobierno violento de Alemania a la libertad nacional, si ésta la ligaba al bolchevismo.

La esperanza de transformar estas relaciones de clase reales en su opuesto, de ganar el voto de la mayoría para la unión con la Revolución Rusa, haciéndolo depender de las masas revolucionarias, tal como seriamente lo pretendían Lenin y Trotsky, refleja un grado de optimismo incomprensible. Y si solamente se trataba de un recurso táctico en el duelo entablado con la política de fuerza de Alemania, entonces era un juego con fuego muy peligroso. Incluso sin la ocupación militar de Alemania, el resultado del famoso «plebiscito popular», suponiendo que se hubiera llegado hasta allí en los estados limítrofes, hubiera proporcionado pocos motivos de alegría a los bolcheviques. Tenemos que tener en cuenta la psicología de las masas campesinas y de grandes sectores de la pequeña burguesía, y las miles de maneras con que cuenta la burguesía para influir sobre el voto. Por cierto, debe considerarse una ley absoluta que en estos asuntos de plebiscitos sobre la cuestión nacional la clase dominante siempre sabrá evitarlos cuando no sirven a sus propósitos, y que cuando se realizan, utilizará todos los medios para influir sobre sus resultados. Son los mismos medios que hacen imposible introducir el socialismo mediante el voto popular.

El simple hecho de que la cuestión de las aspiraciones nacionales y tendencias a la separación fuera introducida en medio de la lucha revolucionaria, incluso puesta sobre el tapete y convertida en el santo y seña de la política socialista y revolucionaria como resultado de la paz de Brest, pro-

dujo la mayor confusión en las filas socialistas y realmente destruyó las posiciones ganadas por el proletariado en los países limítrofes. En Finlandia, donde el proletariado luchó formando parte de la estrecha falange socialista rusa, logró una posición predominante en el poder, tenía la mayoría en el Parlamento y el ejército, redujo a su burguesía a una impotencia completa y, dentro de sus fronteras, era dueño de la situación. O tomemos Ucrania. A comienzos de siglo, antes de que se inventaran la tontería del «nacionalismo ucraniano» con sus rublos de plata y sus «universales», o el pasatiempo de Lenin de una Ucrania independiente. Ucrania era la columna vertebral del movimiento revolucionario ruso. Allí, en Rostov, Odesa, la región del Donetz, brotaron los primeros ríos de lava de la revolución que encendieron todo el sur de Rusia en un mar de llamas (ya en 1902-1904), preparando así el alzamiento de 1905. Lo mismo sucedió en la revolución actual, en la que el sur de Rusia proveyó las tropas selectas de la falange proletaria. Polonia y las tierras del Báltico fueron desde 1905 los núcleos revolucionarios más poderosos e importantes, y en ellos el proletariado jugó un rol de primera magnitud.

¿Cómo puede ser entonces que en todos estos países triunfe la contrarrevolución? El movimiento nacionalista, justamente porque alejó de Rusia al proletariado, lo mutiló y lo entregó en manos de la burguesía de los países limítrofes. Los bolcheviques no actuaron en esto guiándose por la misma genuina política internacionalista de clase que aplicaron en otros asuntos: no trataron de lograr la unión compacta de las fuerzas revolucionarias de todo el imperio. No defendieron con uñas y dientes la integridad del Imperio Ruso como área revolucionaria, oponiendo a todas las formas del separatismo la solidaridad e inseparabilidad de los proletarios de todos los países que están bajo la esfera de la Revolución Rusa, haciendo funcionar a ésta como el comando político superior. En lugar de eso, los bolcheviques, con su hueca fraseología nacionalista sobre «el derecho a la autodeterminación hasta la separación», lograron todo lo contrario, y le dieron a la burguesía de los países limítrofes los pretextos más refinados, más deseables, para sus esfuerzos contrarrevolucionarios. En vez de prevenir al proletariado de los países limítrofes acerca de que todas las formas de separatismo son simples trampas burguesas, con su consigna no hicieron más que confundir a las masas de esos países y entregarlas a la demagogia de las clases burguesas. Con esa reivindicación nacionalista produjeron la desintegración de la misma Rusia y pusieron en manos del enemigo el cuchillo que se hundiría en el corazón de la Revolución Rusa.

Seguramente, sin la ayuda del imperialismo alemán, sin «los rifles alemanes en los puños de alemanes», como decía el «Neue Zeit» de Kautsky, los Lubinski y otros bribonzuelos de Ucrania, los Erich y Mannerheim¹⁴ de Finlandia, los barones bálticos, nunca hubieran ganado a lo mejor de las masas trabajadoras socialistas de sus respectivos países. Pero el separatismo nacional fue el caballo de Troya dentro del cual los «camaradas» alemanes, bayoneta en mano, hicieron su entrada en todas esas tierras. Los antagonismos de clase reales y la verdadera relación de fuerzas en el plano militar provocaron la intervención alemana. Pero los bolcheviques proporcionaron la ideología con la que se enmascaró esta campaña de la contrarrevolución, fortalecieron la posición de la burguesía y debilitaron la del proletariado. La mejor prueba de esto la da Ucrania, que iba a jugar un rol tan tremendo en el destino de la Revolución Rusa. El nacionalismo ucraniano fue en Rusia algo bastante diferente, digamos, del nacionalismo checo, polaco o finlandés. El primero era un mero capricho, una tontería de unas pocas docenas de intelectuales pequeño-burgueses, sin ninguna raíz económica, política o psicológica. No se apoyaba en ninguna tradición histórica, ya que Ucrania nunca fue una nación ni tuvo gobierno propio, ni tampoco una cultura nacional, a excepción de los poemas reaccionario-románticos de Shevchenko. ¡Es exactamente lo mismo que si un día los habitantes del Wasserkante quisieran fundar una nueva nación y un nuevo gobierno en la Baja Alemania [Plattdeutsche]! Y esta pose ridícula de unos cuantos profesores y estudiantes universitarios fue inflada por Lenin y sus camaradas hasta transformarla en una fuerza política con su agitación doctrinaria sobre «el derecho a la autodeterminación hasta etcétera». ¡Se le dio tanta importancia a lo que en sus comienzos fue una mera farsa, que la farsa se transformó en una cuestión de importancia fundamental, no como movimiento nacional serio para lo cual carecía de raíces tanto antes como después, sino como flameante bandera de la contrarrevolución! En Brest asomaron las bayonetas alemanas de adentro de este huevo podrido.

Hay oportunidades en que frases como esas adquieren un significado muy real en la historia de las luchas de clases. Es una desgracia del socialismo el que en esta guerra mundial le haya sido dado proporcionar los argumentos ideológicos a la política contrarrevolucionaria. Cuando estalló la guerra, la socialdemocracia alemana se apresuró a justificar la expedi-

14 Barón Carl von Mannerheim (1867-1951): responsable de la supresión de la República Obrera de Finlandia en 1918. En 1939 y 1941 dirigió el ejército finés contra Rusia. Presidente de Finlandia en 1944-1946.

ción depredadora del imperialismo alemán con un argumento ideológico extraído de los devaneos del marxismo: declararon que se trataba de una expedición liberadora contra el zarismo ruso, tal como lo habían soñado nuestros viejos maestros (Marx y Engels). Y a los bolcheviques, que eran la antípoda de nuestros socialistas gubernamentales, les tocó ser quienes llevaran agua al molino de la contrarrevolución con su fraseología sobre la autodeterminación de los pueblos. En consecuencia, no solo proporcionaron la ideología para justificar el estrangulamiento de la misma Revolución Rusa, sino también los planes que permitieron activar la crisis producida por la guerra mundial. Tenemos buenas razones para analizar muy cuidadosamente la política de los bolcheviques sobre esta cuestión. El «derecho a la autodeterminación de los pueblos», junto con la Liga de las Naciones y el desarme por gracia del presidente Wilson¹⁵, constituyen el grito de batalla que hará saltar el próximo enfrentamiento entre el socialismo internacional y la burguesía. Es obvio que la fraseología sobre la autodeterminación y el conjunto del movimiento nacionalista, que al presente constituye el mayor peligro para el socialismo internacional, se han fortalecido extraordinariamente desde la Revolución Rusa y las negociaciones de Brest. Sin embargo, tendremos que tocar fondo en el camino que marca este programa. El trágico efecto de esta fraseología sobre la Revolución Rusa, en cuyas espinas los mismos bolcheviques estaban destinados a quedar prisioneros y a sufrir profundos arañazos, debe servir de advertencia y lección al proletariado internacional.

Todo esto dio lugar a la dictadura de Alemania desde la época del tratado de Brest a la del «tratado complementario». A los doscientos sacrificios expiatorios en Moscú. Al terror y la supresión de la democracia.

IV

Analicemos más a fondo el problema tomando algunos ejemplos.

La tan conocida disolución de la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917 jugó un rol destacado en la política de los bolcheviques. Esta medida fue decisiva en la posición que tomaron posteriormente. En cierta medida representó el momento culminante de su táctica. Es un hecho que Lenin y sus camaradas exigían furiosamente el llamado a la Asamblea Constituyente hasta su triunfo de octubre. La política del gobierno de Kerenski¹⁶ de es-

15 Woodrow Wilson (1856-1924): presidente de los EE.UU. entre 1913-1921.

16 Alexander Kerenski (1881-1972): socialrevolucionario ruso. Patriota durante la guerra. Vicepresidente del Soviet de Petrogrado, ocupó varios puestos ministeriales durante 1917. Primer ministro del gobierno provisional. Derrocado por la Revolución de Octubre, murió en el exilio en EE.UU.

cabullirle el bulto a la cuestión constituía uno de los blancos preferidos de crítica de los bolcheviques y la base de algunos de sus más violentos ataques. Por cierto, Trotsky, en su interesante folleto «De Octubre a Brest-Litovsk», dice que «la Revolución de Octubre representó la salvación de la Asamblea Constituyente», tanto como la salvación de la revolución en su conjunto. «Y cuando dijimos –continúa–, que no se podía llegar a la Asamblea Constituyente a través del Parlamento Preliminar de Tseretelli sino solamente a través de la toma del poder por los Soviets, teníamos completa razón.» Y luego, pese a estas declaraciones, el primer paso de Lenin después de la Revolución de Octubre fue la disolución de esta misma Asamblea Constituyente a la cual se suponía se le abría el camino. ¿Qué razones podían determinar un giro tan asombroso?

Trotsky discute todo el asunto en el folleto antes mencionado. Expondremos aquí sus argumentos:

«Así como en los meses anteriores a la Revolución de Octubre las masas fueron hacia la izquierda y los obreros, soldados y campesinos se volcaron espontáneamente hacia los bolcheviques, dentro del Partido Social Revolucionario este proceso se expresó en el fortalecimiento del ala izquierda a costa de la derecha. Pero en la lista de candidatos de los social-revolucionarios los viejos nombres del ala derecha todavía ocupaban las tres cuartas partes de los puestos (...).

Además se dio la circunstancia de que las elecciones se realizaron en el curso de las primeras semanas posteriores a la Revolución de Octubre. Las noticias del cambio que había ocurrido se expandían muy lentamente en círculos concéntricos que iban desde la capital a las provincias y desde las ciudades a las aldeas. Las masas campesinas, en muchos lugares, apenas tenían noción de lo que sucedía en Petrogrado y Moscú. Votaban por «Tierra y libertad» y elegían como representantes a los comités locales a los que permanecían bajo la bandera de los narodniki¹⁷. Votaban, en consecuencia, por Kerenski y Avxentiev, que habían disuelto los comités locales y arrestado a sus miembros (...) Este estado de cosas da una idea clara de hasta qué punto la Asamblea Constituyente había quedado atrás en el desarrollo de la lucha política y de los agrupamientos partidarios.»

Todo esto está muy bien y resulta bastante convincente. Pero uno no puede menos que preguntarse cómo personas tan inteligentes como Lenin y Trotsky no llegaron a la conclusión que surge inmediatamente de los

17 Revolucionarios rusos de las décadas de 1860 y 1870. Su movimiento fue conocido como Narodnichestvo. El término deriva de la expresión rusa «yendo con la gente». El movimiento narodniki fue inspirado en el socialismo agrario.

hechos mencionados. Dado que la Asamblea Constituyente fue electa mucho antes del cambio decisivo, la Revolución de Octubre, y que su composición reflejaba el pasado ya desvanecido y no la nueva situación, se deduce automáticamente que tendría que haberse anulado la Asamblea Constituyente ya superada y llamado, sin dilación, a elecciones para una nueva Constituyente. No querían confiar, y no debían hacerlo, el destino de la revolución a una asamblea que reflejaba la Rusia kerenskista de ayer, del período de las vacilaciones y las alianzas con la burguesía. Por lo tanto, lo único que quedaba por hacer era convocar una asamblea que surgiera de la Rusia renovada que tanto había avanzado.

En lugar de esto, Trotsky extrae de las características específicas de la Asamblea Constituyente que existía en octubre, una conclusión general: la inutilidad, durante la revolución, de cualquier representación surgida de elecciones populares universales.

«Gracias a la lucha abierta y directa por el poder —escribe— las masas trabajadoras acumulan en un tiempo brevísimo una gran experiencia política, y en su desarrollo político trepan rápidamente un peldaño tras otro. Cuanto más extenso es el país y más rudimentario su aparato técnico, menores son las posibilidades del farragoso mecanismo de las instituciones democráticas de seguir el ritmo de este desarrollo». Aquí nos encontramos con un cuestionamiento al «mecanismo de las instituciones democráticas» como tal. A esto debemos objetar inmediatamente que en esa estimación de las instituciones representativas subyace una concepción algo rígida y esquemática a la que la experiencia histórica de toda época revolucionaria contradice expresamente. Según la teoría de Trotsky, toda asamblea electa refleja de una vez y para siempre solo la mentalidad, madurez política y ánimo propios del electorado, justo en el momento en que este concurre a las urnas. De acuerdo con eso, un cuerpo democrático es el reflejo de las masas al final del período electoral, del mismo modo que los espacios celestes de Herschel siempre nos muestran los cuerpos celestiales no como son en el momento en que los contemplamos, sino como eran en el momento en que enviaron a la tierra sus mensajes luminosos desde las inconmensurables distancias espaciales. Se niega aquí toda relación espiritual viva, toda interacción permanente entre los representantes una vez que han sido electos, y el electorado. Sin embargo, ¡hasta que punto lo contradice toda la experiencia histórica!

La experiencia demuestra exactamente lo contrario. Es decir, que el fluido vivo del ánimo popular se vuelca continuamente en los organismos representativos, los penetra, los guía. Si no, ¿cómo sería posible el es-

pectáculo que a veces presenciamos en todo parlamento burgués, de las divertidas volteretas de «los representantes del pueblo», que se sienten súbitamente inspirados por un nuevo «espíritu» y pronuncian palabras totalmente inesperadas, o encontrarse en determinadas oportunidades con que las momias más reseca se comportan como jovencitos, o con los pequeños Scheidemänchen más diversos que de golpe empiezan a usar un tono revolucionario, todo esto siempre que hay alboroto en las fábricas y talleres y en las calles?

¿Habrá que renunciar, en medio de la revolución, a esta influencia siempre viva del ánimo y nivel de madurez política de las masas sobre los organismos electos, en favor de un rígido esquema de emblemas y rótulos partidarios? ¡Todo lo contrario! Es precisamente la revolución la que crea, con su hálito ardiente, esa atmósfera política delicada, vibrante, sensible, en la que las olas del sentimiento popular, el pulso de la vida popular, obran en el momento sobre los organismos representativos del modo «más maravilloso». De este hecho dependen, con toda seguridad, los tan conocidos cambios de escena que invariablemente se presentan en las primeras etapas de toda revolución, cuando los viejos reaccionarios o los extremadamente moderados, que surgieron de una elección parlamentaria con sufragio limitado realizada bajo el antiguo régimen, súbitamente se transforman en los heroicos y ardientes voceros del alza. El ejemplo clásico es el del famoso «Parlamento Largo» de Inglaterra: fue electo y se reunió en 1642, permaneciendo en su puesto durante siete años completos. En ese período reflejó en su vida interna todas las alteraciones y desplazamientos del sentimiento popular, de la madurez política, de las diferenciaciones de clase, del progreso de la revolución hasta su culminación, desde la devota adoración a la corona del principio, cuando el orador permanecía de rodillas, hasta la abolición de la Cámara de los Lores, la ejecución de Carlos y la proclamación de la república.

¿Y acaso no se repitió la misma transformación maravillosa en los Estados Generales franceses, en el parlamento sujeto a la censura de Luis Felipe, e incluso (y este último ejemplo, el más impactante, le fue muy cercano a Trotsky) durante la Cuarta Duma rusa que, electa en el año de gracia de 1909, bajo el más rígido dominio de la contrarrevolución, sintió súbitamente el aliento ardiente de la revuelta que se preparaba y se convirtió en el punto de partida de la revolución?

Todo esto demuestra que «el farragoso mecanismo de las instituciones democráticas» cuenta con un poderoso correctivo, es decir, con el movimiento vivo de las masas, con su inacabable presión. Y cuánto más demo-

cráticas son las instituciones, cuánto más vivo y fuerte es el pulso de la vida política de las masas, más directa y completa es su influencia, a pesar de los rígidos programas partidarios, de las boletas superadas (listas electorales), etcétera. Con toda seguridad, toda institución democrática tiene sus límites e inconvenientes, lo que indudablemente sucede con todas las instituciones humanas. Pero el remedio que encontraron Lenin y Trotsky, la eliminación de la democracia como tal, es peor que la enfermedad que se supone va a curar, pues detiene la única fuente viva de la cual puede surgir el correctivo a todos los males innatos de las instituciones sociales. Esa fuente es la vida política activa, sin trabas, enérgica, de las más amplias masas populares.

Tomemos otro ejemplo impactante: el derecho al sufragio tal como lo mantiene el gobierno soviético. No queda para nada claro qué significación práctica se atribuye a este derecho al sufragio. Por la crítica que hacen Lenin y Trotsky a las instituciones democráticas, parecería que rechazan por principio la representación popular sobre la base del sufragio universal y que quieren apoyarse solamente en los soviets. Por qué, entonces, utilizan un sistema de sufragio universal, realmente no queda claro. No sabemos si este derecho al sufragio se puso en práctica en algún lado; no se oyó hablar de ninguna elección para ningún tipo de organismo popular representativo realizada con este sistema. Probablemente se trate, por así decirlo, de un producto teórico de la diplomacia, pero, sea como sea, constituye un producto notable de la teoría bolchevique de la dictadura. Todo derecho al sufragio, como cualquier derecho político en general, no puede medirse aplicando alguna suerte de patrón abstracto de «justicia» o de cualquier otro término burgués democrático, sino por las relaciones sociales y económicas a las que se aplica. El derecho al sufragio elaborado por el gobierno soviético está calculado para el período de transición de la sociedad burguesa capitalista a la socialista, o sea, está calculado para el período de la dictadura del proletariado. Pero, según la interpretación de esta dictadura que representa Lenin y Trotsky, se garantiza el derecho a votar a todos aquellos que viven de su trabajo y se les niega a todos los demás. Ahora bien, es obvio que este derecho a votar tiene significado solamente en una sociedad que está en condiciones de garantizar a todos los que quieren trabajar, en función de la tarea que realizan, una vida civilizada adecuada. ¿Es ese el caso de Rusia en la actualidad?

Rusia se ve enfrentada con tremendas dificultades, separada como está del mercado mundial y de sus fuentes de materias primas más importan-

tes. La economía y las relaciones productivas han sufrido una sacudida terrible como resultado de la transformación de las relaciones de propiedad en la tierra, la industria y el comercio. En tales circunstancias, es evidente que incontables personas han de verse súbitamente desarraigadas, a la deriva, sin ninguna posibilidad objetiva de encontrar en el mecanismo económico empleo para su fuerza de trabajo. Esto no sucede solamente en la clase capitalista y en la terrateniente sino también en amplios sectores de la clase media e incluso en la misma clase obrera. Es un hecho conocido que la contracción industrial produjo un regreso del proletariado urbano al campo en escala masiva, en procura de ubicación en la economía rural. En tales circunstancias, otorgar el derecho político al sufragio en función de la obligación de trabajar constituye una medida bastante incomprensible. De acuerdo a la tendencia general, se supone que solamente los explotadores se verán privados de los derechos políticos. Y, por otro lado, a la vez que la fuerza de trabajo se desarraiga a escala masiva, el gobierno soviético se ve obligado a menudo a poner la industria nacional en manos de sus anteriores propietarios, en «consignación», por así decirlo. Del mismo modo, el gobierno soviético se vio forzado a concluir un compromiso también con las cooperativas de consumo burguesas. Más aun, se demostró inevitable la utilización de los especialistas burgueses. Otra consecuencia de esta situación es que el Estado mantiene con los recursos públicos a sectores cada vez más amplios del proletariado, como los guardias rojos, etcétera. De hecho, amplias y crecientes capas de la pequeño-burguesía y del proletariado, a las que el mecanismo económico no les proporciona los medios para ejercer la obligación de trabajar, se ven privadas de sus derechos políticos. No tiene sentido considerar el derecho al sufragio como un utópico producto de la fantasía desligado de la realidad social. Y por esta razón no es un instrumento serio de la dictadura proletaria. Es un anacronismo, una anticipación de la situación jurídica adecuada a una economía socialista ya realizada, no al período de transición de la dictadura proletaria.

Como toda la clase media, la burguesía y la intelligentsia pequeño-burguesa boicotearon durante meses al gobierno soviético después de la Revolución de Octubre haciendo sabotaje en los ferrocarriles, en las líneas postales y telegráficas, en los aparatos educacional y administrativo, oponiéndose de esta manera al gobierno obrero, naturalmente se ejercieron sobre estos sectores todas las medidas de presión posibles. Estas incluían la privación de los derechos políticos, de los medios económi-

cos de existencia, etcétera, a fin de quebrar su resistencia con puño de hierro. Fue precisamente de esta manera que se expresó la dictadura socialista, que no puede abstenerse de usar la fuerza para garantizar o evitar determinadas medidas que afectan los intereses del conjunto. Pero cuando llega a una ley electoral que resulta en la privación del derecho del voto para amplios sectores de la sociedad, a los que políticamente se coloca fuera de los marcos sociales y al mismo tiempo no se está en condiciones de ubicar aunque sea económicamente dentro de esos marcos, cuando la privación de los derechos no es una medida concreta para lograr un objetivo concreto sino una ley general de largo alcance, entonces no se trata de una necesidad de la dictadura sino de una creación artificial a la que no se le puede insuflar vida.

Esto se aplica tanto a los soviets como fundamento, como a la Asamblea Constituyente y a la ley del sufragio universal. Pero el tema no se agota con la Asamblea Constituyente y la ley del sufragio. No hemos considerado hasta ahora la destrucción de las garantías democráticas más importantes para una vida pública sana y para la actividad política de las masas trabajadoras: libertad de prensa, derechos de asociación y reunión, que les son negados a los adversarios del régimen soviético. En lo que hace a estos ataques (a los derechos democráticos) los argumentos de Trotsky ya citados sobre el carácter farragoso de los organismos democráticos electos distan mucho de ser satisfactorios. Por otra parte, es un hecho conocido e indiscutible que es imposible pensar en un gobierno de las amplias masas sin una prensa libre y sin trabas, sin el derecho ilimitado de asociación y reunión.

Lenin dice que el Estado burgués es un instrumento de opresión a la clase trabajadora, el Estado socialista de opresión a la burguesía. En cierta medida, dice, es solamente el Estado capitalista puesto cabeza abajo. Esta concepción simplista deja de lado el punto esencial: el gobierno de la clase burguesa no necesita del entrenamiento y la educación política de toda la masa del pueblo, por lo menos no más allá de determinados límites estrechos. Pero para la dictadura proletaria ese es el elemento vital, el aire sin el cual no puede existir.

«Gracias a la lucha abierta y directa por el poder —escribe Trotsky— las masas trabajadoras acumulan en un tiempo brevísimo una gran experiencia política, y en su desarrollo político trepan rápidamente un peldaño tras otro.» Aquí Trotsky se refuta a sí mismo y a sus amigos. ¡Justamente porque es así, bloquearon la fuente de la experiencia política y de este desarro-

llo ascendente al suprimir la vida pública! O de otro modo tendremos que convencernos de que la experiencia y el desarrollo eran necesarios hasta la toma del poder por los bolcheviques, y después, alcanzada la cima, se volvieron superfluos. (El discurso de Lenin: ¡¡¡Rusia ya está ganada para el socialismo!!!) ¡En realidad, lo que es cierto es lo opuesto! Las tareas gigantescas que los bolcheviques asumieron con coraje y determinación exigen el más intenso entrenamiento político y acumulación de experiencias de las masas.

La libertad solo para los que apoyan al gobierno, o solo para los miembros de un partido, por numerosos que sean, no es libertad. La libertad siempre es libertad para los que piensan de manera diferente. No a causa de ningún concepto fanático de la «justicia», sino porque todo lo que es instructivo, totalizador y purificante en la libertad política depende de esta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la «libertad» se convierte en un privilegio especial. Los mismos bolcheviques no se atreverán a negar, con la mano en el corazón, que ellos tienen que tantear paso a paso el terreno, probar, experimentar, tentar ora un camino, ora otro, y que muchas de sus medidas no son precisamente inapreciables perlas de sabiduría. Así deberá ocurrir y así ocurrirá con todos nosotros cuando lleguemos hasta el punto al que han llegado ellos, aunque en todos lados no se presenten las mismas circunstancias difíciles.

Bajo la teoría de la dictadura de Lenin-Trotsky subyace el presupuesto tácito de que en la transformación socialista hay una fórmula prefabricada, guardada ya completa en el bolsillo del partido revolucionario, que solo requiere ser enérgicamente aplicada en la práctica. Por desgracia —o tal vez por suerte— esta no es la situación. Lejos de ser una suma de recetas prefabricadas que solo exigen ser aplicadas, la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico yace totalmente oculta en las nieblas del futuro.

En nuestro programa no tenemos más que unos cuantos mojones que señalan la dirección general en la que tenemos que buscar las medidas necesarias, y las señales son principalmente de carácter negativo. Así sabemos más o menos qué eliminar en el momento de la partida, para dejar libre el camino a una economía socialista. Pero cuando se trata del carácter de las miles de medidas concretas, prácticas, grandes y pequeñas, necesarias para introducir los principios socialistas en la economía, las leyes y todas las relaciones sociales, no hay programa ni manual de ningún partido socialista que brinde la clave. Esto no es una carencia, sino precisa-

mente lo que hace al socialismo científico superior a todas sus variedades utópicas.

El sistema social socialista solo deberá ser, y solo puede ser, un producto histórico, surgido de sus propias experiencias, en el curso de su concreción, como resultado del desarrollo de la historia viva, la que (al igual que la naturaleza orgánica, de la que, en última instancia, forma parte) tiene el saludable hábito de producir siempre junto con la necesidad social real los medios de satisfacerla: junto con el objetivo, simultáneamente, la solución. Sin embargo, si tal es el caso, es evidente que no se puede decretar el socialismo, por su misma naturaleza, ni introducirlo por un ucuse. Exige como requisito una cantidad de medidas de fuerza (contra la propiedad, etcétera). Lo negativo, la destrucción, puede decretarse; lo constructivo, lo positivo no. Territorio nuevo. Miles de problemas. Solo la experiencia puede corregir y abrir nuevos caminos. Solo la vida sin obstáculos, efervescente, lleva a miles de formas nuevas e improvisaciones, saca a la luz la fuerza creadora, corrige por su cuenta todos los intentos equivocados. La vida pública de los países con libertad limitada está tan golpeada por la pobreza, es tan miserable, tan rígida, tan estéril, precisamente porque al excluirse la democracia, se cierran las fuentes vivas de toda riqueza y progreso espirituales. (Una prueba: el año 1905 y los meses de febrero a octubre de 1917.) Allí era de carácter político; lo mismo se aplica a la vida económica y social. Toda la masa del pueblo debe participar. De otra manera, el socialismo será decretado desde unos cuantos escritorios oficiales por una docena de intelectuales.

El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias no sale del círculo cerrado de los burócratas del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (palabras de Lenin, Boletín N° 29). La vida socialista exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio por la clase burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etcétera. Nadie lo sabe mejor, lo describe de manera más penetrante, lo repite más firmemente que Lenin. Pero está completamente equivocado en los medios que utiliza: los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio a través del el terror. Todas estas cosas son solo paliativos. El único camino al renacimiento pasa por la escuela de la misma vida pública, por la democracia y la opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que desmoraliza.

Cuando se elimina todo esto, ¿qué queda realmente? En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky implantaron los soviets como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en el conjunto del país, la vida de los soviets también se deterioraría cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y reunión, sin una libre lucha de opiniones, la vida muere en toda institución pública, se torna en una mera apariencia de vida, en la que solo queda la burocracia como elemento activo. Gradualmente se adormece la vida pública, dirigen y gobiernan unas pocas docenas de dirigentes partidarios de energía inagotable y experiencia ilimitada. Entre ellos, en realidad dirigen solo una docena de cabezas pensantes y, de vez en cuando, se invita a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes y aprobar por unanimidad las mociones propuestas. En el fondo son entonces, una camarilla, una dictadura por cierto, no la dictadura del proletariado sino la de un grupo de políticos, es decir, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del gobierno de los jacobinos (¡la postergación del Congreso de los Soviets de períodos de tres meses a períodos de seis meses!). Sí, podemos ir aún más lejos, esas condiciones deben causar inevitablemente una brutalización de la vida pública: intentos de asesinato, caza de rehenes, etcétera. Este es una ley determinante, objetiva, de la que ningún partido puede sustraerse.

Un problema muy importante en toda revolución es el de la lucha con el lumpen proletariado. También en Alemania, como en cualquier otro lado, tendremos que enfrentarnos con este problema. El elemento lumpen proletario está profundamente incrustado en la sociedad burguesa. No es solamente un sector especial, una especie de escoria social que crece enormemente cuando se derrumban los cimientos del orden social, sino una parte integrante de este. Los acontecimientos de Alemania —y en mayor o menor medida los de otros países— demostraron con qué facilidad todos los sectores de la sociedad burguesa caen en esa degeneración. Los matices entre las excesivas ganancias comerciales, los negocios ficticios, la adulteración de alimentos, el fraude, el desfalco oficial, el robo, el hurto, el asalto a mano armada, se confunden de tal modo, que la línea divisoria entre la ciudadanía honorable y la penitenciaria ha desaparecido. Se repite el mismo fenómeno que en la degeneración regular y rápida de los dignatarios burgueses cuando son trasplantados a tierra extraña en las colonias de ultramar. Con el derrumbe de las barreras convencionales y los punta-

les de la moralidad y la ley, la sociedad burguesa cae víctima de una degeneración directa e ilimitada [Verlumpung], pues la ley que rige su vida interna constituye la más profunda de las inmoralidades, es decir la explotación del hombre por el hombre. La revolución proletaria tendrá que luchar en todos lados contra este enemigo e instrumento de la contrarrevolución.

Y sin embargo, también en relación a esto, el terror es una espada de doble filo, sórdida, negativa. Las medidas más duras de la ley marcial son impotentes frente al estallido de la enfermedad lumpen proletaria. Por cierto, todo régimen persistente de ley marcial lleva inevitablemente a la arbitrariedad, y toda forma de arbitrariedad tiende a depravar la sociedad. Al respecto, las únicas medidas efectivas en manos de la revolución proletaria son: medidas radicales de carácter político y social, la transformación lo más rápida posible de las garantías sociales de la vida de las masas, despertar el idealismo revolucionario, que puede mantenerse durante un largo lapso si las masas llevan una vida intensamente activa en las condiciones de una ilimitada libertad política. Así como la libre acción de los rayos del sol constituye el remedio más efectivo, purificador y curativo contra las infecciones y los gérmenes de la enfermedad, el único sol curativo y purificador es la revolución misma y su principio renovador: la vida espiritual, la actividad y la iniciativa de las masas que surgen con aquella y se conforman en la más amplia libertad política.

En nuestro caso, como en cualquier otro, será inevitable la anarquía. El elemento lumpen proletario está profundamente enquistado en la sociedad burguesa y es inseparable de ella. Pruebas: 1 –Prusia Oriental, los saqueos «cosacos». 2 –La irrupción generalizada del saqueo y el robo en Alemania (especulación, personal de correo y ferroviario, policía, disolución total de límites entre la sociedad bien ordenada y la penitenciaria). 3 –La rápida degeneración [Verlumpung] de los dirigentes sindicales. Contra esto son impotentes las medidas draconianas de terror. Contrariamente a lo que se supone, éstas producen una corrupción aún mayor. La única antitoxina: el idealismo y la actividad social de las masas, la libertad política ilimitada. Es una ley objetiva todopoderosa a la que no puede escapar ningún partido.

El error básico de la teoría Lenin-Trotsky es que ellos también, igual que Kautsky, oponen la dictadura a la democracia. «Dictadura o democracia», es como plantean la cuestión tanto los bolcheviques como Kautsky. Este se decide naturalmente en favor de «la democracia», es decir de la democracia burguesa, precisamente porque la contrapone a la alternativa de la revolución socialista, a la que coloca, por lo tanto, a fa-

vor de la dictadura. Lenin y Trotsky, por otro lado, se deciden a favor de la dictadura de un puñado de personas, es decir de la dictadura según el modelo burgués. Son dos polos opuestos, ambos igualmente distantes de una genuina política socialista. El proletariado, cuando toma el poder, no puede nunca seguir el buen consejo que le da Kautsky, con el pretexto de «la inmadurez del país», de renunciar a la revolución socialista y dedicarse a la democracia. No puede seguir este consejo sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional y a la revolución. Debería y debe encarar inmediatamente medidas socialistas, de la manera más enérgica, inflexible y firme, en otras palabras: ejercer una dictadura, pero una dictadura de la clase, no de un partido o una camarilla. Dictadura de la clase significa, en el sentido más amplio del término, la participación más activa e ilimitada posible de la masa popular, la democracia sin límites. «Como marxistas —escribe Trotsky— nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal». Es cierto que nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal. Tampoco fuimos nunca adoradores fetichistas del socialismo ni del marxismo.

¿Se desprende de esto que también debemos tirar el socialismo por la borda, a la manera de Cunow¹⁸, Lensch y Parvus, si nos resulta incómodo? Trotsky y Lenin son la refutación viviente de esta respuesta. «Nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal». Lo que realmente quiere decir es: siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la democracia burguesa, siempre hemos denunciado el duro contenido de desigualdad social y la falta de libertad que se esconde bajo la dulce cobertura de la igualdad y la libertad formales. Y no lo hicimos para repudiar a éstas, sino para impulsar a la clase obrera a no contentarse con la cobertura y a conquistar el poder político, para crear una democracia socialista en reemplazo de la democracia burguesa, no para eliminar la democracia. Pero la democracia socialista no es algo que recién comienza en la tierra prometida después de creados los fundamentos de la economía

18 Heinrich Cunow (1862-1936): socialdemócrata y catedrático alemán, teórico del grupo de Scheideman. Antes de la guerra se consideraba marxista ortodoxo y luchó contra el revisionismo. Luego socialpatriota. Paul Lensch (1873-1926): socialdemócrata alemán. Antes de la guerra pertenecía al ala izquierda, y su periódico publicaba trabajos de Rosa Luxemburgo, Mehring, etcétera. Cuando ésta estalló se volvió chovinista. Su evolución hacia la derecha prosiguió hasta ser publicista de Hugo Stinnes, empresario y magnate de la prensa alemana. Fue expulsado del PSD en 1922. Parvus (Alexander Helphand) (1869-1924): destacado teórico marxista antes de la guerra, llegó a conclusiones similares a la teoría de la revolución permanente de Trotsky. Éste rompió con él en 1914, cuando Parvus encabezó el ala guerrillista de la socialdemocracia alemana. En 1917 intentó en vano reconciliar al PSD alemán con los bolcheviques y luego a los socialistas independientes con la dirección Ebert-Noske.

socialista, no llega como una suerte de regalo de Navidad para los ricos, quienes, mientras tanto, apoyaron lealmente a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza simultáneamente con la destrucción del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza en el momento mismo de la toma del poder por el partido socialista. Es lo mismo que la dictadura del proletariado.

¡Sí, dictadura! Pero esta dictadura consiste en la manera en cómo aplicar la democracia, no en su eliminación, en el ataque enérgico y resuelto a los derechos bien atrincherados y las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin lo cual no puede llevarse a cabo una transformación socialista. Pero esta dictadura debe ser el trabajo de la clase y no de una pequeña minoría dirigente que actúa en nombre de la clase. Es decir, debe avanzar paso a paso partiendo de la participación activa de las masas, debe estar bajo su influencia directa, sujeta al control de la actividad pública, debe surgir de la educación política creciente de la masa popular.

Indudablemente los bolcheviques hubieran actuado de esta manera de no haber sufrido la terrible presión de la guerra mundial, la ocupación alemana y todas las dificultades anormales que trajeron consigo, lo que inevitablemente tenía que distorsionar cualquier política socialista, por más que estuviera imbuida de las mejores intenciones y los principios más firmes. Lo prueba el uso tan extendido del terror que hace el gobierno soviético, especialmente en el período más reciente, antes del colapso del imperialismo alemán y después del atentado contra la vida del embajador alemán. El lugar común de: en las revoluciones no todo es color de rosa, resulta bastante inadecuado.

Todo lo que sucede en Rusia es comprensible y refleja una sucesión inevitable de causas y efectos, que comienza y termina en la derrota del proletariado en Alemania y la invasión de Rusia por el imperialismo alemán. Sería exigirles algo sobrehumano a Lenin y sus camaradas pretender que en tales circunstancias apliquen la democracia más depurada, la dictadura del proletariado más ejemplar y una floreciente economía socialista. Por su definida posición revolucionaria, su fuerza ejemplar en la acción, su inquebrantable lealtad al socialismo internacional, hicieron todo lo posible en condiciones tan endiabladamente difíciles.

El peligro comienza cuando hacen de la necesidad una virtud, y quieren congelar en un sistema teórico acabado todas las tácticas que se han visto obligados a adoptar en estas fatales circunstancias, recomendándolas al proletariado internacional como un «modelo de táctica socialista». Cuando

actúan de esta manera, ocultando su genuino e incuestionable rol histórico bajo la hojarasca de los pasos en falso que la necesidad los obligó a dar, prestan un pobre servicio al socialismo internacional por el cual lucharon y sufrieron. Quieren apuntarse como «nuevos descubrimientos» todas las distorsiones que establecieron en Rusia, la necesidad y la compulsión, que en última instancia son solo un producto secundario de la bancarrota del socialismo internacional en la actual guerra mundial.

Que los socialistas gubernamentales alemanes clamen que el gobierno bolchevique de Rusia es una expresión distorsionada de la dictadura del proletariado. Si lo fue o lo es todavía, se debe solamente a la forma de actuar del proletariado alemán, a su vez, una expresión distorsionada de la lucha de clases socialista. Todos estamos sujetos a las leyes de la historia, y el ordenamiento socialista de la sociedad solo podrá instaurarse internacionalmente. Los bolcheviques demostraron ser capaces de dar todo lo que se puede pedir a un partido revolucionario genuino dentro de los límites de las posibilidades históricas. No se espera que hagan milagros. Pues una revolución proletaria modelo, en un país aislado, agotado por la guerra mundial, estrangulado por el imperialismo, traicionado por el proletariado mundial, sería un milagro. Pero hay que distinguir en la política de los bolcheviques lo esencial de lo no esencial, el meollo de las excrecencias accidentales. En el momento actual, cuando nos esperan luchas decisivas en todo el mundo, la cuestión del socialismo fue y sigue siendo el problema más candente de la época. No se trata de tal o cual cuestión táctica secundaria, sino de la capacidad de acción del proletariado, de su fuerza para actuar, de la voluntad de tomar el poder, del socialismo como tal. En esto, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los primeros, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial. Y son todavía los únicos, hasta ahora, que pueden clamar con Hutten: «¡Yo lo sé!»

Esto es lo esencial y duradero en la política bolchevique. En este sentido, suyo es el inmortal galardón histórico de haber encabezado al proletariado internacional en la conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al «bolchevismo».

Revisión del texto «La revolución rusa»: *Isabel Rauber*.

Segunda Revisión del texto «La revolución rusa»: *Softa Jarrín*.

El hombre se volvió criba, la mujer
tuvo que nadar, el cerda,
para sí mismo, para nadie, para cualquiera.
El Landwehrkanal no murmurará. Nada se
detiene.

Paul Celan

Una vida corta

Una vida corta, rica en persecuciones, constantemente espiada, una y otra vez en la ilegalidad, apresada, liberada, encarcelada, aislada, vivida en los márgenes de la sociedad: para conseguir la ciudadanía en Alemania actuó un matrimonio de apariencias y finalmente, con conocimiento exacto de lo que venía, marcada por el martirio: la que quería «morir en su puesto», en la lucha abierta, cae sin que la pueda acompañar alguien de sus propias filas, víctima de uniformados asesinos a traición.

«Ahí viene Rosita, la vieja puta», gritaban los soldados, cuando la presidiaria entraba al Hotel Edén, para ser maltratada y arrastrada por todos lados. Uno de los involucrados después ofreció un zapato, en la cocina del Hotel Edén, que ella había perdido al ser jaloneada para todos lados, en una danza de la muerte que no puede reinventarse más horrorosa.

Una vida corta, repito, rica en persecuciones, y corta a causa de una ejecución por quienes se mostraron, la noche de ese 15 de enero, como Rosa Luxemburg ya los había descrito: inhumanos y despiadados.

Una vida corta, pero, como las cartas lo muestran, era también una vida marcada por el entusiasmo y la inspiración, de grandes triunfos, de batallas ganadas en la falange de la izquierda socialdemocrática, de aventuras historias de amor, que oscilaban entre el éxtasis, las desavenencias, otra vez nuevos ímpetus, amargos abandonos, reiterados enlaces, liaisons con hombres jóvenes y, más importantes finalmente, amistades con mujeres mayores que ella, que iban de un lado al otro. Aventuras y proyectos arriesgados en las fronteras de la política y lo privado-personal, del gran amor y de la objetividad en pequeños informes.

Walter Jens

tomado de: «Rosa Luxemburg –
Weder Poetin noch *Petroleuse*»

[Rosa Luxemburg, ni poeta ni *petroleuse**]

* Apellido dado a los miembros de la Comuna de París de 1871, que incendiaban edificios con petróleo.

Herederos latinoamericanos de Rosa Luxemburg: Entrevista a Isabel Loureiro

Isabel Loureiro, profesora del programa de posgrado de la Universidad Estadual de Campinas (Unicamp), en São Paulo, Brasil, es una de las mejores conocedoras de la obra de Rosa Luxemburg y de su recepción en América Latina.¹ Esta entrevista con ella fue realizada por el historiador Danilo César y el cineasta Nicolau Bruno, de la Universidad de São Paulo. Ambos militan en movimientos sociales del Brasil. Isabel Loureiro nos da luces sobre la relación de Rosa Luxemburg con el movimiento de mujeres, sobre su asesinato, la recepción de su obra en las izquierdas latinoamericanas y la actualidad de su análisis sobre el capitalismo.²

Nicolau Bruno: *Hay un extracto de la biografía de Elzbieta Ettinger que es una especie de sociología sobre la conducta revolucionaria. Cito: «Para Rosa [...] la vida no consistía en la Causa de los Trabajadores [nombre del periódico SDKP fundado, entre otros, por Rosa y Leo Jogiches], no consistía en los trabajadores o la causa, sino que consistía en vivir. Que ella y él estaban trabajando para la revolución, no se discutía, pero que la vida se limitase a <tal cuestión, o tal panfleto, o este o aquel artículo> era equivalente a matar el alma. Destruir los lazos espirituales entre las personas, para mayor gloria de una idea que buscaba crear esos lazos, era para ella una aberración brutal. [...] El pensamiento que torturó a Luxemburg toda su vida –¿a quién sirve, realmente, la revolución?– domina el contenido de esta carta caótica [24 de marzo, 1894]. Ella trató de luchar contra la realidad de Jogiches, contra una vida sacrificada por la humanidad, pero fracasó. ¿Si las personas que hacen la revolución están condenadas, no estará la revolución condenada? Si los revolucionarios no son humanos, si no entienden el arte de vivir, ¿cómo pueden crear una vida mejor para los demás?» ¿Qué piensa usted al respecto?*

Estoy de acuerdo. Hay una carta de Rosa a Sonia Liebknecht en la que ella hace una crítica de Clara Zetkin (una feminista con identificación de

- 1 Isabel Loureiro es autora de varios textos sobre Rosa Luxemburg y sobre la revolución alemana, incluyendo: *Rosa Luxemburg: Vida e Obra*; *A Revolução Alemã (1918-1923)*; *Herbert Marcuse: A Grande Recusa*; «La relación entre teoría y práctica en Rosa Luxemburg»; «A recepção de Rosa Luxemburg na Alemanha»; entre otros.
- 2 Este es un extracto de la entrevista a Isabel Loureiro publicada en *Socialismo ou Barbárie: Rosa Luxemburg no Brasil* (2009), un libro de entrevistas compiladas por la misma Loureiro y publicado por la Fundación Rosa Luxemburg, Oficina para Brasil y el Cono Sur. Agradecemos a la Oficina por su colaboración en la publicación de este texto.

la socialdemocracia alemana), a un personaje literario femenino que no era útil para nada. Rosa teje algunos comentarios bien interesantes, diciendo que no todas las mujeres pueden volverse agitadoras, dactilógrafas, telefonistas. Y concluye: «Y como si las mujeres hermosas –la belleza no es apenas un rostro bonito, mas también la delicadeza y gracia interiores– como si las mujeres hermosas no fuesen ya un regalo del cielo para alegrar nuestros ojos. Si Clara como arcángel en la puerta del Estado del futuro, con su espada flameante expulsa a las Irene, yo le suplicaría con las dos manos juntas: déjanos a las doce Irene, aunque ellas sean como los colibríes o las orquídeas que tan solo son buenos para adornar la tierra. Estoy a favor del lujo en todas sus formas». Este tipo de intervención no era común al interior del movimiento comunista y al interior de la izquierda en general, que tienen una tendencia de ascetismo, a sufrir de sentimiento de culpa.

Ella deseaba una vida culturalmente rica, y eso en la época significaba una cultura humanista clásica; ella conocía bien la literatura francesa y rusa (tradujo en prisión un romance de Vladimir Korolenko para el que escribió una introducción que es una excursión por el romance ruso del siglo XIX), la poesía alemana, frecuentaba la ópera, los conciertos, sus amigos tocaban para ella, cantaba, pintaba bien, se interesó por la botánica, llegando inclusive a hacer un herbario. En resumen, era una mujer talentosa, de formación burguesa clásica, heredada de su madre. El socialismo para ella englobaría esa cultura burguesa, y más allá. En ese sentido, pienso que Rosa está registrada dentro del cuadro que llamamos «marxismo occidental», es decir, un marxismo que no es el marxismo-leninismo; ella sería, desde un cierto punto de vista, la primera marxista occidental del siglo XX, por el peso que le dio a la conciencia, a la subjetividad, que tal vez venía de esa fuerte conexión con la vida, teniendo en cuenta el pasaje que usted leyó. Pienso que eso hace que ella respete profundamente los aspectos humanos de la revolución, la cultura, en fin, esas cosas que el marxismo soviético acabó dejando de lado. Mas no se puede olvidar que, al mismo tiempo, existe una parcialidad determinista que no se puede negar de ninguna manera. Es decir, en su pensamiento se ve combinada de manera complicada una visión determinista y otra espontánea, que se basa en la idea de la acción libre de las masas. Cómo es que esas dos cosas se relacionan, fue el problema que me mantuvo ocupada todo mi doctorado.

N.B.: ¿Cómo se relaciona Rosa con el movimiento de mujeres y cuál era el papel de esa actividad en su vida?

Su relación con el feminismo es problemática. Como usted sabe, Rosa no

era una feminista en *stricto sensu*. Los líderes de la socialdemocracia alemana, Bebel, por ejemplo, querían que ella colaborase con Clara Zetkin, que se ocupase de la «cuestión femenina». Pero Rosa no era una *suffragette*, eso no era suficiente para ella.

Cuando Rosa llega a Berlín en 1898, puedo imaginar el tipo: 28 años, toca a la puerta del Partido Socialdemócrata, con su tesis de doctorado bajo el brazo: «Llegué para trabajar en la socialdemocracia alemana.» Cuando ella mostró que conocía bien la situación polaca, los viejos se quedaron felices de la vida, porque ellos ignoraban todo lo que pasaba en el Este. Mas lo que ella quería no era ocuparse de la cuestión femenina, el derecho al voto de las mujeres, sino luchar por la igualdad de condiciones con los teóricos del partido. Ella quería ser igual a los hombres. Es por eso que las feministas alemanas de la década de 1970 la consideraban machista. Es posible ver las cosas de esa manera, aunque más interesante es que podamos aprovechar, en lo que se refiere a la cuestión femenina, no lo que ella escribió al respecto –cerca de 13 páginas, en una obra de cuatro mil páginas– sino su modo de ser, como mujer independiente, como alguien que ocupa un espacio público, justamente el espacio del cual las mujeres son excluidas en principio. Ella hizo eso con muchas agallas y mucha fuerza. Ella es una mujer extremadamente independiente. Pienso que es ese espíritu independiente, ese espíritu libre, esa lucha por ser libre, lo que es un ejemplo para las mujeres de todas las generaciones. Y para los hombres también, por supuesto.

N.B.: ¿Y la Rosa escritora de cartas?

Eso es interesante por lo siguiente: cuando ella fue asesinada hubo una gran conmoción, inclusive de sus enemigos que vieron que la cosa había sobrepasado los límites. En los medios de comunicación de la época ella era vista como una *pétroleuse*, una de aquellas mujeres que jugaban con bombas, una terrorista. Su amiga Luise Kautsky, poco tiempo después del asesinato, publicó las cartas de Rosa a los Kautsky. En ese momento apareció otra Rosa, lírica, gran escritora de cartas, amiga de los amigos, que admiraba la naturaleza, las nubes, los pájaros, las flores, como si fuese el opuesto de aquella primera Rosa, terrorista, revolucionaria. En realidad, Rosa era las dos cosas. Terrorista no era, ella siempre se pronunció explícitamente contra el terror; mas revolucionaria y una escritora lírica de cartas ciertamente lo era. Las dos cosas van juntas. No es de extrañar que Karl Kraus, el «guardián» de la lengua alemana, cuando lee la conmovedora carta de Rosa sobre los búfalos –el búfalo que fue vendido y que sangra– escribe un artículo impresionante que dice que: «Toda la literatura viva de Alemania no produce lágrimas como la de esa

revolucionaria judía, ni nos deja con la respiración contenida, como después de leer la descripción de la piel del búfalo: «ésta fue dilacerada.» Él considera que esa carta debía figurar, al lado de Goethe, en las enseñanzas de los estudiantes alemanes.

N.B.: ¿Por qué Rosa fue asesinada?

Rosa fue asesinada el 15 de enero de 1919, durante aquello que conocemos como la «insurrección de enero». Fue un levantamiento popular de una parte de la población de Berlín de extrema izquierda, con el cual Rosa privadamente no estaba de acuerdo. Ella no estaba de acuerdo en privado, pero públicamente defendió el levantamiento porque era necesario mostrar su apoyo a los revolucionarios. Básicamente fue asesinada por causa de las ideas que defendía; ella quería una revolución socialista para Alemania, pero se sentía dividida en relación a eso.

Lo trágico de toda esta historia es que si ella no hubiese sido absolutamente consecuente con lo que pensaba, con lo que acreditaba de hecho y defendía privadamente ante sus amigos, ese desenlace trágico no hubiese ocurrido. Para Rosa, una revolución socialista solo puede ser victoriosa si la mayoría está convencida de que tal o cual proyecto es el proyecto correcto. Ella nunca defendió la revolución como un golpe de Estado, como un golpe de una minoría, ella siempre fue crítica de ese tipo de concepto que llamaba concepto blanquista de la revolución.

Ella fue consecuente hasta el final desde el punto de vista teórico, mas del punto de vista práctico, quedó en una situación mucho más difícil de sustentar. Finalmente, ¿qué estaba aconteciendo? Las masas estaban en las calles, el país estaba bajo una gran confusión por causa del fin de la guerra, habían surgido de forma espontánea consejos obreros y soldados por toda Alemania. Rosa apostaba a que en aquel momento, como en todas las revoluciones, la historia se aceleraría y sería posible formar una mayoría revolucionaria en aquel momento de lucha.

¿Cuál es la idea básica del pensamiento político de Rosa? Es que las masas tomen conciencia en la acción, en la lucha. La lucha, la acción es formadora. Luego, en el momento en que las masas están en las calles, en la acción, ¿cómo es que una revolucionaria que defendió eso durante toda su vida podría decir: «vamos a esperar un tiempo más, quién sabe más tarde, después»? Sería una contradicción para ella. Eso por un lado.

Por otro lado ella era una mujer extremadamente valiente que pensaba que los dirigentes de la clase obrera debían quedarse junto a la clase obrera en lucha, independientemente de lo que aconteciese. Ella sabía que podía morir en aquel momento, le habían advertido, vivía escondiéndose, cada noche dormía en un lugar diferente. Mas según su con-

cepción de vida, no tenía sentido salir de Berlín, esconderse en algún lugar para después regresar. En el fondo ella tenía una concepción trágica de la política –donde están las masas, el liderazgo está al lado, si las masas perecen, el liderazgo perece junto a ellas. Es claro que los resultados fueron bastante problemáticos desde el punto de vista práctico.

Algo que no podemos olvidar es que ella fue asesinada con el consentimiento de la socialdemocracia en el poder. El antiguo partido de Rosa, el Partido Socialdemócrata Alemán [SPD], con el fin de la monarquía y la instauración de la República en Alemania, llega al poder. Era un partido moderado, de centro-derecha, que no implementó las medidas socialistas que siempre había defendido, que hizo alianzas con las viejas fuerzas del orden, con las antiguas élites, en fin, un partido que, se puede decir resumidamente, renegó todas sus antiguas ideas socialistas en el momento en que subió al poder.

Rosa siempre había sido y continuaba siendo una teórica del socialismo, en consecuencia, defendiendo el ideal socialista. Con eso creó numerosos enemigos al interior del Partido Socialdemócrata Alemán. Tanto que las órdenes que llevaron a su asesinato y al de su compañero de partido, Karl Liebknecht, fueron dadas por el Ministro de Defensa, Gustav Noske, el gran responsable de la represión del levantamiento de enero. Eso provocó en el siglo XX una ruptura al interior de la izquierda alemana que nunca más fue superada. De un lado, los socialdemócratas, y del otro lado, los comunistas. Fue una herida que nunca cerró.

N.B.: Había en ese momento otros liderazgos más radicales que Rosa, ¿por qué escogen matar justamente a ella y tan brutalmente?

Probablemente porque los otros no se expusieron tanto. Aunque algunos meses más tarde, en marzo de 1919, el propio Leo Jogiches también fue asesinado. Él se quedó desesperado con la muerte de Rosa y luchó mucho para que los asesinos fuesen condenados, lo que no aconteció. A su vez también fue preso, bárbaramente torturado y asesinado en prisión. Fue tan bárbaramente torturado que cuando la secretaria y amiga de Rosa, Mathilde Jacob, fue a la morgue a reconocer el cuerpo, el guardia de la puerta le dice: «No entre, la señora nunca más va a olvidar esa escena».

Si Rosa no hubiese muerto, el destino del Partido Comunista Alemán [KPD] tal vez hubiese sido diferente, porque el grupo luxemburguista era muy fuerte al origen del KPD, y Rosa tenía allí gran autoridad moral e intelectual. Tal vez el KPD hubiese seguido otro rumbo y no el de total sumisión a los soviéticos. O tal vez ella hubiese sido expulsada como aconteció con Paul Levi, seguidor de las ideas de Rosa y crítico de la imitación del «modelo» soviético por los alemanes. O hubiese sido ase-

sinada por los estalinistas, si no hubiese sido asesinada antes por los nazis —como ocurrió con Mathilde Jacob y con Luise Kautsky, ambas muertas en campos de concentración. Toda esa generación tuvo un destino trágico. El gran amigo de Rosa, a quien ella envía desde prisión cartas lindísimas, el médico Hans Diefenbach, murió en la guerra; Paul Levi tuvo un ataque de locura y se tiró de una ventana; Mathilde Wurm, otra amiga de Rosa, se suicidó.

N.B.: Vamos a pasar ahora a los temas políticos. Quisiera que usted comente sobre un pasaje citado en su libro, de un artículo de agosto de 1917, «Temas candentes»: «Es cierto que las revoluciones no pueden ser ordenadas. Ésta tampoco es tarea de los partidos socialistas. El deber consiste apenas, valientemente, en siempre <decir lo que es>, o sea, mostrar a las masas, de manera clara, nítida, sus tareas en un dado momento histórico, proclamar el programa de acción política y las palabras derivadas de la situación. El socialismo debe, sin recelo, dejar a la propia historia la preocupación con el momento revolucionario de las masas [...] Pero también, en el peor de los casos, cuando aparece primero como voz en el desierto que las masas se niegan a seguir, produce, conforme se verifica siempre necesariamente, a fin de cuentas, una posición moral y política cuyos frutos ellos recogen con mayor recompensa, cuando marca la hora de la realización histórica.» Aquí se trata del valor de la concientización, del esclarecimiento y de cómo unir la idea de la acción revolucionaria, que para ella está siempre ligada a la acción directa, con el ideal de la emancipación.

Aquí entramos en la famosa oposición canónica entre Rosa y Lenin. A mí no me gusta hacer eso y justifico por qué. Todos los comentaristas de Rosa se detienen en esa oposición, y por eso resolví tematizar la cuestión de otro modo. Quiero dejar claro que considero a Lenin un gran revolucionario; sin embargo, su libro *¿Qué hacer?* es una droga y *Un paso al frente, dos pasos atrás* solo tiene valor histórico relacionado con las peleas al interior del partido ruso. El problema no es Lenin, el problema son los epígonos y aquellos fastidiosos que hoy continúan repitiendo las mismas cosas en un mundo completamente diferente.

Considerando esto, cuando comparamos los conceptos de Lenin y de Rosa respecto a la liberación de las masas, en aquel momento histórico preciso vemos que son diferentes. Lenin, citando a Kautsky, dice que la conciencia socialista es introducida por fuera de las masas por una vanguardia de revolucionarios, procedentes de la burguesía. Rosa polemiza con él diciendo que la socialdemocracia es el propio movimiento de la clase obrera. Las masas en movimiento y el partido socialista están iden-

tificados, no tienen una vanguardia que encamina la conciencia desde afuera. En el caso de Rosa no hay dicotomía entre vanguardia y masas, dirigentes y dirigidos; en el caso de Lenin esta separación es bien clara, y eso fue dicho con todas las letras, y ¿por qué? Porque la experiencia histórica de los dos es diferente. Rosa está viviendo en Alemania, que tiene un gran partido socialista de masas, y Lenin está viviendo en Rusia, donde existe un Estado absolutista, que no permite partidos políticos y los revolucionarios tienen que sostener un partido clandestino. Son situaciones totalmente diferentes.

Rosa siempre fue crítica de la burocratización de la socialdemocracia alemana, que conoció por dentro y criticó desde el comienzo. Al mismo tiempo, ella nunca quiso salir de la socialdemocracia. Durante la guerra, rompe políticamente con la socialdemocracia, aunque continúe dentro del partido. Ella solo saldría en 1917 cuando se expulsa al ala izquierda del SPD y funda el Partido Socialdemócrata Independiente, por discrepar del apoyo dado por los socialdemócratas mayoritarios a la política del gobierno imperial. Rosa solo rompería con los independientes al final de 1918, por absoluta necesidad y mucho en contra de su voluntad, pues para ella, vivir en un grupito político que pretendía ser dueño de la verdad no tenía el menor sentido. Para ella era importante continuar dentro del partido, conquistando espacios por medio del debate de ideas. De ahí la idea del esclarecimiento que usted mencionó. Siempre pensé que ésta era la posición correcta, aunque confieso que actualmente no lo sé más. Después de lo que aconteció con el PT³, volví a tener grandes dudas en ese aspecto. Existen militantes bien intencionados dentro del PT, pero no podemos olvidar que partidos como el Partido Socialdemócrata Alemán, y como el PT de hoy en día, son aparatos burocráticos, rígidos, dominados por una cúpula que no da espacio real a la divergencia, no comparte el poder interno. Es decir, solo en apariencia son partidos democráticos.

Danilo César: Antes de profundizar en el tema del PT, de Rosa en el escenario de la actualidad brasileña, me gustaría retomar una idea que considero central. Usted colocó a Rosa como una de las pioneras del marxismo occidental, justamente por una negatividad que –como usted bien lo demuestra en su trabajo– nace y tiene su centro en la acción, en la práctica revolucionaria. Eso es diferente, de cierta forma, del sesgo crítico y negativo de una buena parte del marxismo occidental posterior, sobre todo de la Escuela de Frankfurt, que abdica el compromiso. Yo también estoy de acuerdo con usted que la negatividad de Rosa, que

3 Partido dos Trabalhadores, partido gobernante de Brasil bajo Lula da Silva y Dilma Rouseff. N. del T.

inclusive ventila una buena parte del trabajo teórico más «determinista» –con varias aspas– surge de esa misma intervención práctica. ¿Usted piensa que eso se perdió? ¿Que no hay más posibilidad de revolución? ¿O haría falta una nueva Rosa, claro que recontextualizada?

Pienso que la posibilidad de una revolución permanece en el horizonte, aunque es algo diferente de la de aquella época. Cuando pensamos en las palabras del movimiento de anti-globalización (o alter-mundialista, como otros quieren llamarlo) –«el mundo no es mercancía», «otro mundo es posible», que eran las consignas de los primeros Foros Sociales Mundiales–, pienso que el camino es ese. Esas palabras del movimiento resumen la idea de que esta sociedad, del modo en que está, no puede continuar. Sin embargo, al contrario de la época de Rosa, la posibilidad de un cambio por la toma del poder, pura y simple, se puso al descubierto como una ilusión, mínimamente.

Marcuse, un filósofo que me gusta mucho, y que fue adepto de las ideas revolucionarias hasta el final de su vida, siempre decía que cuando hablaba de revolución no estaba pensando en la toma del Palacio de Gobierno. Muy bien. ¿Si eso hoy ya no es posible, qué se puede hacer por el cambio? En la actualidad parece que la única salida, aunque pequeña, que tenemos al frente son los movimientos sociales, o sea, esa movilización de base de los más variados tipos de asociaciones que atraviesan el mundo entero –esa gente que se reúne a veces en grandes grupos, a veces en grupos más pequeños y que se opone a la barbarie de la globalización neoliberal. Veo en ellos la única esperanza. E incluso de esa, mi Dios del cielo, es difícil muchas veces de creer que podrá surgir otro mundo. La seducción del capitalismo es tan fuerte, la seducción del mercado es tan grande [...] No hace falta una invasión norteamericana, basta con la invasión de los mercados a gran escala. Es contra eso que tenemos que luchar. En la época de Rosa, la lucha era más simple que hoy en día. Hoy las conciencias y el inconsciente de las personas fueron seducidos de tal forma por el canto de la sirena de los mercados, que es mucho más difícil una revolución. Nosotros tenemos que pensar en otra idea de revolución. Una nueva teoría, una nueva Rosa puede ayudarnos a pensar, por supuesto. Con toda esa gente junta pensando, quién sabe si podríamos cambiar las cosas. Aunque confieso que estoy súper pesimista. Eso tiene que ver con lo que aconteció con el PT, es obvio. Pienso que fue una desgracia para la izquierda brasileña a la que le tomará unos 20 años en recuperarse –y cuando digo 20 años es porque es un número medio bajo. Espero estar equivocada.

D.C.: En ese sentido, solo para llegar al punto al que yo quería llegar,

que es justamente el concepto de las masas, sus posibilidades de formación, de esclarecimiento en aquel momento tan intenso de inflexión de la historia de la humanidad, por lo menos en aquella región de Europa. ¿Ese concepto, sería muy distinto al concepto de masa visto negativamente por la Escuela de Frankfurt? ¿Hasta qué punto un compromiso al estilo de Rosa y la actualización de sus ideas pierden fuerza hoy? ¿O será que habría en nuestros movimientos sociales una posibilidad de mayor potencial crítico y negativo, la posibilidad de reactivación de una masa que hoy está dominada por la lógica del mercado?

La idea de Rosa que continúa siendo vigente para los movimientos sociales es la idea de que el cambio, la transformación del mundo, si ocurre, solo ocurrirá proveniente de las propias masas populares que en la lucha, en la acción directa, decidirán por sí mismas qué hacer. Creo que esa idea, que es el hilo rojo que atraviesa su obra, es una idea correcta y persiste hoy.

Aunque hoy la cosa es más complicada. ¿Cuáles son esas masas? Bien, el MST [Movimento dos Trabalhadores Sem Terra]. El MST tiene una cara que la gente reconoce como masas populares. Pero ahora es preciso ser honestos y decir: «El MST es una pequeña parte de la población brasileña. La mayoría de la población brasileña es urbana, ya no es rural.» ¿Cómo nos ponemos de acuerdo en el medio urbano con esas masas desposeídas, marginalizadas –ni sé si la palabra «marginalizadas» es la más correcta, pero en fin– que están por fuera de la sociedad de consumo, que solo poseen una vida al desnudo? Hay un libro de Mike Davis, *Planeta Favela*, en el que describe la vida de aquella gente que vive en los grandes conglomerados, en las grandes ciudades del mundo, sobre todo del «tercer mundo», que no tienen nada –es un asunto que rompe el corazón, nosotros no tenemos idea qué hacer con aquellas personas. ¿Cómo es que ellas se van a liberar, pueden concientizarse de algo si no tienen absolutamente nada? ¿Cuál es la respuesta para eso? Juro que no lo sé. Es una cosa angustiante. Nosotros no sabemos qué decir; llegamos a un punto en que lo máximo que podemos hacer es un diagnóstico, y es lo que Mike Davis hizo. La situación es ésta, es desesperada. A partir de ahí, ¿qué vamos a hacer? Podemos apostar a algunas pequeñas cosas, que es lo que hacemos en nuestro día a día, en nuestras acciones. Intentamos echar un grano de arena en el eje del sistema, ¿no es eso? Mas no veo otra cosa posible que pueda hacerse en este momento. Por más pesimista que esto pueda parecer, precisamos ser honestos.

D.C.: En algunos textos suyos, usted se refiere a dos momentos en la acogida de Rosa en el Brasil: en el origen del PT en el que ella estaba

presente (y después se perdió en una especie de muerte brasileña de Rosa Luxemburg), y un tercer momento que apunta a un posible renacimiento de Rosa en el Brasil con el MST. ¿Usted de hecho ve esa segunda muerte, la muerte brasileña de Rosa dentro del PT, debido a la pérdida de la idea revolucionaria, no-institucional? ¿Se puede percibir de hecho un «renacimiento» de Rosa en el MST y en otros movimientos? ¿No se podría antes pensar que la figura de Rosa –tanto en el PT como en el MST– es una especie de condecoración, lo que no significa una reapropiación efectiva de sus ideas?

En el caso del PT creo que sí. Michael Löwy dijo cierta vez que existía una corriente luxemburguista subterránea en la izquierda brasileña que desembocó en algunos intelectuales presentes durante los orígenes del PT. Es posible rastrear eso en los programas a comienzos del PT en que existe una crítica al burocratismo, por la defensa del partido de masas socialista y democrático, la conexión con los movimientos sociales, la defensa del fortalecimiento de las bases, etc. Eso se perdió, claro. El PT es un partido que se burocratizó, que dejó de ser socialista, y que no tiene más conexión con los movimientos sociales. ¿Quiénes serían entonces los herederos de Rosa en el Brasil y en América Latina? Pienso que el zapatismo, con su construcción del poder autónomo a partir de las bases, es uno de ellos. Otro heredero es el MST, que siempre mostró gran interés por el pensamiento de Rosa Luxemburg, entre otros revolucionarios, claro está.

Existen algunas razones que explican esto: la acción directa que se traduce en la ocupación de tierras; los sin tierra no están esperando que el parlamento decida hacer una reforma agraria, sino tendrían que esperar sentados más de 500 años; la democracia radical, democracia de base, que aparece claramente en el libro de aquellas periodistas inglesas, Jan Rocha y Sue Brandford, que hicieron una historia del MST [*Rompiendo el cerco*, 2004]. Allí ellas hablan de la democracia al interior del movimiento, explicando con claridad que las decisiones son todas tomadas en asamblea, desde la instancia más alta hasta la más baja, y describen cómo eso funciona. En conversaciones recientes con João Alexandre Pechanski, que hizo una maestría sobre el MST, puede observarse que las cosas no son siempre así, que solo a partir de 2006 se tomó la decisión de formar una Dirección Nacional paritaria entre hombres y mujeres. Él encuentra que a partir de ahí el movimiento pudo democratizarse de hecho. Esa fue una exigencia de las mujeres del MST, pues al parecer las cosas no estaban ya funcionando. Y por último, es evidente en la defensa del socialismo, de la revolución socialista. Los liderazgos del MST defienden eso con uñas y dientes. Es claro que los campesinos cuando van a ocupar las tierras, no están pensando en el socialismo. Sin

embargo, cómo esa idea pasa de los liderazgos a las bases es otra cuestión, de ahí se entiende el peso dado a la formación de cuadros. Tal vez se pueda decir, *cum grano salis*, que Rosa hoy continúa viva en el Brasil —en el MST y en algunos intelectuales de izquierda independientemente de los partidos políticos.

[...] Otra cosa que yo quería mencionar rápidamente es la diferencia entre cómo se recibe [a Rosa Luxemburg] en Brasil y en Alemania, tomando como parámetro el libro de Jörn Schütrumpf, *Rosa Luxemburg o el precio de la libertad*. Él cree que Rosa quedó presa del concepto tradicional de la revolución y de la toma del poder, y que en ese sentido, poco se liberó del marxismo tradicional. Cómo se la recibe en la República Democrática Alemana [RDA] tiende a enfatizar el sesgo democrático del pensamiento de Rosa, lo que es comprensible para quien vive en un régimen de partido único; pero a veces esa acogida acaba por desasociar la democracia de la revolución.

En el Brasil, Mário Pedrosa nunca separó una cosa de la otra. Schütrumpf también diría que no separa, pero hace mayor énfasis en la democracia. En América Latina la izquierda pone énfasis en la revolución porque queremos cambios estructurales profundos. «Esto aquí es tan injusto», ¿verdad? Y tenemos una democracia formal... En la RDA la vida material estaba más o menos resuelta, no había grandes desigualdades sociales, aunque tampoco había democracia política. De ahí que se ponga énfasis en el aspecto democrático del pensamiento, dejando el sesgo revolucionario en la sombra. Yo no estoy de acuerdo con esta lectura. A mi modo de ver, Rosa era una socialista democrática, pero era, encima de todo, una revolucionaria.

N.B.: ¿Y el revisionismo de [Eduard] Bernstein, ¿cómo ve usted eso?

Sobre el revisionismo de Bernstein, regresando a la cuestión histórica, Rosa Luxemburg ganó su lugar en la socialdemocracia alemana en esa polémica, fue allí donde ella demostró lo que había sido y de lo que era capaz. A mí no me gusta *¿Reforma social o revolución?* porque es un libro en el que ella hizo su tarea para la casa ortodoxa [risas]. Pero por supuesto, su pluma afilada ya se puso al descubierto allí. ¿Y qué hizo Bernstein? Él muestra que el capitalismo se modernizó de tal forma que es capaz de sobrevivir y que por lo tanto la idea del colapso del capitalismo es falsa. Rosa, al contrario, quiere mostrar que esa idea continúa en el orden del día, que lo que Europa vive en aquel momento son apenas mejoras paliativas del capitalismo; más que estructuralmente, es un sistema que jamás podrá resolver sus propias contradicciones y entonces un bello día, el colapso acontecerá. Ella nunca abandonó la idea de qué

es estructural en su pensamiento, y que es retomado en *La acumulación del capital*, pero no de la manera en que alegan sus críticos –que el colapso del capitalismo ocurrirá automáticamente. En la cabeza de Rosa el colapso ocurrirá cuando se luche con el propósito de llevar al capitalismo al colapso, cuando las masas, el proletariado, la clase trabajadora – que para ella son sinónimos– luchen para destruir el capitalismo; esto no ocurrirá automáticamente. Esa idea también es básica para ella.

Regresando a la polémica entre Rosa y Bernstein. Siempre pregunto en las aulas cuál de ellos tenía razón, y la respuesta es: ambos, cada uno a su manera. Es decir, Bernstein tenía razón en términos coyunturales pues el capitalismo fue capaz de sobrevivir a sus propias crisis, de auto-reformarse. Fue lo que vimos durante todo el siglo XX y temo que se repita durante el siglo XXI. El capitalismo tiene una maleabilidad, una flexibilidad impresionantes. Ahora parece que llegó a un límite por causa de la cuestión ambiental. Mas temo que también ahí sea lo suficientemente flexible para adaptarse y, quién sabe, enviar la parte de la humanidad que pueda pagar, a Marte... Pero Rosa también tenía razón, ya que el capitalismo es devorado por sus propias contradicciones... El siglo XX, con las guerras mundiales y todo lo que vio seguir, demostró que su análisis era igualmente correcto en términos estructurales.

N.B.: Rosa habla también de la barbarie. ¿Qué quiere decir ella con eso?

Michael Löwy tiene una interpretación del pensamiento de Rosa que es muy interesante, según el cual Rosa fue determinista hasta un determinado momento de su obra, aunque, a partir de la guerra y con las palabras «socialismo o barbarie», esa idea desaparece y es substituida por un «o». Quiere decir que una indeterminación empieza a cobrar vida: «socialismo o barbarie», Michael Löwy subraya el término «o». Puede ser tanto una cosa como la otra. Con eso, habría en Rosa una crítica implícita a una visión progresista de la historia, la idea de que la historia camina siempre en el sentido del progreso y siempre en el sentido del mejor. En esa interpretación Rosa abandonó la visión tradicional marxista, heredera de la ilustración del siglo XVIII.

Yo estoy de acuerdo en parte con esta interpretación. Pero pienso que Michael Löwy quiso contextualizar a Rosa en la actualidad a cualquier costo, y por eso quiso olvidar el otro lado, el de la Rosa determinista que continúa existiendo hasta el final. En mi libro muestro cómo conviven ambos lados, todo el tiempo, algo de lo que ella no tiene conciencia. Para Rosa, la victoria del socialismo es como una segunda naturaleza, es parte de su visión del mundo y un día ocurrirá. Aunque es bueno enfati-

zar que solo ocurrirá cuando la clase obrera luche en ese sentido, no va a ocurrir automáticamente –como era el caso de Kautsky, para quien esa victoria estaba garantizada de antemano por las leyes del desenvolvimiento histórico. ¿Para qué moverse? No precisa. En el caso de Rosa tiene que haber lucha, y es la lucha la que va a determinar el rumbo de la historia. Lo interesante en el pensamiento de ella es justamente esa dualidad –lo que es dramático, como un alambre en tensión, si se estira demasiado de un lado, revienta. Rosa siempre está tratando de equilibrarse, pero hay momentos en que resbala para un lado, momentos en que resbala para el otro. Y el tema es más dramático justamente al final de su vida, en aquel corto periodo de la Revolución Alemana, cuando sus ideas son puestas a prueba.

D.C.: Los críticos más férreos de Rosa ven en esa dualidad una cierta ambigüedad teórica. ¿No sería vitalidad dialéctica, para usar una palabra más cercana a su concepción teórica y práctica?

En el momento de la Revolución Alemana ocurre una cosa mucho más dramática, Rosa en el fondo queda paralizada. Doy mucha importancia a una frase que ella pronunció en su discurso durante la fundación del Partido Comunista Alemán: «Veo a esta asamblea con un ojo que ríe y otro que llora». El ojo que ríe, significa que ella está entusiasmada con los jóvenes revolucionarios, los espartaquistas que quieren hacer la revolución y que creen que en catorce días tomarán el poder. El ojo que llora significa que ella sabe que eso no es verdad, que la toma del poder es mucho más complicada de lo que imaginan aquellos jóvenes sin experiencia. Sin embargo, a puertas cerradas, ella piensa que no existen condiciones para que la extrema izquierda derrumbe al gobierno de centro-derecha de los socialdemócratas mayoritarios, lo que sería una actitud golpista. Públicamente, por razones políticas, ella no puede oponerse a esa tentativa de los revolucionarios. Tanto así que el periódico *La Bandera Roja* [Die rote Fahne] siempre clama por «acción, más acción», en una actitud bien izquierdista, inclusive pidiendo el derrumbamiento del gobierno en un determinado momento.

Por eso es vista como una terrorista, como una enemiga que tiene que ser liquidada. Esa fue una imagen que pasó a ser parte de la historia. En la historia alemana, hasta recientemente, para el liderazgo del Partido Comunista Alemán, que rechazó la lucha por la toma del poder al reconocer que no tenía ninguna oportunidad de victoria, era vista como golpista. El único a favor de la toma del poder fue Karl Liebknecht. Pero como fue asesinado, no se hablaba de las divergencias entre él y el resto del liderazgo del Partido Comunista Alemán.

Rosa Luxemburg piensa con claridad en una revolución larga. ¿Y qué sería una revolución larga? La lucha por la creación de una contrahegemonía ya en la sociedad actual, una idea que aproxima Rosa a Gramsci, como muestra Frigga Haug en un libro sobre ella [*Rosa Luxemburg und die Kunst der Politik*, 2008]. La idea es que es necesario usar los espacios dados en la sociedad capitalista burguesa para politizar a las masas hacia una transformación radical de la sociedad. Y eso demora. Aunque al mismo tiempo, ese proceso largo no está separado de un proceso rápido de la toma del poder, que era lo que ocurrió en aquel momento con los bolcheviques (y a los que Rosa apoyó con entusiasmo), o en la propia Revolución Alemana de 1918. Para Rosa las dos cosas van de la mano. La misma idea puede ser traducida en el concepto de la «*Realpolitik* revolucionaria», un término que ella usa en un artículo de 1903, escrito por ocasión de los 20 años de la muerte de Marx, para definir su política. «*Realpolitik* revolucionaria» significa una defensa de los principios socialistas sin desconectarla de las exigencias hechas realidad, o, en otras palabras, una relación dialéctica entre reforma y revolución. Para Rosa las reformas tienen sentido, justamente, al interior de un proceso más largo, que tienen como objetivo un cambio radical de la sociedad.

Regresando a la idea de una revolución larga. Hoy podríamos llamarla como revolución cultural, en la medida en que implica una modificación profunda, no solo de las estructuras económicas de la sociedad, sino también de la manera de pensar de las personas. Ella decía que no se puede hacer revolución sin un «renacimiento interior del proletariado», esto es, sin una formación de hombres y mujeres autónomos, responsables, intelectualmente y moralmente maduros. De ahí el papel fundamental de la educación, de la formación política, que se da al interior de la propia lucha. En diciembre de 1918, ella escribe que «en la lucha, en la revolución, las masas proletarias aprenden el idealismo necesario y adquieren rápidamente madurez intelectual». Los consejos [obreros] tienen inclusive ese papel formador —«ejerciendo el poder es que las masas aprenden a ejercer el poder», ella dijo en su discurso de fundación del Partido Comunista Alemán. Así los trabajadores no podrán ser dominados por una camarilla cualquiera porque serían autónomos, pensarían con su propia cabeza, habrían obtenido la mayoría de edad y —yendo más allá de Rosa—, serían capaces también de no dejarse subyugar por sus propios fantasmas. Esa es la idea de autonomía, individual y colectiva, que está presente.

N.B.: Pero al mismo tiempo ella no extiende su mano a la vanguardia. ¿Qué entiende ella por vanguardia? ¿Sería el «grupo de los iguales» que tenía como modelo el Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania (SDKPiL)?

Es verdad, ella usa el término vanguardia, pero en un sentido bien diferente al de Lenin. La vanguardia tiene el papel de esclarecer, no de comando. Las masas se dirigen a sí mismas. La vanguardia esclarece, la vanguardia es portavoz. Hay una frase de ella que es buena: la vanguardia es portavoz de los anhelos todavía confusos de las masas. Es decir, es como si la vanguardia tuviese el papel de formular, de poner en palabras algo que todavía no adquiere forma. La vanguardia da forma a los deseos del cambio, sin forma, que las masas desean. Nosotros ya pasamos por eso tantas veces, ¿no es verdad? En los viejos tiempos, en la época de las huelgas en São Bernardo, más tarde durante las asambleas para las elecciones directas, cuando Lula hablaba de aquella manera tan simple, acababa dando voz a nuestro deseo por el cambio. Un liderazgo tiene ese papel, ¿no es verdad? Para Rosa, la vanguardia era eso: un portavoz de los anhelos todavía inconscientes, sin forma, de las masas. La vanguardia tiene el papel de esclarecer, de agitar, de no dejar dormir.

¿Qué es lo que los espartaquistas hicieron en la época de la guerra? Ellos fueron, de cierto modo, el ejemplo de lo que acabo de decir. Escribían panfletos que distribuían ilegalmente, se organizaban clandestinamente en las fábricas, lo que era prohibido, porque durante la guerra existía una censura draconiana en Alemania. En cuanto a la idea del «grupo de los iguales» (puesta en circulación en la biografía de Rosa escrita por J.P. Nettel) que existía en el SDKPiL fundado por Rosa y Leo Jogiches y que quedó para ellos como modelo del partido político, significa que la buena organización política tiene que ser enteramente democrática, un espacio para el debate de ideas, no un lugar de disputa del poder. El partido político es un espacio de formación para quien hace parte de él. Eso era posible en el pequeño partido polaco, formado por un grupo de amigos, con una relación de compañerismo, de cordialidad, confianza, y de respeto mutuo. Es claro que esa posición era completamente marginal y vista con desdén al interior del Partido Socialdemócrata Alemán, sobre todo a partir de 1906 cuando el partido comienza a burocratizarse y a transformarse en una máquina electoral.

D.C.: Quisiera que usted comentase sobre la conceptualización de Rosa sobre el imperialismo.

Ella desarrolla su teoría del imperialismo en *La acumulación del capital*, publicada en 1913, donde procura mostrar que el capitalismo, para acumular, precisa de algo afuera de sí mismo. La reproducción ampliada del capital exige una anexión de la Tierra entera. Y ella demuestra, con una riqueza de ejemplos, cómo esa anexión se hace de manera violenta, primero con la aniquilación de las culturas originales, de los pueblos primitivos, y

en seguida de otras culturas –por ejemplo, los campesinos de los Estados Unidos, los campesinos europeos. Es decir, todos los modos de producción anteriores al capitalismo precisan ser destruidos y aniquilados para que el capitalismo pueda reproducirse ampliamente. Por eso, va a llegar un momento, en el racionamiento de ella, en que la Tierra entera habrá sido colonizada por el capitalismo y ahí las contradicciones, que son inherentes a ese modo de producción, harán que se desmorone. Pero ella no hizo ese razonamiento hasta el final, y dice: «Antes que eso acontezca, la violencia del capitalismo será de tal orden, que la lucha revolucionaria del proletariado lo llevará en otra dirección». Ella termina el libro con eso.

Hoy en día, lo que tiene de nuevo esa idea, que es recuperada por David Harvey en su libro *El nuevo imperialismo*, es que aquella incorporación de otros espacios de dominación, no es ni más geográfica ni más económica. Es decir, existen todas aquellas dimensiones que todavía no fueron colonizadas por el capitalismo, que están fuera pero están siendo colonizadas cada vez más –la cultura, educación, salud, agua, el control de las patentes (semillas, partes del cuerpo humano, de la vida en general), en fin, todos esos espacios que todavía no fueron colonizados y que el capitalismo está penetrando. Las feministas alemanas incluyen aquí el trabajo doméstico sin paga. La reproducción ampliada se da hoy, de esa manera. En ese sentido Rosa habría tenido todo un *insight* precioso y coyuntural.

Y otra idea interesante es cuando ella dice que la violencia del capitalismo no está restringida al periodo de la acumulación primitiva, como quería Marx, sino que esa violencia es constitutiva del propio capitalismo. Es como si ella no distinguiese el imperialismo del capitalismo. Para Rosa el imperialismo no es la última fase del capitalismo, aunque ella tenía algunas formulaciones que podrían llevarnos a pensar eso. La lógica del racionamiento –Paul Singer tiene una interpretación que va en ese sentido y que es interesante– es que el capitalismo ya es imperialista, que éste precisa, para acumular, anexionar otros territorios u otros espacios de control de la vida, fuera del mismo. Y con eso Rosa critica a Marx, aunque sea marxista. Hannah Arendt, de manera muy polémica y equivocada, duda que Rosa sea marxista por defender la tesis de que el capitalismo para reproducirse, precisa de algo por fuera de sí mismo. *La acumulación del capital* es de hecho un libro que revela por parte de Rosa una gran independencia de espíritu en relación a Marx, lo que para ella era absolutamente normal, porque no entendía al marxismo como a una biblia, con verdades concluidas, sino como una fuente inagotable que permite proseguir el trabajo intelectual y de la investigación.

Traducción y revisión: *Sofía Jarrín*.

Bolivia: Rosa Luxemburg en el proceso de cambio

Virginia Ayllón¹

No será fácil decir algo sobre la presencia de Rosa Luxemburg en Bolivia, tal vez haya que referirse más bien a su ausencia. Podríamos también traerla desde la imaginación literaria al estilo del cuento «Don Quijote en la ciudad de La Paz» del escritor Juan Francisco Bedregal. Podríamos, finalmente, «aplicar» algunos de sus planteamientos en un análisis de la actual situación boliviana. Creo, sin embargo, que la tercera opción ha de ser siempre la más complicada, además de la más riesgosa.

Comenzaremos diciendo que la impronta estalinista de eliminar a Rosa Luxemburg del pensamiento socialista, tuvo una eficaz aplicación en Bolivia. Si recuerdo la retórica izquierdista de las décadas de 1970 y 1980 del pasado siglo, me sigue asombrando la capacidad de aquellos oradores de incorporar hechos del pasado de lejanas geografías en los análisis de la realidad más cercana. Y si bien la historia, la sociología y el ensayo literario acuden con frecuencia a esta forma, solo ahora me doy cuenta que mi asombro venía de la autoridad que imponía citar a Lenin, a Marx o hacer referencia a Pol Pot o Mao Tse-Tung. Alguna vez me asaltó la duda de si esas citas eran ciertas y se avenían al tema en cuestión, o eran invenciones muy bien acomodadas al objetivo del discurso. Con todo, Rosa Luxemburg y sus planteamientos nunca han formado parte de la retórica izquierdista salvo que se hablara de la «cuestión femenina», para lo cual se la incluía en una larga lista de valerosas mujeres de las que solo se daba el nombre, o se refería en relación con los íconos izquierdistas. Así, Clara Zetkin era, ante todo, amiga de Lenin.

En el caso concreto de Luxemburg, las referencias eran siempre negativas y a esta anatemización le seguía una censura implícita y explícita a conocer su obra, y a debatir sus planteamientos. Sucedió lo mismo con Mikhail Bakunin, para dar otro ejemplo, del que se leían solamente los textos de Marx y Lenin sobre el libertario ruso pero nunca los textos que éste escribió. Así, la izquierda boliviana entronaba y destronaba dioses de acuerdo al mandato de la autoridad suprema que dictaba los preceptos desde las frías tierras rusas.

Ahora bien, de toda ausencia debemos preguntarnos, tal como lo hace la literatura, qué hubiera sucedido si... o, de otro modo, qué nos hemos

1 Escritora y crítica literaria feminista y anarquista.

perdido a causa de esta ausencia. Yo diría que varias cosas. Las mujeres perdimos una heroína involucrada siempre en las luchas populares, pero sobretodo a una intelectual y a una polemista. Yo creo que el dato de que Luxemburg no participó directamente de las llamadas luchas de las mujeres –tarea en la que su amiga Clara Zetkin se dio de lleno– no tiene relevancia, ya que la balanza siempre favorecerá a una mujer que tuvo el debate, la polémica y la creación teórica como centro de su vida.

Nos perdimos entonces, la polémica, que es una de las bases de la construcción de explicaciones de la realidad. Lo contrario es el autoritarismo dogmático que es árido, inculto (cualquiera sea la definición que demos a este término), y la mayoría de las veces infructuoso. Es aquí donde mejor se dibuja la importancia de esta polaca judía que hizo del debate no solo un anhelo de crecimiento personal sino de desarrollo de los pueblos; esto es, le dio al debate un carácter político y no solo de diletantismo intelectual.

El historiador Jörn Schütrumpf, en su introducción a este libro, dibuja muy bien el camino que la misma Rosa anduvo para llegar a esta forma de estar en el mundo; la que partiendo de una timidez muy femenina, pasó luego por los estudios académicos para luego afincarse en el terreno del argumento político. Pero en este último terreno es donde ella tuvo que estructurar su forma propia, y es muy interesante su paso de «repetir» las tesis de políticos con quienes ella concordaba en la fase de creación de su propio guión, mismo que la alejó incluso de sus precedentes «maestros».

Añadiendo las referencias que a propósito incorpora Schütrumpf, quisiera hacer un apunte sobre cierto machismo de los patriarcas (vale la redundancia) socialistas en su polémica con Luxemburg. Un estudio sobre los aportes de Luxemburg a la economía política –no olvidemos su texto *La acumulación del capital* (1913)– trae a colación uno o dos ejemplos de dislates machistas en la correspondencia entre August Bebel y Víctor Adler en 1910. No habría podido Luxemburg librarse de este trato como tampoco sus detractores pudieron eludir el incorporar algunos improprios de género en sus debates con ella. No es raro, sucede casi siempre. Solo como ejemplo, he aquí una muestra de las cartas entre Bebel y Adler: «La perra rabiosa aún causará mucho daño, tanto más cuanto que es lista como un mono (*blitzgescheit*), mientras por otra parte carece de todo sentido de responsabilidad y su único motivo es un deseo casi perverso de autojustificación» (carta de Víctor Adler a August Be-

2 Citado en Estrella Trincado Aznar, «Rosa Luxemburgo» [en línea]. Ponencia para el «Taller de mujeres economistas, siglos XIX y XX.» Investigaciones Feministas y Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense de Madrid, 4 de abril, 2001, p. 30. <<http://eprints.ucm.es/6741/1/0119.pdf>>

bel, 5 de agosto de 1910). A lo que Bebel respondió, «Con todos los chorros de veneno de esa condenada mujer, yo no quisiera que no estuviese en el partido» (carta de Bebel a Adler, 16 de Agosto de 1910).² De ahí que la participación de esta socialista en los grandes debates políticos de la época se dibuja también como un valiente atrevimiento, muy a tono con su noción de libertad de expresión.

Antes de concluir con esta parte destinada a resaltar aspectos de su personalidad quiero destacar particularmente uno de los escritos de Luxemburg que recoge este libro. Me refiero a la carta escrita a Sophie Liebknecht desde la cárcel en 1917. Lo acentúo debido a que no es éste un texto político en el sentido estricto de la palabra, más bien dibuja a Luxemburg en la cotidianidad; una carta de tono amoroso y casi maternal que demuestra su siempre emocionada relación con la naturaleza, la botánica y la biología. Muestra, además, sus dotes de escritora que se despliegan en la anécdota sobre el abuso de unos búfalos como animales de carga. Cierro entonces esta parte con el siguiente y precioso párrafo de tal carta:

Usted ha recolectado en el parque de Steglitz un lindo ramo de bayas negras y rosavioláceas. Para las bayas negras hay que considerar saúco –cuyos frutos cuelgan en pesados y llenos racimos, entre grandes abanicos de hojas dentadas, seguramente Usted ya los conoce– o con más seguridad, aligustre; delicados ramilletes delgados verticales de bayas y hojas verdes, estrechas y larguitas. Las bayas rosavioláceas escondidas debajo de las hojitas podrían ser de níspero enano; normalmente deberían ser rojas pero en esta época tardía del año cuando ya están algo pasadas de madurez y echadas a perder, se ven con frecuencia de un violeta rojizo; las hojitas se ven como las del arrayán, pequeñas, puntiagudas al final, verde oscuro, parecidas a la piel en la parte de arriba, ásperas por abajo.³

Máximas éticas de Rosa Luxemburg: Espontaneidad y organización

Como dije antes, ubicar la obra de Rosa Luxemburg en el actual contexto boliviano es difícil aunque también interesante e importante desafío. Su importancia radicaría en que un proceso con posibles características inéditas, debería estar abierto a cuánto aporte de análisis se presente en el convencimiento –muy luxemburguiano, por cierto– de que en el de-

3 Rosa Luxemburg. «Me puedo imaginar más que hagan pogromos contra los judíos en Alemania.» Una carta desde la prisión, dirigida a Sophie Liebknecht, en el presente libro, p. 68.

bate se fortalecen las capacidades revolucionarias de los pueblos.

Para el efecto me concentraré en algunos conceptos de la pensadora polaca, no sin antes anotar que concuerdo con quienes creen que el pensamiento de Luxemburg no logra ser un sistema a pesar de las iluminadas páginas que escribió. Es más, acuciosos lectores de sus textos descubren sus contradicciones internas y por esa vía demuestran la ubicación de Luxemburg entre fuerzas contrarias. Tal vez los casos más emblemáticos sean sus disquisiciones sobre la relación entre espontaneidad y organización⁴ y su «mortal combate» contra el socialismo libertario o anarquismo cuyas posiciones, sin embargo, enarboló en varias oportunidades. Considero que estas «variaciones» están lejos de ser devaneos –y por esa vía plausibles de ser defenestrados–, sino que más bien exponen las fuerzas entre las que se movía esta pensadora y los «equilibrios» que varias veces tuvo que demostrar para que sus argumentos fueran considerados hábiles para el debate, lo que tampoco acredita a considerarla como una oportunista o cosa parecida.

Tentando un análisis cronológico del actual proceso boliviano, tal vez en primer lugar deba referirme al planteamiento más difundido, y a la vez más criticado de Rosa Luxemburg, el ya referido de la espontaneidad. En un temprano texto y a propósito de una huelga en 1902, Luxemburg anotaba que:

La historia de todas las revoluciones precedentes nos demuestra que los violentos movimientos populares, lejos de ser productos voluntarios, arbitrarios, de pretendidos «jefes» o «partidos», como se lo imaginan el policía y el historiador burgués oficial, son sobre todo fenómenos sociales elementales, producidos por una fuerza natural, cuya fuente es el carácter de clases de la sociedad moderna.⁵

Esta feliz aseveración podría muy bien calificar los sucesos ocurridos en Bolivia aproximadamente desde el 2000, año en que podemos datar el inicio de las revueltas populares contra el neoliberalismo.

En uno de sus más celebrados textos y refiriéndose a la respuesta popular al golpe de estado de 1979, el pensador boliviano René Zavaleta Mercado, consideraba que «lo que se produce en realidad es una asonada de la multitud, un aquelarre de la muchedumbre» y aunque en ese caso la dirección de la asonada era obrera, la masa movilizaba estaba muy asen-

4 Un interesante análisis de estas contradicciones se encuentra en Daniel Guérin, *Rosa Luxemburg y la espontaneidad revolucionaria* [en línea]. Buenos Aires: Anarres. 2002. <http://www.quijotelibros.com.ar/anarres/Rosa_Luxemburgo.pdf>

5 Citado en Guérin, *ibíd.* 12-13.

tada en la memoria de lo que también denominaría como «costumbres colectivas de conjuración ancestral» o «el ayllu en acción».⁶ Entonces, si el acto de masas de 1979 no tuvo un signo indígena, el genio de Zavaleta previó que «si los obreros salen un día de su clausura corporativista será en el desarrollo de una propuesta surgida del movimiento campesino».⁷ Mas a propósito de «lo campesino», solo ahora estamos viendo y viviendo las posibles fronteras entre lo campesino y lo indígena, hecho que se aclara cada vez más cuanto más se acercan o se alejan.

Aquí también sería importante incluir la por demás interesante concepción de Luxemburg, mediante la cual, la clase se constituye en el movimiento y no es una condición preexistente. Ésta es una provocación que solo mucho después será tomada por las ciencias sociales a propósito de las discusiones sobre las políticas de la identidad y su relación con el esencialismo identitario. Si bien la propia Luxemburg no pudo desprenderse de cierta «concepción socialracista del proletariado»⁸, las políticas identitarias que están sobre el tapete nos llegan hasta hoy en día, como una provocación.

Pero retomando la lucidez de Zavaleta, éste nos permite comprender el acercamiento del politólogo Luis Tapia a las movilizaciones precedentes al actual proceso. Él plantea el concepto de «política salvaje»⁹ para enmarcar cómo y cuándo las formas de movilización autoorganizadas y autorepresentadas, se convierten en movilizaciones políticas con tendencia a disolver las formas jerárquicas de la toma de decisiones.

Creo que esta concepción de masa movilizadora de dos pensadores bolivianos, surte como un resumen de lo que es ya casi un acuerdo sobre los sucesos de masas contra el neoliberalismo: fueron hechos autogestionados por la masa en rebelión.

Aquí es pertinente referirse a la polémica de Rosa Luxemburg, otra vez con Lenin, sobre el papel del partido de la revolución, y si bien como ya se dijo, puede ser éste uno de los terrenos más deleznable de la propuesta luxemburguiana, ofrece a la vez algunos elementos útiles para nuestro análisis. Por ejemplo, y en palabras de Schütrumpf:

Lo que ella odiaba: la dictadura de una camarilla; un «liderazgo» usurpado en lugar de una hegemonía basada en la aprobación, la sustitución del debate político por el terror policíaco, la burocracia como el elemento activo más

6 René Zavaleta. «Las masas en noviembre». Bolivia Hoy. México: Siglo XXI, 1983.

7 *Ibíd.* 12-13.

8 Jörn Schütrumpf. «Entre la socialdemocracia y los bolcheviques», en el presente libro, p. 36.

9 Luis Tapia. «El proceso boliviano». En *Pensando el mundo desde Bolivia: 1 ciclo de seminarios internacionales*, Toni Negri et al. La Paz: Vicepresidencia del Estado, 2010.

importante en la sociedad, kitsch en vez de cultura...¹⁰

Ya que es claro que debemos referirnos a las movilizaciones contra el neoliberalismo hechas poder. Aquí es importante traer otra vez a Tapia quien en el mismo texto afirma que:

...los sindicatos campesinos han producido partidos que han permitido que la crisis se procese en el seno del sistema de partidos, sin entrar en una fase de confrontación directa y generalizada. (...) Uno de los resultados de esto es que hay subsunción de fuerzas no modernas ni liberales que se da en el seno de instituciones liberales, específicamente la forma partido y la forma Estado. (...) El MAS se convirtió en una fuerza que ha enfriado el poder constituyente, en el sentido de que uno de los rasgos de la época de despliegue ha sido que todas estas fuerzas han tenido como núcleo un espacio y un tiempo asambleístico, es decir de democracia directa, de deliberación.¹¹

Es decir que el impulso de lo que para Luxemburg sería la espontaneidad –imposible de calificarla en Bolivia sin la clave de «tradición deliberativa»– y que habría sido el signo de la revuelta precedente, se habría cortado a través de la organización o reconfiguración partidista nacida, en realidad, de los sindicatos campesinos. Ergo, la revuelta hecha poder transita, hoy por hoy, la contradicción entre la forma de masa movilizadora y la forma organizada como partido en el poder.

Daniel Guérin indica que Rosa Luxemburg nunca pudo conciliar su concepción de la espontaneidad de la clase trabajadora, con su admiración a la organización bolchevique de la primera etapa de la revolución rusa. Repetimos que ésta es una de las falencias, o al menos carencias, del pensamiento de Luxemburg. Pero, a la luz del proceso boliviano, pareciera que tal contradicción es inherente a procesos que naciendo en la movilización de masas, concluyen en el ejercicio del poder del Estado. Pareciera que el paso de un estado a otro –sea por efecto de la celebración del «aquelarre de la muchedumbre», sea por el acoso de las fuerzas reaccionarias– deja de lado el debate de cuestiones sustanciales que luego se convierten en vacíos que no demuestran sino las apresuradas historias que va creando la razón del poder. Se debe afirmar, entonces, que el debate público de cuestiones vitales para la gente es un camino que permite el crecimiento y el desarro-

10 Jörn Schütrumpf. «Del marxismo a Marx», en el presente libro, p. 29.

11 Tapia, *ibíd.* 53.

llo de procesos revolucionarios. Lo contrario sería la centralización de la razón, lo que rápidamente despliega dispositivos normativos y preceptivos, muy parecidos a antecesores constituyentes del autoritarismo.

Rosa Luxemburg insistía que el control público de la revolución era absolutamente necesario, y consideraba que la vivificante «inacabable presión» de las masas solo podía darse en un ambiente democrático nuevo. En este punto, Luxemburg abunda en un concepto hermoso, aunque en apariencia también frágil: el derecho de las masas al crecimiento, a la transformación espiritual. Decía que su fragilidad es aparente porque esta insistencia en «lo espiritual» tiene como base la constatación de las condiciones deplorables de la clase obrera durante el capitalismo, mismas que se revertirían cuando el movimiento de la clase alcanzara la conciencia de sus propios intereses y, por esa vía, creciera espiritualmente. Franz Kafka lo explica mejor con esta frase: «Qué mansa es la gente; llegan a nosotros con sus súplicas, en lugar de tomar la oficina por asalto y destruirla, nos vienen a pedir misericordia». ¹²

Creo que tampoco es floja esta idea del «desarrollo espiritual de la clase» porque está muy ligada a su rechazo de que la burocracia sea el único elemento activo para la revolución, su rechazo a que la preceptiva del poder haga que:

...gradualmente se [adormezca] la vida pública, [dirijan y gobiernen] unas pocas docenas de dirigentes partidarios de energía inagotable y experiencia ilimitada. Entre ellos, en realidad dirigen solo una docena de cabezas pensantes y, de vez en cuando, se invita a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes y aprobar por unanimidad las mociones propuestas. ¹³

Recordemos que este tipo de planteamientos fueron, en realidad, los que le valieron ser echada del panteón marxista a través de una campaña encabezada por el mismísimo Stalin, quien se dio a la tarea de comparar los escritos de Lenin con los de Luxemburg para encontrar las «pruebas» de su «revisiónismo».

12 Citado en Levi Subir, «Kafka y el Anarquismo». *Kaos en la Red* (30 de diciembre, 2009): «Es bien conocido el profundo odio que Kafka sentía hacia su trabajo en la compañía de seguros, a la que tildaba de «mido de oscuros burócratas». No podía soportar el sufrimiento de los obreros perjudicados y de sus desgraciadas viudas, que eran introducidas en el laberinto jurídico-burocrático de la Caja de Seguros Obreros. La frecuentemente citada frase, mencionada por Max Brod, es una aguda y sugerente expresión de su manera de pensar.» <<http://www.kaosenlared.net/noticia/kafka-anarquismo-recopilacion>>

13 Jörn Schütrumpf. «Entre la socialdemocracia y los bolcheviques», en el presente libro, p. 43.

Luxemburg abogaba entonces por una democracia revolucionaria que superara a la burguesa, pero que no eliminará la democracia. Esta idea, que más bien tiene la fuerza de una sentencia, estaba muy ligada a su concepción de libertad, que es posiblemente el punto más alto de sus máximas éticas.

Ella afirmó que: «La libertad siempre es libertad para los que piensan de manera diferente».¹⁴ Esta frase, que se emparenta con las concepciones humanistas en la tradición de Walt Whitman, es tal vez la más feliz de su producción. Y si bien no es ella la primera en plantear esta concepción, sí es la primera en ponerla en el campo político, o más bien, de la política. No se trata, en efecto, de una máxima fácil de cumplir para el poder y puede también divagarse sobre su estricta imposibilidad. Pero su efecto interpelador al quehacer del poder es potente.

Es muy difícil aplicar esta máxima a la realidad actual o cualquier otra sin caer en una anuencia del Estado, hecho por demás insulso. Lo que sí se puede hacer, en cambio, es seguir completando el pensamiento de esta polaca, indicando que su apuesta por una democracia extrema incluía, por supuesto, la libertad irrestricta de expresión y asociación. Más aún, a la preocupación de Lenin sobre la corrupción al interior del partido, ella oponía la transparencia partidaria a los decretos draconianos impartidos por el mismo:

...los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio a través del terror, todas estas cosas son solo paliativos. (...) El único camino al renacimiento pasa por la escuela de la misma vida pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que desmoraliza.¹⁵

Entonces, el avance revolucionario estaría ligado a exigentes prácticas democráticas transparentes, en base a la libertad como precepto básico. Lo interesante de esto es resaltar el carácter ético de la revolución, o del cambio y su exigencia a la transparencia, que se relaciona con la revolución como un hecho público, de interés de *todos* y no de un grupo en especial. Esto se parece mucho a la consigna zapatista de «mandar obedeciendo» que a su vez vuelve a traer el concepto de deliberación permanente. Y ya que hacemos referencia al movimiento zapatista, podemos ingresar a otros dos temas de análisis: la defensa de la tierra y la autonomía cultural, como dos de las principales consignas del movi-

14 Rosa Luxemburg. «Zur russischen Revolution» (La revolución rusa), en el presente libro, p. 98.

15 Jörn Schütrumpf. «Entre la socialdemocracia y los bolcheviques», en el presente libro, p. 43.

miento indígena a nivel continental.

Uno de los grandes debates de la política polaca con Lenin y Trotsky, fue a propósito del concepto de autodeterminación de las naciones, una de las primeras medidas de la naciente revolución rusa. En su texto «La revolución rusa», considera que a la luz de sus resultados, esta medida tuvo más bien un carácter demagógico de parte de la dirigencia rusa ya que «bajo la dominación capitalista no existe la autodeterminación de los pueblos (...) en una sociedad de clases cada clase de la nación lucha por <determinarse> de una manera distinta». ¹⁶ Y que para las clases burguesas la concepción de la liberación nacional estaba totalmente subordinada a la del dominio de su clase, indicando después que «todas las formas de separatismo son simples trampas burguesas...». ¹⁷

Esta reflexión puede también ser base para un debate sobre las autonomías en Bolivia que ha quedado zanjado formalmente con la Constitución de 2009 y las leyes subsecuentes. En su ya citado texto, Zavaleta decía que: «Los bolivianos temen mucho al término separatismo porque son, igual que los italianos, separatistas en general. Ésta es la principal fuerza que tienen nuestros enemigos sobre nosotros». ¹⁸ En este mismo sentido, Tapia considera que:

El proyecto fascista en Bolivia es la autonomía departamental (...) creo que dirigir las cosas hacia la autonomía crea las condiciones de imposibilidad de construir lo común. (...) La combinación de autonomía, presidencialismo exacerbado y circunscripciones uninominales es, obviamente, un proyecto de desarticulación y de preparación de las estructuras políticas para el aterrizaje de la determinación externa en el país en términos de fuerza predominante. ¹⁹

Si bien las aseveraciones de Zavaleta y Tapia son correctas, si se recapitulan las tendencias separatistas de la derecha, expresadas con fuerza en 2008, en ambos análisis hay aseveraciones importantes pero incompletas, a mi modo de ver. Me refiero a quiénes denominaría Zavaleta «nuestros enemigos»; y lo mismo, a qué fuerza se refiere Tapia con «la determinación externa en el país en términos de fuerza predominante». Y es que creo adivinar que se analiza la autonomía solamente desde la propuesta derechista, en su versión fascista, dejando de lado –especialmente en el

16 Rosa Luxemburg. «Zur russischen Revolution» (La revolución rusa), en el presente libro, p. 88.

17 *Ibíd.* 89.

18 Zavaleta, *ibíd.* 10.

19 Tapia, *ibíd.* 54.

análisis de Tapia— el tema de la autonomía indígena, que fue un planteamiento muy inicial por parte de los pueblos indígenas. Esta reivindicación que viene desde la resistencia al neoliberalismo (a partir de la marcha indígena de 1990) fue también planteada en las discusiones de la Asamblea Constituyente, pero es evidente que no es un tema cerrado. No puede pues igualarse el planteamiento de la autonomía departamental —de corte evidentemente separatista y reaccionario— con el de las autonomías indígenas, que más bien acusan un carácter interpelador a la raíz colonialista del Estado boliviano y de cuya eliminación me permito dudar precisamente porque, ni la actual Constitución Política del Estado, menos la Ley Marco de Autonomías y Descentralización, encaran la autonomía indígena desde una mirada precisamente indígena. Lo que hay en ambos instrumentos es una «adopción» estatal de la autonomía indígena, que más que liberar las formas autónomas y ancestrales de la comunidad indígena, las amarra a la lógica del centralismo y la normativa estatal.

Ahora bien, el razonamiento de Luxemburg sobre el peligro del planteamiento autonomista para la revolución rusa puede muy bien asimilarse a aquel del peligro autonomista de derecha para el actual proceso. Pero, claro, no podríamos pedirle a Rosa Luxemburg que considere la tradición de la autonomía indígena comunitaria. Sin embargo, es notable que ella realice su crítica al principio leninista de la autodeterminación de los pueblos junto al tema de la tierra, que constituye otra de sus grandes críticas a la gestión de la nueva revolución rusa.

Dice ella que al igual que el tema de las autonomías, la consigna de la «toma y distribución inmediata de la tierra» no produjo la propiedad socialista de la tierra sino la conformación de un estamento de campesinos mini latifundistas, quienes no estarían más dispuestos que la burguesía a entregar sus nuevas tierras «en pos de la revolución». Y es que el tema de la tierra define a un Estado, cualquier Estado: el boliviano, al igual que el actual Estado en construcción. Así como ella analizó el tema de la autonomía en relación con el de la tierra, en Bolivia el tema de la autonomía indígena tiene su base en la concepción de la distribución de tierras. Y si en el caso de la revolución rusa la dicotomía marcada por Luxemburg era la propiedad privada vs. la propiedad socialista de la tierra, en el caso de Bolivia se trata de la propiedad individual de la tierra vs. la propiedad comunitaria.

De ahí que concluyo que al no haberse debatido públicamente estos temas, la autonomía indígena y el carácter de la propiedad de la tierra marcarán la marcha del actual proceso que ha venido a llamarse «proceso de cambio».

Volvemos entonces al tema del debate público de las ideas que en el actual proceso puede referirse tanto al cumplimiento de normativas ya

estatales, como a la consulta previa de los pueblos indígenas sobre decisiones que afectan su forma de vida y sus territorios, o los también ya constitucionalizados «participación y control social». Pero más que eso, deberíamos preguntarnos si la masa se encuentra en estado de debate, parafraseando la «clase en movimiento» de Luxemburg. Porque es cierto que la vivificación de cualquier proceso debería promover el ejercicio de la palabra propia. Esto se relaciona con el estatuto de la palabra en los procesos de colonización que asientan su poder, o en la suplantación de la palabra colectiva por la normatización de una sola palabra tenida como válida y única, *única* porque se la considera *válida*. La desvalorización de los discursos alternativos por el oficialismo, ha sido y es el mejor mecanismo para lograr este efecto.

Creo que uno de los peligros de un proceso que no promueve el debate es la instauración de la palabra única, lo que demuestra al fin y al cabo, la instauración del poder a través de la imposición del silencio de toda otra palabra. En una situación tal, no es que las otras palabras callen —no sucede la mudez aunque la apariencia así lo presente—, es la institución y entronización de una única razón. Claro que también esta única razón es lo que constituye al Estado. De ahí que el debate público de las ideas, tal como quería Luxemburg que sucediera, como camino de fortalecimiento de la revolución, llega a ser un buen deseo y nada más que eso. Porque el tema no es si las otras voces tienen espacio, sino si ese espacio es un espacio de poder (en este caso de posibilidad) para no solo decir, sino también para decidir y hacer.

Para Luxemburg ese posible espacio eran las organizaciones representativas que no solamente deberían permanecer en la revolución, sino fortalecerse. Criticó a Trotsky, para quien estas organizaciones constituían un remanente indeseable de la democracia burguesa. Ella indicaba que el empuje popular «se vuelca continuamente en los organismos representativos, los penetra, los guía».²⁰

Dicha noción es interesante si se piensa, por ejemplo, en que Zavaleta consideraba que la crisis de 1979 demostró «la transformación del instinto clásico de la autodeterminación, en democracia representativa, convertida en una ambición de masa».²¹ Esto también vale para el actual proceso que tiene su origen en la «ambición de masa» de tomar el poder a través de copar los espacios de la democracia representativa. Pero el planteamiento no es completo si no consideramos que en Bolivia la democracia representativa convive, desde siempre, con otras formas organizativas como el ayllu, que no corresponden necesariamente a ese esta-

20 Rosa Luxemburg, «Zur russischen Revolution» (La revolución rusa), en el presente libro, p. 93.

21 Zavaleta, *ibid.* 2.

tuto, ni siquiera al espacio cíclico de la modernidad.

De ahí que este precepto de Luxemburg es donde yo advierto mayores limitaciones y la imposibilidad de concreción ya que, desde el Estado, la participación social como el debate de ideas estará siempre normado por la razón de Estado. No podría ser de otra manera. El Estado marcará siempre la medida de lo organizativo así como de la participación de la sociedad civil en su gestión. Esta ineludible normatización dejará de lado aquellas formas organizativas y participativas que no condigan con los objetivos de la gestión del Estado, y su capacidad de ampliar estos espacios será siempre y cada vez más limitada a medida que se fortalezcan como Estado. Para un Estado como el presente, tanto la calidad de la representación como la de la participación civil serían —en realidad para todo Estado— un tema central de su hechura ya que, así como ambos pueden fortalecerlo, ambos pueden defenestrarlo. La capacidad alquimista del Estado, entonces, buscará el justo equilibrio entre ni mucho ni tan poco. Pero al ejercer este estatuto sobre la vida de la sociedad civil, la reacción de esta última ante la oferta estatal marcará también el curso del proceso. Entonces, nada raro que en círculo concéntrico podamos retornar al planteamiento de la «política salvaje» de Tapia, ya que los sujetos del proceso harían vida cotidiana en sus espacios propios de organización, donde se autorepresentan y autoconvocan, en los que vierten su palabra ahí reconocida. Pero dicho está por Tapia que sucede el momento en que estas formas se convierten en movilizaciones políticas, con tendencia a disolver las formas jerárquicas de la toma de decisiones: la serpiente mordiendo la cola.

De este modo la máxima luxemburguiana de debate público de las ideas y ampliación de la democracia se esbozan como principios éticos antes que posibilidades efectivas, al menos en el terreno del Estado, independientemente de sus orígenes. Posiblemente en otros espacios este principio pueda arribar a realidades concretas. Tal vez en la comunidad indígena, aunque tampoco en todas sus formas, ya que habrá que advertir las diferencias entre las comunidades aymara y quechua, por ejemplo, y las de los pueblos indígenas de oriente. En tanto las primeras se enmarcan en idearios más estatistas y casi civilizatorios, las segundas parecen responder más a una lógica comunitaria, *strictu sensum*.

Es decir, más que sus conceptos de espontaneidad o de partido, creo que en sus planteamientos de «libertad irrestricta» y «democracia proletaria» o revolucionaria, es donde yo advierto más flaquezas en las ideas de Luxemburg, simple y llanamente porque son propuestas para el Estado.

Y precisamente porque en Luxemburg no se encuentra un sistema teórico: sus propuestas acusan más bien la forma de *máximas* que el diccionario de la Real Academia Española define como «sentencias, apo-

tegmás o doctrinas buenas para dirigir las acciones morales». ²² Y de esta acepción rescato con particular insistencia su carácter ético, porque creo que es una de las mayores características de algunos planteamientos de la polaca en cuestión. Es posible, como bien afirma el historiador Schütrumpf, que la rúbrica moral de sus premisas haya sido la base para el miedo mezclado con odio que por ella sentían sus detractores.

Ahora bien, reducir cualquier planteamiento a algunas máximas morales puede ser una torpeza que más que elevar a su autora, desdibuja sus propuestas. Pero quiero insistir en esta forma ya que nadie podría dudar de la justeza del principio de la transparencia del quehacer de una organización política, por ejemplo, aunque el curso de la historia de los partidos exponga e insista en que la corrupción es una característica casi inherente a esta forma política. En este caso muy bien se aviene el dicho de que, toda excepción solo confirma la regla.

Sus concepciones se mueven tanto en el plano de la ética como en esta otra máxima suya: «el acto más revolucionario consiste en decir la verdad en voz alta», ²³ siendo el *súmmum* de sus máximas (pero irrealizables) éticas en el campo político. Particularmente en esta máxima ella asienta, como dijimos al principio, su identidad de Casandra política, la que teniendo el don de la profecía, a la vez carga la maldición de que su palabra no será jamás creída. Casualmente Casandra sufre este castigo de los dioses por atreverse a decidir su destino. Pero Luxemburg sabía que las palabras desvalorizadas al menos poseen el derecho al grito, y también sabía del poder del grito cuando era la historia quien lo percibía.

22 Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española* [en línea]. XXII ed. Madrid: RAE, 2011. <<http://www.rae.es>>

23 Jörn Schütrumpf. «Escupida y honrada - ¿pero también necesaria?», en el presente libro, p. 52.

Venezuela: Rosa Luxemburg, cuando la palabra alumbra

Reinaldo Iturriza López¹

Mirando en retrospectiva, sacando cuentas, haciendo algo de balance, ¿cómo dejar de interrogarse sobre el destino de la notable cantidad de jóvenes rebeldes e insubmisos con los que alguna vez compartimos ilusiones y combates, rabias, atropellos, derrotas, la entrañable experiencia de la calle al fin liberada, la inolvidable escena que se imprimió para siempre en nuestras memorias de unas fuerzas del orden doblegadas, temerosas, sin iniciativa frente al empuje popular?

Una generación, la mía, en la temprana adolescencia, un 27 de febrero de 1989², que fue de las últimas en salir a pelear contra la farsa de la democracia que poco más tarde diera paso al chavismo. Pero sobre todo, éramos una generación más de una larga hilera que, militando en partidos de izquierda, aportaron su esfuerzo, su excepcional talento y en no pocos casos su vida para que triunfara la revolución venezolana.

¿Cómo dejar de preguntarse por todas esas almas trituradas por esos partidos que, al menos al inicio de los 1990, ya teníamos por vetustos aparatos inservibles al servicio de unos pocos? Cuánta rebeldía domeñada y aniquilada; cuánto atropello y subordinación en nombre de la «disciplina»; cuántos mediocres convertidos en jefecillos; cuántos pusilánimes en líderes; cuánto horror a los libros, a la teoría, en nombre del «marxismo-leninismo»; cuánto miedo al pueblo pobre, siempre más lúcido y audaz, en nombre de la necesidad de «formación política»; cuán poca democracia interna en nombre del «centralismo democrático». Cuánta farsa en nombre de una revolución siempre postergada.

Para muchos de nosotros, el paso por el partido (por cualquiera, que no es un dato menor) significó casi siempre un episodio sombrío, un traspíe, un obstáculo que había que sortear para seguir luchando. Una experiencia invaluable, una verdadera escuela, pero justo porque implicaba el anti-modelo de lo que sospechábamos debía ser una militancia,

1 Sociólogo egresado de la Universidad Central de Venezuela; autor del libro *27 de febrero de 1989: interpretaciones y estrategias* (Biblioteca Popular para los Consejos Comunales, 2007); y columnista del diario Ciudad CCS.

2 Aquel 27 de febrero de 1989, se refiere a masivas protestas en decenas de ciudades de Venezuela contra medidas neoliberales impuestas por el gobierno de Carlos Andrés Pérez. Las movilizaciones fueron fuertemente reprimidas por miembros de las fuerzas armadas y policiales, con el resultado de una masacre de cientos de personas y miles de heridos. Durante varios días se vivieron momentos de caos, militarización y persecución política.

incluso una organización (por supuesto imprescindible) revolucionaria, liberadora, democrática.

Del partido salimos fuertes porque nunca cerramos los ojos, porque nunca militamos entre los desengañados; porque, entumecidos, adormilados, tuvimos la voluntad para desperezarnos, respirar aire fresco, y nos devoramos los libros que antes no pudimos y agarramos calle, mucha calle, y nos dispusimos a escuchar y a aprender. A nuestro paso por el partido forjamos el carácter y nos hicimos hombres y mujeres, precisamente porque el aparato nos quería débiles de carácter para perseverar, con o sin nosotros.

Este balance no es un ejercicio de nostalgia o cualquier otra forma de resentimiento, sino todo lo contrario: una constatación de lo que fuimos capaces de lograr a pesar de todo; una victoria que, en lo particular, aún saboreo como una de las experiencias más enriquecedoras y aleccionadoras de nuestras vidas. Casi un honor haber tenido la oportunidad de vivirlo.

Que en 1998 Chávez haya triunfado electoralmente a pesar de esta izquierda partidista (a pesar de su herencia funesta sobre generaciones), pero más aún, que hoy haya quienes disimulen esta verdad incontestable y pretendan pasar de contrabando los mismos vicios de aquella izquierda (parte de la cual es enemiga acérrima de la revolución bolivariana), la misma pobreza de espíritu, la misma farsa de partido, como si aquí no hubiera ocurrido nada durante las últimas dos décadas (cuanto menos), es realmente inconcebible.

En el desconocimiento de esa herencia nefasta estriba uno de los principales riesgos que acechan nuestra revolución.

Rosa Luxemburg, en este libro editado por Jörn Schüttrumpf, se acerca hasta nosotros para acompañar a los rebeldes e insumisos, para que no integren las filas de los desengañados; como un destello en el camino de los que van entumecidos o están adormilados, pero sospechan que algo anda mal; como una señal de los tiempos que han de venir, así como de los que no pueden regresar.

De Luxemburg existen dos textos que me han marcado profundamente: uno que integra la selección hecha por Schüttrumpf, un texto imprescindible: «La revolución rusa»; y otro más breve, punzante, estremeceador, escrito la víspera de su muerte: «El orden reina en Berlín». Quizá por las circunstancias, definitivamente porque retrata su carácter indomable ante la adversidad (y no se trata de cualquier infortunio, sino de una revolución que acababa de ser derrotada), este último es Luxemburg centelleante: «¡Dónde estaríamos nosotros hoy sin esas <derrotas>, de las

3 Rosa Luxemburg. «El orden reina en Berlín» (1919) [en línea]. Archivo Chile. Centro de Estudios Miguel Enríquez, p. 3. <http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/luxembr/d/luxemburgo0014.pdf>

que hemos sacado conocimiento, fuerza, idealismo!».³

Por varias razones que expondré brevemente, «La revolución rusa» tendría que considerarse un hito de la historiografía revolucionaria.

En primer lugar, por su honestidad y su valor, por enseñarnos que solo «la crítica penetrante y reflexiva» puede ayudarnos a «sacar a la luz los tesoros de las experiencias y las enseñanzas» de cualquier proceso revolucionario, y no «la apología acrítica». Contra los chantajistas, censores y toda clase de autoritarios, advierte:

No menos erróneo sería suponer que un examen crítico del camino seguido hasta ahora por la Revolución Rusa debilitaría el respeto hacia ella o la fuerza de atracción que ejerce su ejemplo, que es lo único que puede despertar a las masas alemanas de su inercia fatal. Nada más lejos de la verdad. (...) La genuina capacidad para la acción histórica no renacerá en el proletariado alemán en un clima de aplaudir indiscriminadamente todo. Solo puede resultar de la comprensión de la tremenda seriedad y complejidad de las tareas a encarar, de la madurez política y la independencia de espíritu, de la capacidad coartada con distintos pretextos por la socialdemocracia en el transcurso de las últimas décadas.⁴

En segundo lugar, por poner al descubierto de manera magistral a los oportunistas de toda ralea, a los acomodados, cuando señala que los bolcheviques resolvieron:

...el famoso problema de «ganar a la mayoría del pueblo», problema que siempre atormentó como una pesadilla a la socialdemocracia alemana. Como discípulos de carne y hueso del cretinismo parlamentario, estos socialdemócratas alemanes han tratado de aplicar a las revoluciones la sabiduría doméstica de la *nursery* parlamentaria: para emprender algo, primero hay que contar con la mayoría. Lo mismo, dicen, se aplica a la revolución: primero seamos «mayoría». La verdadera dialéctica de las revoluciones, sin embargo, da la espalda a esta sabiduría de topos parlamentarios. El camino no va de la mayoría a la táctica revolucionaria, sino de la táctica revolucionaria

4 Rosa Luxemburg. «Zur russischen Revolution» (La revolución rusa), en el presente libro, p. 76.

a la mayoría. Solo un partido que sabe dirigir, es decir, que sabe adelantarse a los acontecimientos, consigue apoyo en tiempos tempestuosos.⁵

Lo que por supuesto vale también contra los que sacrifican la revolución en nombre de una «mayoría» que habría que preservar a toda costa.

Por último, porque profundiza con una lucidez extraordinaria en el tema inagotable de la relación entre socialismo y democracia, de la radicalización democrática, sobre todo con su célebre sentencia: «La libertad solo para los que apoyan al gobierno, o solo para los miembros de un partido, por numerosos que sean, no es libertad. La libertad siempre es libertad para los que piensan de manera diferente».⁶

De allí en adelante, una tras otra, como en cascada, hilvana una memorable sucesión de frases y razonamientos demolidores de prejuicios y falsas premisas, en lo que, a mi juicio, constituye el alma de todo el texto:

Lejos de ser una suma de recetas prefabricadas que solo exigen ser aplicadas, la realización práctica del socialismo (...) yace totalmente oculta en las nieblas del futuro. (...) Pero cuando se trata del carácter de las miles de medidas concretas, prácticas, grandes y pequeñas, necesarias para introducir los principios socialistas en la economía, las leyes y todas las relaciones sociales, no hay programa ni manual de ningún partido socialista que brinde la clave. (...) Lo negativo, la destrucción, puede decretarse; lo constructivo, lo positivo no. Territorio nuevo. Miles de problemas. (...) Toda la masa del pueblo debe participar. De otra manera, el socialismo será decretado desde unos cuantos escritorios oficiales por una docena de intelectuales. El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias no sale del círculo cerrado de los burócratas del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (...) La vida socialista exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa. (...) El único camino al renacimiento pasa por la escuela de la misma vida pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias...⁷

5 Rosa Luxemburg, «Zur russischen Revolution» (La revolución rusa), en el presente libro, p. 81.

6 *Ibíd.* 98.

7 *Ibíd.* 98-99.

Se trata de tres razones y lecciones a partir de las cuales, y guardando la debida distancia histórica, es posible iniciar un balance sobre la revolución bolivariana.

Así, por ejemplo, ¿quién puede dudar, a estas alturas, del enorme daño que producen las apologías acrílicas sobre el proceso, tanto como esa terrible compulsión a aplaudirlo todo indiscriminadamente, a maquillar los errores, cuando no simplemente ocultarlos? Previsión que vale no solo para los medios públicos, en donde siguen campeando estas prácticas, sino en general para la clase política, para el movimiento popular, y diría que en particular para los intelectuales (que estarían llamados a pensar críticamente, y no solo a asumir la «defensa» de la humanidad o de la revolución amenazada), los artistas, y para todo aquel que se siente o se autodefine como revolucionario. En cuanto a la diversa gama de censores o policías del pensamiento, que proceden mediante el linchamiento moral, la criminalización, la estigmatización de los díscolos, anarcoides y pequebús, todo en nombre de los más sagrados intereses de la Patria: sin duda no son los primeros y no serán los últimos. Hay que aprender a lidiar con ellos: enfrentándolos también, con inteligencia, audacia y mucha habilidad. Nuestra obligación es no permitir que hagan naufragar este descomunal e inédito esfuerzo colectivo.

Luego está el tema de la «mayoría», presente de una manera singular en nuestra revolución «pacífica y democrática», lo que supone que buena parte de los conflictos se dirimen en el escenario electoral. Sobre todo desde el momento en que la oposición antidemocrática terminó de vencerse en el 2007 de que por la vía callejera jamás sería capaz de vencer al chavismo, y optó en consecuencia, por construir una «alternativa» electoral; lo que llevó a cierto chavismo a asumir que lo conveniente sería abandonar la calle y dedicarnos a ganar elecciones. Craso error. Porque un partido o una fuerza política revolucionaria no gana elecciones abandonando la calle: gana elecciones porque antes ha ganado la calle. En palabras de Luxemburg, se gana la mayoría empleando tácticas revolucionarias. ¿Qué significa ganar la calle? No simplemente movilización (que por supuesto es importante), sino participación cada vez mayor en los asuntos públicos, profundización y multiplicación de los espacios de debate democrático, apoyo a las iniciativas de autogobierno popular (sin tutelajes). En lugar de esto, se fue afianzando un proceso de normalización del chavismo, de disciplinamiento de su carácter bravío, y lo que en otra parte he llamado, la imposición de la lógica del partido/maquinaria: una que no moviliza, sino concentra; que concibe a los movimientos como correas de transmisión de la línea del partido; que reduce el ejercicio de la política a su administración burocrática; que privilegia el sectarismo, el clientelismo, el asistencialismo; que sabotea permanente-

mente la democracia interna, etc. La derrota de la propuesta de reforma constitucional, y el retroceso relativo sufrido en las siguientes contiendas electorales (salvo la victoria incuestionable para aprobar la enmienda constitucional de 2009⁸), son eventos que deben ser leídos a la luz de aquel proceso de burocratización de la política.

Por último, y estrechamente ligado a los dos puntos anteriores, está el tema decisivo de la relación entre socialismo y democracia, pero también de la necesidad de concebir la revolución como un proceso que, ante todo, es invención, como diría Simón Rodríguez.⁹ Invención como orientación tanto más fundamental en tanto cargamos a costas con los errores de los viejos socialismos burocratizados (no precisamente porque seamos «culpables», como reza la propaganda reaccionaria). Como no se trata de cargar con ese pesado fardo infinitamente, cual penitencia, y como tampoco lo deseamos porque no nos reconocemos en esa herencia, lo que toca es descargarnos, liberarnos, saldar cuentas con el pasado, mediante el respectivo balance de inventario, y probar lo nuevo: «Territorio nuevo. Miles de problemas.» Bienvenidos sean, si nuestra opción es por el florecimiento de la vida popular.

Schüttrumpf va más allá, y pasa revista de manera ágil y concisa, de la obra de Luxemburg, y se da a la tarea de dejar señuelos desperdigados a lo largo de su escrito, identificando varias materias pendientes para las izquierdas hoy.

Una frase empleada por Schüttrumpf me ha parecido no solo elocuente, sino particularmente atinada, y es aquella que cierra el breve párrafo (referido, naturalmente, a Rosa Luxemburg): «Al final de su vida verdaderamente odiaba a esos políticos de izquierda que tan solo sabían aprovechar las circunstancias medianamente liberales que se habían ganado luchando, para hacer lo mismo que todos los demás políticos: una política burguesa en lo oscuro».¹⁰

Contra esos tristes personajes que, en nombre de la revolución y el socialismo, practican la «política burguesa en lo oscuro», Luxemburg alumbró. No porque su palabra sea la última, incontestable, definitiva, la verdad revolucionaria al fin descubierta, sino porque es su palabra. Felizmente, también alumbró la nuestra.

8 Las enmiendas constitucionales que se lograron a través de un referéndum, el 15 de febrero de 2009, incluyeron los artículos 160, 162, 174, 192 y 230 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, con el fin de permitir la postulación continua para todos los cargos de elección popular.

9 Simón Rodríguez, filósofo y educador venezolano, tutor y mentor personal de Simón Bolívar.

10 Jörn Schüttrumpf. «Entre la socialdemocracia y los bolcheviques», en el presente libro, p. 40.

Datos seleccionados

1789-1799

La Revolución Francesa contra el dominio absolutista de la monarquía borbónica y las condiciones del feudalismo tardío en la sociedad. *Leitrevolution* [Revolución líder] con la que en Europa las condiciones capitalistas burguesas se abrieron camino. Promulgación de los derechos ciudadanos y humanos con la aspiración de «Libertad, igualdad, fraternidad» —éste es un progreso que hasta hoy no ha sido bien ponderado, aunque «Bajo la dulce cáscara de la igualdad y libertad formales [se escondió] la amarga semilla de la desigualdad y falta de libertad sociales» (Rosa Luxemburg). Éste es el comienzo de la historia moderna de Europa. Hasta 1794, la Revolución siempre se movió hacia adelante en dirección a la izquierda, hasta que se hundió en el terror de los jacobinos que fueron originalmente consecuentemente democráticos, y desembocó en la restauración —que sigue a toda revolución. Napoleón, quien durante diez años llevó con sus invasiones guerra y depredación ambiental a Europa y Norte de África, hasta 1814, imposibilitó que regresaran las condiciones anteriores a 1789 y así ejecutó el testamento de la Revolución Francesa. Todos los revolucionarios del siglo XIX y a principios del XX no solo conocían la Revolución Francesa a detalle, también «se movían» en su actuar propio constantemente en esta revolución. Después de la Revolución de Octubre la pregunta que emergía siempre era: ¿quién sería el Napoleón? Para evitar el ascenso de Leo Trotzky, quien era, junto con Lenin, el dirigente de la Revolución de Octubre, así como organizador del Ejército Rojo, se unieron varios líderes importantes de los bolcheviques (ver p. 14) y dejaron, sin darse cuenta, el camino libre para Jossif Stalin, quien los mandó matar casi a todos en los años treinta.

1830

La Revolución de Julio en Francia. Tras la derrota y la caída de Napoleón se restauró el reinado de los Borbones, la familia real francesa. La «bella revolución» de julio de 1830 substituye el reinado de los Borbones mediante un «reinado burgués» bajo Luis Felipe (el «rey pera»); la gran burguesía obtiene participación en el poder. Francia recibe emigrantes políticos principalmente provenientes de Alemania, entre ellos se encuentran Heinrich Heine, Ludwig Börne, y más tarde, Karl Marx.

1848

Revolución Europea. Desde París también son alcanzados los estados alemanes; pero se malogró sin embargo, el objetivo de tener una República alemana unificada. La contrarrevolución y la reacción obtienen la victoria; por eso, lo que siguió es que se impuso la sociedad capitalista burguesa por medio de una «revolución desde arriba».

1864, 1866, 1870-1871

Las guerras alemana-danesa, pruso-austriaca, y alemana-pruso-francesa. («Sangre y Acero») garantizan a Prusia su dominio en Alemania, el militarismo logra que la población lo acepte.

1871

La Comuna de París: la población proletaria y pequeño-burguesa de París constituye un autogobierno y proclama fines socialistas. Tras 72 días, La Comuna es ahogada en un mar de sangre tropas pruso-alemanas, que tras la victoria sobre el ejército francés se quedan cerca de París, cuidan en esta masacre las espaldas de las tropas del gobierno francés.

1878-1890

Ley de los socialistas – ver p. 12.

1896-1903

Debate sobre el revisionismo – ver p. 20.

4 de agosto de 1914

Cuando comienza la Primera Guerra Mundial, la fracción parlamentaria del SPD vota a favor de los créditos de guerra, traicionando así su política anterior; este es el «pecado original» del SPD, que acelera las divisiones de la izquierda alemana.

3 de octubre de 1918

Tras la caída de la dictadura bélica, el SPD se integra como socio menor al gobierno; los socialistas en el gobierno creen haber realizado sus sueños.

9 de noviembre de 1918

Revolución alemana; caída de la monarquía. La dirigencia del SPD hace una alianza con el *Reichswehr* [fuerzas armadas] para impedir que la Revolución continúe; el resultado es la concesión revolucionaria de la «República de Weimar», que por su carácter de componenda dispone de un débil arraigo en la población.

15 de enero de 1919

Asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht por las tropas del *Reichswehr*; Gustav Noske da su consentimiento (ver p. 41).

30 de enero de 1933

El presidente del Reich Hindenburg nombra a Hitler *Reichskanzler*; fin de la «República de Weimar», comienza la dictadura fascista de los nazis con el acuerdo de las «élites» tradicionales alemanas.

2 de mayo de 1933

Desarticulación de los sindicatos; seis semanas después, prohibición del SPD; fin de la primera ola del movimiento obrero alemán.

Datos biográficos

Alexander III (periodo de gobierno 1881-1894). El atentado de marzo de 1887 contra el zar ruso Alexander III fracasó; en cuanto fueron capturados los autores, fueron ejecutados, entre ellos se encontraba el hermano mayor de Lenin.

Babeuf, Gracchus (verdadero nombre François Noel, 1760-1797). Durante la Revolución Francesa era el portavoz de la «Conspiración de los Iguales», el primer «partido comunista realmente activo» (Marx); fracasó en el intento de impulsar la revolución con la ayuda de una dictadura del pueblo hacia una transformación comunista. Fue ejecutado.

Bakunin, Mijail Alexandrovich (1814-1876). Revolucionario ruso que abogaba por un socialismo libertario fundado en la ética, que por lo general se señala como anarquismo; participó en casi todas las tentativas revolucionarias en Europa Occidental de su época; fue extraditado a Rusia y huye del destierro en 1861. Fue miembro de la Primera Internacional. El conflicto con Karl Marx en 1872, llevó a la división de la parte del movimiento obrero con orientación revolucionaria en un socialismo basado en Marx y un anarquismo autónomo. Bakunin influyó, tanto en los «populistas» en Rusia que querían generar oposición mediante el trabajo dentro del campesinado, como al movimiento obrero italiano y español.

Bebel, August (1840-1913). Junto con Wilhelm Liebknecht fue fundador y dirigente del Partido Socialdemócrata de los Trabajadores (los «Eisenacher», 1869), y después de la unificación, con la Asociación General Alemana de los Trabajadores (los «Lassaleaner»), del Partido Socialista de los Trabajadores, que más tarde se volvería el SPD; estuvo varias veces preso. Como marxista tomaba como rumbo la reforma política, y partía del derrumbe del capitalismo; sus obras principales fueron: *La mujer y el socialismo* (1883), *De mi vida* (1910-1914).

Berija, Lavrentij Pavlovitch (1899-1953). Uno de los criminales principales del estalinismo; participó en 1922 en forma determinante en el sometimiento de Georgia; entre 1938 y 1945 fue jefe de la policía secreta GPU (la sucesora de la *Tscheka*); en 1946 fue miembro del Politburó del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS); después de la muerte de Stalin (5 de marzo de 1953) fue sucesor de éste junto con Malenkov y Molotov. Destituido, sentenciado y fusilado en diciembre de 1953.

Bernstein, Eduard (1850-1938). Como partidario de Marx emigró durante el periodo que era vigente la ley sobre los socialistas (véase p. 12) a Zúrich, después a Londres; redactaba el «Sozialdemokrat»; a partir de mediados de los años noventa del siglo XIX, abogaba más y más por una inserción pacífica al socialismo mediante el camino parlamentario y se convirtió de esta manera en el fundador del «revisionismo» del pensamiento de Marx (véase p. 20), que había considerado inevitable la superación de la forma de producción capitalista. Rosa Luxemburg fue la crítica principal de Eduard Bernstein.

Bismarck, Otto Fürst von (1815-1898). A partir de 1862 fue primer ministro de Prusia, unificó a Alemania bajo la dominación prusiana, con la expulsión de Austria del *Deutscher Bund* (Federación Alemana; la llamada «pequeña solución alemana») y con tres guerras (contra Dinamarca en 1864, contra Austria en 1866, y contra Francia en 1870-1871); aseguró la supremacía a las élites reaccionarias con su «revolución desde arriba», que daba una cuota de poder a la nobleza con dinero capitalista, además de paralizar las tentativas democráticas con la introducción del sufragio universal; y la moderación del capitalismo por medio de reformas sociales. Sus intentos por destruir al catoli-

cismo político y a la socialdemocracia (véase p. 12), fracasaron; cae políticamente en 1890; para las llamadas élites alemanas Bismarck sigue siendo todavía hoy el político ideal y una figura de primera importancia con la cual pueden identificarse.

Blanqui, Auguste (1805-1881, véase p. 44)

Campanella, Tommaso (verdadero nombre Giovanni Domencio, 1568-1639). En su libro *El Estado del Sol* (1623), escrito en la cárcel de la inquisición, diseñó un Estado dirigido por una jerarquía de sabios con propiedad social, producción y distribución organizada, y con obligación laboral, educación y formación generales.

Dzierżyński, Feliks Edmundovitch (1877-1926). Unió en 1900 a la socialdemocracia lituana con la socialdemocracia del Reino de Polonia, del partido de Leo Jogiches y Rosa Luxemburg, para formar el SDKPiL; se adhirió a los bolcheviques en la revolución rusa de 1905; a partir de 1907 fue miembro de su comité central; pasó muchos años encarcelado; organizó en 1917 la policía secreta *Tscheke*, con la cual el gobierno de los Soviets reprimiría cualquier resistencia política.

Engels, Friedrich (1829-1895). Junto con Karl Marx fundó el «socialismo científico», que vislumbraba en el desarrollo económico el origen decisivo del desarrollo social; obras importantes: *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra* (1845); *El manifiesto del Partido Comunista* (1848); *Del socialismo utópico al socialismo científico* (1883).

Fanon, Frantz (1925-1961). Teórico y siquiatra afrofrancés; vio la causa del subdesarrollo del «Tercer Mundo» en la explotación por el «Primer Mundo», desde ahí dedujo el derecho a la resistencia; se adhirió en 1956 al Frente de Liberación Nacional de Argelia; obra principal: *Los condenados de esta tierra* (1961).

Fischer, Ruth (verdadero nombre Elfriede Goelke, 1895-1961). Confundadora del Partido Comunista de Austria; desde 1919 tenía posición destacada en la KPD; impulsó a partir de 1924 en forma determinante la «bolchevización» y fue la primera en difamar la obra de Rosa Luxemburg, que comparaba con la sífilis; en 1925 se da su ruptura con Stalin; en 1926 es expulsada del KPD; denunció en 1945 a sus hermanos Gerhard y Hanns Eisler ante la «Comisión de Investigación sobre actividades antiamericanas» (la «Comisión McCarthy») como comunistas.

Fourier, Charles (1772-1837). Duro crítico de la sociedad capitalista; abogaba por la formación de cooperativas rurales manufactureras a nivel mundial (*phalanstères*), en las cuales, para él, la competencia colectiva, las capacidades y necesidades universales, así como una participación en todo lo producido, deberían hacer atractivo el trabajo, y harían compatibles intereses individuales y sociales.

Gramsci, Antonio (1891-1937). En 1921 cofundador del Partido Comunista de Italia (PCI) y en 1924 del periódico *Unità*; de 1924 a 1927 secretario general del PCI; en 1928 bajo el fascismo italiano condenado a 20 años de prisión; murió por las condiciones de la reclusión; influye con sus textos teóricos, que en su mayoría nacieron en la cárcel, hasta hoy los debates acerca de un socialismo democrático no autoritario y emancipador.

Gracchus, Tiberius Sempronius (162 antes de nuestro tiempo a 133 antes de nuestro tiempo). Como tribuno del pueblo, quería mejorar la situación del campesinado romano mediante una redistribución de las tierras públicas en manos de los terratenientes nobles; muerto a golpes junto con 300 de sus partidarios; su hermano Gaius (151-121 antes de nuestro tiempo) retomó este proyecto, fue elegido tribuno del pueblo, y asesinado junto a 3.000 de sus partidarios.

Guevara, Ernesto «Che» (1928-1967). Médico; luchó a partir de 1956 como dirigente guerrillero junto con Fidel Castro contra la dictadura cubana de Batista; ocupó después del triunfo en 1959 diferentes puestos de dirección; fue a partir de 1965 a la tierra con-

tinental latinoamericana; su intento por movilizar a la población indígena de Bolivia en favor de un levantamiento, fracasó; fue asesinado junto con su grupo guerrillero.

Heckert, Fritz (1884-1936). Albañil, formaba ya antes de la Primera Guerra Mundial parte de la izquierda dentro del SPD; participó en Chemnitz en forma destacada en el surgimiento de uno de los grupos espartaquistas más grandes; siempre en puestos de dirección en el KPD.

Ho Chi Minh («el iluminado», nombre verdadero Nguyen Ai Quoc, 1890-1969). Fue cofundador del Partido Comunista de Francia, y en 1930, del Partido Comunista de Indochina; a partir de 1941 lideraba un grupo guerrillero (los «Viet-Minh») primero contra la ocupación japonesa (hasta 1945); y luego contra la francesa (hasta 1954); en 1945 proclamó la República de Vietnam y se convirtió en su presidente. Después de la división del país en 1954, fue presidente de Vietnam del Norte; por la lucha exitosa contra la agresión de los Estados Unidos de América (1964-1975) se convirtió en símbolo de la resistencia del «tercer mundo» contra un poder materialmente superior.

Jacob, Mathilde (1873-1943). A ella, la gestora de una oficina para traducción y transcripción, Rosa Luxemburg y sus amigos le encargan, desde 1913, los artículos producidos para la «Correspondencia Socialdemócrata» para su transcripción, reproducción y probablemente también su envío; se convirtió en la confidente más cercana de Rosa Luxemburg, con quien mantuvo contacto en la cárcel durante la Primera Guerra Mundial; después de la muerte de Rosa Luxemburg, fue la colaboradora más cercana de Paul Levi, cuyas revistas redactaba hasta 1928; murió en 1943 en Teresianópolis.

Jogiches, Leo (1867-1919), véase p. 16 y siguiente.

Kautsky, Karl (1854-1938). Editor de *Neue Zeit* (Nuevo Tiempo), la revista teórica más importante de la II Internacional (véase p. 18); creó el «marxismo» para hacer comprensible para los trabajadores el pensamiento de Marx y Engels; de esta manera estableció un «recipiente» que sirve todavía hoy para que izquierdistas de las más diferentes procedencias lo llenen con su propio ideario, y lo vendan como la ideología de Marx y Engels; hasta antes de 1910 uno de los más estrechos aliados de Rosa Luxemburg.

Kraus, Karl (1874-1936). Editor de la revista vienesa *Die Fackel* (La Antorcha), que desde 1911 producía solo; un crítico de la decadencia cultural en la sociedad moderna y del militarismo, que nunca claudicó; obra principal: *Die letzten Tage der Menschheit* (Los últimos días de la humanidad).

Kropotkin, Pjotr Fürst (1842-1921). El miembro de la alta nobleza rusa, con simpatía por la revolución, logró en 1876 huir de la prisión rusa hacia el occidente, donde influyó en el movimiento anarquista; abogaba por la abolición de la propiedad privada y del Estado y quería construir una sociedad basada en la ayuda mutua y con asociaciones voluntarias.

Lassalle, Ferdinand (1825-1864). Promovía el surgimiento de un movimiento obrero autónomo, que se emancipara políticamente de la tutela burguesa; primer presidente de la «Asociación General Alemana de Trabajadores», que se unificó en 1875 con «los de Eisenach» (véase también August Bebel); murió durante un duelo; todavía hoy una de las figuras, que sirven como punto de referencia para el SPD y algunos miembros de la izquierda alemana.

Lenin, Vladimir Iljich (verdadero nombre Uljanov, 1870-1924). Jurista, dirigente y principal teórico de los bolcheviques (véase p. 14), aliado con Rosa Luxemburg por el pensamiento revolucionario y el rechazo absoluto del capitalismo y de la guerra imperialista; cuando Lenin llegó al poder en Rusia, las diferencias que ya existían desde 1904, especialmente acerca de las cuestiones de «organización y democracia» solo los distanciaron.

Levi, Paul (1883-1930). Era el abogado de Rosa Luxemburg en 1914; después de los asesinatos contra Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Leo Jogiches, fue dirigente del KPD. En 1921 fue expulsado por su crítica a la posición golpista del partido; regresó al SPD; junto con Matilde Jacob puso a salvo las obras de Rosa Luxemburg, y editó en 1922 y en 1925 *Introducción a la economía nacional*.

Liebknecht, Karl (1871-1919). Abogado, hijo de Wilhelm Liebknecht; en 1907 era presidente de las Juventudes Internacionales Socialistas; fue un decidido oponente del militarismo y de la política armamentista; en diciembre de 1914 votó como primer socialdemócrata contra la destinación de más créditos para la guerra; preso antes y durante de la guerra; en 1919 junto con Rosa Luxemburg, fue dirigente del KPD y como ella fue asesinado el 15 de enero de 1919; obra principal: «Militarismo y antimilitarismo» (1907).

Liebknecht, Wilhelm (1826-1900). Junto con August Bebel fue fundador y dirigente del Partido Socialdemócrata de los Trabajadores (los «Eisenacher», 1869) y después de la unificación con la «Asociación General Alemana de Trabajadores» (los «Lassaleaner») en 1875 del Partido Socialista de Trabajadores, que se convertiría después en el SPD. Estuvo preso en varias ocasiones; fue cofundador de la II Internacional (véase p. 18); autor del *Diccionario de extranjerismos para el pueblo* (1874) que fue reeditado una y otra vez hasta los años cincuenta del siglo XX; fue sepultado como primer dirigente obrero en el cementerio para los pobres en Friedrichsfelde, cerca de Berlín.

Lumumba, Patrice (1925-1961). Cofundador y presidente del Movimiento Nacional del Congo; como primer ministro de la República Congo-Kinshasa (hoy Zaire) luchó contra la invasión belga y la separación de la provincia de Catanga, rica en cobre; fue asesinado tras un golpe de estado.

Mao Tse-Tung (1893-1976). A partir de 1927 tuvo una posición de primer orden en la construcción de los soviets en China; a partir de 1935 dirigente de facto del Partido Comunista de China. Condujo a China a la independencia en 1949 y la desató de la tutela de la Unión Soviética a principios de los años sesenta del siglo XX; uno de los líderes del movimiento de los No-Alineados entre los bloques de los superpoderes de los EEUU y lo que fue la Unión Soviética; inició en 1966 la «Revolución Cultural» que desterró al campo o asesinó a varios millones de personas, sobre todo a intelectuales y políticos, en el Occidente una parte del movimiento estudiantil quedó fascinada por la «Revolución Cultural» en los años sesenta.

Marx, Karl (1818-1883). Fundó junto con Friedrich Engels el «socialismo científico», que vislumbraba en el desarrollo económico la condición *decisiva* para el desarrollo social; obras importantes: «El manifiesto del Partido Comunista» (1848); *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte* (1854), *El Capital* (Tomo I: 1867; tomo II: 1884; tomo III: 1894); con su teoría de la acumulación, Rosa Luxemburg se enlazaba con la obra económica de Marx e intentó perfeccionarla (véase p. 38). Izquierdistas de todo el mundo se remiten todavía hoy a Marx o a un «marxismo» de diversa índole.

Mehring, Franz (1846-1919). El historiador y publicista llegó al SPD en 1891; de 1902 a 1907 fue director general del diario *Leipziger Volkszeitung*; a partir de 1908 fue docente en la escuela del SPD; a partir de 1911, junto con Rosa Luxemburg, uno de los dirigentes de la izquierda.

Molotov, Vjatcheslav (1890-1986). Uno de los principales criminales del estalinismo, entre otras funciones, de 1930 a 1941 fue el presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo (primer ministro); concertó en 1939 el pacto Hitler-Stalin, y fue destituido en 1957.

Mün(t)zer, Thomas (1489-1525). Al principio era partidario de Martin Luther, el teólogo desarrolló a partir de 1521 un concepto reformador propio, que apuntaba a una sociedad sin clases y sin autoridades; durante la Guerra de los Labradores intentaba centralizar el levantamiento como líder espiritual desde Mühlhausen; después de la derrota cerca de Frankenhausen fue capturado, torturado y ejecutado.

Nettl, Peter (1926-1972). Autor de la primera biografía ampliada de Rosa Luxemburg, que en sus rasgos fundamentales, todavía se considera vigente (ed. alemana en 1965).

Noske, Gustav (1868-1946). El socialdemócrata reprimió, siendo gobernador, en septiembre de 1918, el levantamiento de los marineros en Kiel; como jefe del departamento militar del Consejo de los Comisionados del Pueblo (ministro de defensa) dio su consentimiento para el asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht; es conocido por su confesión: «¡Alguien tiene que ser el sabueso!»

Parvus, Alexander (nombre verdadero Israel Lasarewitsch Helphand, 1867-1924). Era director general del periódico *Sächsische Arbeiter-Zeitung* (1896-1898), junto con Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg fue el tercer izquierdista destacado que dedicó fuertes críticas al revisionismo; después fue traficante de armas; fue uno de los personajes más cambiantes de la izquierda europea. La teoría de la revolución permanente, que al principio trataba la cuestión de la relación entre el proletariado y el campesinado en la revolución fue, a partir de 1924, uno de los puntos centrales de la acusación de los estalinistas contra Trotzky (así como contra Parvus y contra Rosa Luxemburg).

Pabst, Waldemar (1880-1970). Primer oficial del estado mayor de la división escolta de caballería y tiradores; el 15 de enero de 1919 dio la orden de asesinar a los dirigentes aprehendidos del KPD, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.

Plechanov, Georgi Valentinowitsch (1856-1918). En 1883 cofundador de la primera organización marxista rusa; apoyó al principio a Lenin, pero se adhirió en 1903 a los mencheviques; obras principales: *Anarquismo y socialismo* (1894); *Aportaciones a la historia del materialismo* (1896).

Pol Pot (verdadero nombre Saloth Sar, 1928-1998). Realizó sus estudios en París, donde se sumó al Partido Comunista; formó en Camboya una organización guerrillera (*Kmher Rouges* – Khmer Rojos) y propagó su idea de que los problemas de Camboya tenían su origen en un conflicto inconciliable entre la ciudad y el campo, el cual debería solucionarse en favor de la población rural; estableció en 1975 un régimen de terror, que asesinó en forma sistemática millones de personas, entre ellos casi todos los intelectuales; cayó en 1979 con la invasión vietnamita.

Roux, Jaques (1752-1794). Era clérigo; durante la Revolución francesa fue ideólogo de la extrema izquierda (los «Enragés» – los enfurecidos); criticaba a los jacobinos, porque en su constitución no consideraron lo suficiente los intereses sociales de las clases bajas (los «sansculottes»); se suicidó en la cárcel.

Sandino, Augusto César (1895-1934). De 1926 a 1933, fue líder de la guerra popular en Nicaragua contra la intervención de los EEUU (el «general de los hombres libres»); fue asesinado por el posterior dictador Somoza; el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que derrocó en 1979 al régimen de Somoza, se remitió a Sandino.

Sinowjew, Grigori Jewsejowitsch (verdadero nombre Owsej-Gerschen Radomylski-Apfelbaum, 1883-1936). Este colaborador personal de Lenin fue presidente de la Internacional comunista (véase p. 49) después de la Revolución de Octubre, destituido en 1926, torturado en 1936, y condenado a muerte en el «primer proceso sensacionalista».

Spartakus (cayó en combate en el año 71 antes de nuestro tiempo). Líder del mayor levantamiento de esclavos en la antigüedad romana (de 74 a 71 antes de nuestro tiempo) y sus 60.000 rebeldes obtuvieron grandes triunfos al principio; él cayó durante la derrota

decisiva cerca del Río Silarius (Apulia); 6.000 de sus seguidores fueron crucificados a lo largo de la Vía Appia.

Stalin, Jossif Wissarionowitsch (verdadero nombre Dschugaswili, [1878] 1879-1953). Este miembro de la dirigencia de los bolcheviques amplió, a partir de 1922, sistemáticamente su poder, desde su función como secretario general. Eliminó después de la muerte de Lenin a todos sus oponentes y rivales; a partir de 1928 fue el dictador absoluto, que quería evitar la restauración de circunstancias burguesas mediante un régimen totalitario de la izquierda extrema, con el terror que cobró millones de víctimas entre todas las clases y capas, intentó «introducir» el «socialismo en un solo país». Durante la Segunda Guerra Mundial los pueblos de la Unión Soviética aportaron la contribución decisiva para derrotar al fascismo totalitario de Hitler, a pesar del gobierno de Stalin. Después de la muerte de Stalin, los dirigentes del PCUS trataron de mantenerse en el poder con una dictadura de corte político-burocrática, que prescindía del terror sistemático; en 1991 decidieron poner a la vanguardia de aquella restauración, que Stalin quería evitar a cualquier precio.

Thälmann, Ernst (1886-1944). Obrero transportista y presidente del KPD; sometió a partir de 1925 el KPD al dictado estalinista; en 1933 fue arrestado por los nazis; el proceso sensacionalista planeado fracasó debido a su firmeza; fue asesinado en el campo de concentración de Buchenwald.

Trotsky, Lew Dawidowitsch (verdadero nombre Bronstein, 1879-1940). Fue junto con Lenin el organizador más importante de la Revolución de Octubre; en 1917-1918 fue Comisario del Pueblo para asuntos exteriores. A partir de 1918 (hasta 1925) organizó como Comisario del Pueblo para el ejército y la marina al «Ejército Rojo» y ayudó de esta forma a salvar a la revolución de la contrarrevolución. A partir de 1923 criticó a la política del aparato burocrático del partido; perdió todos sus cargos, primero desterrado y en 1929 fue expulsado de la Unión Soviética. Fue asesinado en México por un agente de Stalin; las diferentes IV Internacionales se remiten todavía hoy a Trotsky y a un «trozkismo».

Ulbricht, Walter (1893-1973). Después de la desarticulación del KPD en el exilio soviético, asumió de facto el control en 1935; después de 1945 sometió a todos sus rivales y determinó en gran medida el curso de la RDA; destituido en 1971.

Vandervelde, Emil (1866-1938). Este socialista belga fue presidente de la II Internacional de 1900 a 1914.

Wilhelm II. (1859-1940). El emperador alemán (a partir de 1888) impulsó una carrera armamentista tanto sobre el agua como en tierra firme y una política colonial agresiva; en 1914 empujó a Alemania a la ruptura civilizatoria de la guerra mundial; eludió su responsabilidad a través de su huida a Doorn (países bajos).

Zetkin, Clara (1857-1933). La fundadora y dirigente del movimiento internacional proletario de mujeres fue amiga cercana y aliada política de Rosa Luxemburg; se mantiene hasta hoy como una de las figuras de identificación para la izquierda.



Rosa Leitesberg

La izquierda política solamente se liberará del siglo XX, que ocupa como una pesadilla los cerebros de los vivos, si logra encontrar la fuerza que le lleve a la grandeza moral. Si logra, por su propio bien, encontrar categorías, a las que tanto los cuartos de tortura en los sótanos, como los congresos del Partido, les robaron su sentido: la honestidad ante las propias acciones en el pasado y el presente; la no-simulación del propio pensamiento — también y especialmente en situaciones que puedan ser incómodas; mantener la integridad — ante cualquier persona, también y sobre todo ante sus adversarios —, porque si bien es posible construir dictaduras con perfidia, esta no podrá proporcionar el valor necesario para emanciparse de la explotación y de la represión. Para todas estas características, durante décadas reprimidas, existe el nombre de una mujer: Rosa Luxemburg.

978-3-320-02094-1



9 783320 020941

Fundación
Rosa Luxemburg

